

Elias Lafertte

Vida de un comunista

(Páginas Autobiográficas)

SANTIAGO DE CHILE, 1961

**Vida de un comunista
(continuación)**

CUARTA PARTE PRISIONES Y DESTIERROS

173

174 en blanco

XVII

La FOCH seguía funcionando en la calle Tenderini, pero el periódico, que no se llamaba ya "La Federación Obrera" sino "Justicia", se imprimía en la calle Río de Janeiro. En el orden político, un movimiento encabezado por oficiales jóvenes del ejército, entre ellos por Marmaduke Grove y Carlos Ibáñez del Campo, coroneles ambos, había dado un golpe de estado contra la junta de generales conservadores, en enero de 1925, y traído de nuevo al país a Alessandri, para que terminara su período. Pero ya no era Alessandri quien mandaba. Todo el poder se había concentrado en las manos de su ministro de guerra, Ibáñez, quien jugaba con cartas marcadas. Mientras por un lado quería atraer a las masas trabajadoras, por el otro buscaba la manera de destrozar el movimiento obrero, porque sabía que a la larga era éste un obstáculo para sus planes a largo plazo. Planes ambiciosos, por lo demás, que el tiempo se fue encargando de mostrar a los chilenos.

La FOCH continuaba su lucha contra la legalización de los sindicatos, porque tal cosa, en tales momentos, equivalía a una domesticación de los elementos obreros y nosotros estábamos entonces, y estamos ahora, por una clase trabajadora erguida, revolucionaria, capaz de conquistar por sí misma su propio bienestar. Por cuestiones tácticas, la FOCH peleaba contra las leyes 4054, de seguro obligatorio, 4055, 4056 y 4057, que preconizaban la legalización de los sindicatos. Pero el desprecio del gobierno por la clase obrera no había variado gran cosa y esto quedó al desnudo cuando se produjeron, a comienzos de junio de 1925, los sucesos de "La Coruña". Una huelga en esta oficina salitrera adquirió de pronto, debido a la acción de las fuerzas armadas, caracteres de masacre. Un disparo

175

de un trabajador fue contestado por miles de balas policiales y los rumores que llegaron a Santiago hablaba de dos mil trabajadores muertos.

Los sucesos de "La Coruña" habían tenido su origen en una gran efervescencia económica y política que existía en los sindicatos del salitre. Había un estado de alarma grande, pero todo hace pensar que las autoridades prepararon fríamente esa masacre, pues el día antes de que comenzara, fue clausurado "El Despertar de los Trabajadores" de Iquique, que dirigía Rufino Rozas, se detuvo a docenas de dirigentes sindicales de distintas filiaciones políticas y se les embarcó hacia el sur. El Estado Militar, como se llamaba entonces a la Zona de Emergencia, daba carta blanca para las barbaridades más grandes, como dictar órdenes de fusilamiento, detenciones en masa, etc.

En "La Coruña" las cosas se agudizaron y en ello tuvo parte un dirigente anarquista, Carlos Garrido. En el Alto de San Antonio, los organismos dirigentes de la FOCH ocupaban un local que antes había sido prostíbulo. El 1° y el 2 de junio habían celebrado reuniones los dirigentes, las cuales

fueron disueltas amatonadamente por la policía. Cuando los obreros de "La Coruña" se dirigían al campamento de su oficina, a una hora y media de camino del Alto, fueron detenidos por un grupo de policías, y se produjo una reyerta, a raíz de la cual resultaron muertos dos miembros de la fuerza policial. La cosa se agravó con motivo de un incidente ocurrido en la pulpería de "La Coruña": el pulpero golpeó a la mujer de un trabajador, usando de una vieja prepotencia que se gastaban estos empleados de las compañías. El marido de la ofendida entró a la pulpería y mató al pulpero.

Exaltados los ánimos por todos estos sucesos, los trabajadores invadieron primero la pulpería y luego se apoderaron de la administración de la compañía. Cuando de inmediato empezaron a llegar fuerzas de policía, los pampinos hicieron un círculo alrededor de la oficina, armados con cartuchos de dinamita. Ninguna

176

fuerza policial se atrevió a acercarse, pero la respuesta de los uniformados no tardó en producirse: fuerzas militares emplazaron varias piezas de artillería en el campamento Pontevedra, a unos cinco kilómetros, y comenzaron a disparar, a disparar sin piedad y sin preocuparse siquiera de que estaban causando una carnicería entre los pampinos.

Cuando varios centenares de obreros habían muerto, éstos levantaron bandera blanca. No podían hacer otra cosa.

Lo que no sabían era que los esperaba una represión salvaje, desproporcionada, increíble. En Huará hubo fusilamientos a granel, prefiriéndose a los obreros comunistas. Rufino Rozas, con orden de fusilamiento en su contra, tuvo que "fondearse" y esperar que la tormenta pasara antes de salir a la circulación. El oficial de policía Humberto Letelier, que tenía su cuartel general en San Antonio, había dado a sus subordinados la orden de matar y matar, para vengar a los dos policías que habían caído en la pelea con los pampinos. No tenían que pensar ni preguntar nada, ni tampoco podían dejar heridos: matar, matar, esa era la orden. En su afán de venganza, Letelier obligó al zapatero Juan Corro y a otros dirigentes, a arrodillarse ante los cadáveres de los dos carabineros y a pedir perdón.

Después vino lo que se llamó el "palomeo". Este era una especie de deporte que habían inventado las tropas militares, dentro de su locura represiva. El "palomeo" consistía en disparar, de cerca o de lejos, de día o de noche, contra cualquier obrero que encontraran en la pampa, en los caminos, allí donde fuera. La señal era la cotona blanca de los pampinos. Donde se viera una, se disparaba. Al caer, el trabajador con cotona blanca, agitando los brazos, parecía una paloma. El "palomeo" no sólo afectó a la gente de "La Coruña", sino de casi toda la pampa. "Palomear" a un trabajador era un timbre de orgullo para los verdugos.

177

Las noticias de la horrorosa masacre despertaron indignación en Santiago. Nuestro diario las publicó y todos los trabajadores exigieron que se hiciera una prolija investigación de los hechos y que se castigara a los sanguinarios culpables. El gobierno, no obstante que el Presidente Alessandri y el Ministro de Guerra Ibáñez, habían mandado sendos telegramas a los masacradores, felicitándolos por su hazaña, fingió acceder a estas demandas. Manuel Hidalgo y Luis Víctor Cruz fueron llamados a La Moneda, donde se les propuso que un dirigente de la FOCH, premunido de poderes, fuera a investigar los hechos.

Se reunió la Junta Ejecutiva de la FOCH y se acordó enviarme al norte, como buen conocedor de la pampa, a investigar. El pasaje no lo pagó el gobierno, naturalmente, sino la FOCH y, premunido de

una carta de Carlos Ibáñez ordenando se me dieran todas las facilidades del caso, me embarqué en la tercera clase del vapor "Aconcagua".

Al llegar el barco, dos días después, a Antofagasta, me dispuse a desembarcar para conseguir que algún dirigente regional de la FOCH me acompañara en la investigación, cuando subió un agente de investigaciones y, por orden del intendente, me llevó a tierra. El intendente, un marino en retiro de apellido Maldonado, que se hallaba en ese instante acompañado del comandante de las fuerzas militares de la provincia, el coronel Kasch, me preguntó irónicamente qué iba a hacer en Iquique. Le respondí que iba a investigar la matanza de "La Coruña" y le mostré mi salvoconducto, es decir la carta de Ibáñez.

Sospecho que ya había recibido noticias de Santiago, porque siguió en su tono jocoso.

—Muy bien, mi amigo, que le vaya muy bien entonces.

Eso no auguraba nada bueno, indudablemente, porque me decía a las claras que Ibáñez estaba obrando con dos caras. Pero yo había sido instruido por la FOCH para cumplir una tarea y no me iba a quedar a medio camino.

178

Apenas quedé libre, me fui a Covadonga Nueva en busca de los compañeros. Conocí allí a Salvador Ocampo, a Jorge Neut Latour, a José Santos Córdova y a otros miembros del Partido. Ante mi requerimiento, nombraron para que me asesorara a un compañero de apellido Molina, llamado "El Ñato", que bien escasa ayuda me iba a prestar.

Al día siguiente llegué a Iquique, que se encontraba lleno de fuerzas de ejército, de policía y de agentes de Investigaciones. Antes de dejarme desembarcar, los policías me registraron escrupulosamente, tal vez porque creían que llevaba yo un arsenal para renovar la pelea. En el muelle me esperaba mi hermana Inés, que me abrazó llorando, temerosa de que me fuera a ocurrir algo. Un pesquero se instaló a mis talones y no me dejó ni a sol ni a sombra, durante todo el tiempo que estuve en Iquique. Los compañeros me instalaron en el Hotel Americano, un establecimiento muy modesto. Cada vez que salía a la calle, salía tras de mí el pesquero, y tras de éste el "Ñato" Molina.

El tránsito hacia las salitreras estaba estrechamente controlado por los militares, que "colaban" los trenes o cualquier otro vehículo que saliera de Iquique hacia la pampa. Logré sostener una entrevista con los compañeros Braulio León Peña, Rufino Rozas, Azola y Jenaro Valdés, que se hallaban viviendo en la ilegalidad. Después de conocer los antecedentes que ellos me dieron, comprendí que iba a ser imposible que subiera a "La Coruña" (ex oficina "Cataluña", en el cantón San Antonio) sin obtener un pase de las autoridades. Así, pues, me fui a ver al comandante general de armas, general Florentino de la Guarda —el que había recibido las felicitaciones de Alessandri e Ibáñez por su heroico comportamiento—. Tenía este señor su cuartel general en la calle Latorre, en un local que había sido de los obreros y que el gobierno les requisó. El general de la Guarda me atendió desdeñosamente, y a pesar de la carta de Ibáñez, que yo pensaba iba a ser

179

una especie de "Sésamo, ábrete", me negó el salvoconducto.

Me fui a ver entonces al intendente, un señor Recaredo Amengual. Esperé que llegara, porque le gustaba almorzar con calma y al parecer con bastante vino, porque cuando llegó estaba ebrio. Lo acompañaba el director del diario "La Provincia", Luis Bustamante Cordero.

No bien le hube formulado mi petición, cuando el flamante intendente montó en cólera y se desató en una serie de injurias. Más que un representante del gobierno, parecía por su lenguaje un representante del hampa más distinguida.

—Lo que usted viene a hacer es instalar los soviets aquí... ¡Qué se ha figurado tal por cual... ! Déjeme a mí arreglar a estos subversivos... ¡Los fusilo a todos, carajo ... !

Guardé la serenidad.

—¿Y el salvoconducto, señor?

—¿Salvoconducto? No le doy nada y mándese cambiar de aquí.

Me retiré de allí con toda la calma que pude. Además de aficionado al vino y a las palabrotas, el intendente Amengual era enemigo declarado de los obreros. No había nada que hacer allí.

Pero en la oficina del general de armas había conocido yo a Javier Ibáñez, jefe en uno de los regimientos acantonados en Iquique y hermano del Ministro de Guerra. Por fin la tarjeta de Carlos Ibáñez iba a servir de algo. Javier Ibáñez me dijo:

—Si estuviera en mi mano, lo autorizaría para que subiera a "La Coruña", pero no puedo hacerlo. Pero están a mi cargo los trabajadores presos en el velódromo. Si quiere verlos, saludarlos de lejos, se lo puedo permitir. Pero no puede hablarles.

Fui a verlos. Eran los sobrevivientes de la masacre. Estaban presos, sentados en el suelo, amarrados de los brazos, mirando unos hacia el mar, otros hacia los cerros. Tuve que contener las lágrimas ante esos quinientos

180

o más compañeros, tratados como animales por el mismo gobierno que en Santiago se fingía amigo de los obreros. ¡Y, sin embargo, podían darse con una piedra en el pecho, porque siquiera vivían! Un par de miles de sus compañeros yacían en fosas comunes, en plena pampa ardiente. El pique de San Antonio, un pique abandonado que se hallaba detrás de la iglesia había sido relleno con cadáveres de pampinos.

Por aquellos días se encontraba en Iquique una delegación del Ministerio de Previsión y Trabajo — que servía el doctor José Santos Salas— haciendo propaganda a la legalización de los sindicatos, de acuerdo con la Ley 4057. La presidía Gaspar Mora Sotomayor, ex militar, y formaban parte de ella el profesor Eugenio González Rojas, el periodista Ramón de Lartundo, el poeta Roberto Meza Fuentes y Mariano Bustos Lagos, hoy diplomático. A este último lo encontré repartiendo a los presos del velódromo volantes que contenían un patrioterero y melifluo manifiesto del Partido Demócrata.

Yo vagaba por las calles de Iquique sin poder cumplir la misión que la FOCH me había encomendado. Había reunido muchos datos sobre la masacre, pero era indispensable que conversara con las víctimas y que visitara "La Coruña". A veces lograba despistar al pesquisista para intentar algunos contactos. Con los compañeros que se hallaban escondidos de la policía, me entrevistaba en plena calle, en la forma más inocente posible ... La imprenta de "El Despertar", en la calle Juan Martínez entre Serrano y Tarapacá, se hallaba clausurada.

Un día fui a ver a Juan Mosca, hermano de Santiago, que tenía un taller mecánico, y al regresar al hotel me encontré con varios agentes de investigaciones que me intimaron orden de prisión. Cogieron mis maletas y me llevaron a presencia del prefecto de policía, Venegas. Este estaba de guarnición en Antofagasta y se había venido a Iquique en el mismo barco en que yo viajaba. Me comunicó que, por orden superior, quedaba preso e incomunicado.

Fui recluido en el casino de los suboficiales, donde me custodiaba un policía con el fusil bala en boca. Mi hermana Inés me llevaba alimentos y una que otra vez pude obtener algún diario de Santiago. Ocho o diez días estuve preso en el primer tramo del casino, pero parece que mi presencia molestaba a los suboficiales, quienes delante de un preso con la patilla crecida se sentían cohibidos para entregarse a su entretenimiento favorito: tomar cerveza.

Había un sargento que muy a menudo pasaba por mi puerta y gritaba:

—¿Qué esperan para matar a este desgraciado ... ? Yo no sé cuándo lo van a fondear. Si me dejaran a mí, ya vería...

Yo no sé qué sé figuraba de mí, qué creía éste sargento, miembro de mi misma clase social... Es que también se decían cosas tan absurdas ... Días después de mi llegada, se había publicado en "El Nacional" de Iquique, que yo había desembarcado muy elegante, con un abrigo con cuello de piel roja (*sic*).

Quince días llevaba preso e incomunicado cuándo me interrogaron por primera vez. Fui llevado a la presencia del mayor Picó, fiscal del proceso que se seguía, quien me preguntó:

—¿Qué vino a hacer aquí?

Se lo expliqué y una vez más saqué de la cartera la famosa tarjetita.

—¿A quién ha visto en Iquique? ¿Por qué le mandan plata de Santiago?

Se refería a algunos giros que me habían mandado, para pagar el hotel y mis alimentos.

Se lo expliqué.

—¿Qué era usted antes de ser dirigente obrero?

—Era obrero.

Le expliqué también mis diferentes trabajos en la pampa, en Iquique, en Santiago.

Tres veces me volvieron a interrogar, pero parece que el proceso no avanzaba muy rápido que digamos,

puesto que llegué a completar setenta y cinco días preso e incomunicado.

Un día leí en un diario que llegaba a Iquique una comisión de ministros, entre los que se encontraban José Santos Salas, de Trabajo, y Mardones, de Obras Públicas. Pedí verlos, y aunque Salas se interesó por conversar conmigo, el intendente Amengual no dio ningún paso para hacer posible esta entrevista. Protesté también ante el mayor Picó por la incomunicación en que se me tenía, pero este militar no me hizo el menor caso.

Más tarde cambiaron, al intemperante intendente Amengual por el general Enrique Bravo Ortiz, quien se hallaba de guarnición en Antofagasta y había sido trasladado a Iquique. Entonces me declararon en plática condicional, lo cual quería decir que podía hablar con mis parientes y con mi abogado, pero en presencia de los pesquisas.

Le pedí a Inés que me trajera al abogado Eduardo Valenzuela Muñoz, un viejo conocido radical. Había sido secretario municipal de Pisagua, en 1915, cuando yo servía la secretaría del alcalde. Valenzuela se excusó de tomar mi defensa y entonces declaré al mayor Picó que seguiría defendiéndome solo.

Dos días más tarde el general Bravo me hacía poner en libertad incondicional.

Al salir de la prisión conseguí trabar contacto con Rufino Rozas. No volví, por cierto, al hotel, sino que comía en casa de mi hermana Inés y por las noches dormía en la de un sastre que estaba vinculado al ejército. La represión empezaba a aflojar. Puse un telegrama a la FOCH pidiendo instrucciones y se me dijo que regresara a Santiago.

Para embarcarme necesitaba carnet de identidad y en el gabinete de identificación no me lo quisieron dar. Es decir, para dármele ponían una condición: que me cortara la barba, la negra y larga barba que me había crecido a lo largo de dos meses y medio de prisión. Era una condición bastante arbitraria, y los identificadores

183

bajaron la guardia cuando el prefecto les dijo que no había razón alguna para negar el carnet a los ciudadanos con barba.

Volví a Santiago y di cuenta de mi misión. Llevaba muchos datos sobre la represión y sobre la matanza misma de "La Coruña", aunque datos fragmentarios, pues en las condiciones que trabajé no había podido completar mis informaciones.

En Santiago alcancé a ayudar a los compañeros de Antofagasta que, en medio de la racha represiva, habían sido embarcados hacia el sur, relegados a... Melinka. ¡De Antofagasta a Melinka! Esa inútil crueldad que se emplea con los obreros, puesto que una relegación más o menos no va a mellar el temple de nadie, se hacía presente otra vez. ¡Del calor del norte y de la pampa, al frío y a las lluvias australes! Estos amigos estaban detenidos en el cuartel de investigaciones, donde llevaban ya más de veinte días. Entre otros se hallaban Salvador Ocampo, Juan Guerra, Guillermo Madariaga, Jorge Neut Latour, Francisco Massuret, Pedro Reyes Díaz, José Santos Córdova y también las compañeras de algunos de estos dirigentes.

Todos los días llegaba yo a investigaciones con colchones, frazadas, comida, ropas y dinero recolectados para los antofagastinos, que fueron después enviados a Castro y no a Melinka, donde permanecieron un mes. Los salvó la amnistía.

XVIII

Los sucesos políticos habían culminado con la nueva salida de Alessandri del gobierno y su reemplazo, como vicepresidente, por su contendor del año 20, Luis Barros Borgoño. Para contrarrestar la candidatura reaccionaria a Presidente de don Emiliano Figueroa, los elementos populares y sindicales, agrupados en la Unión Social Republicana de Asalariados de Chile (USRACH) habían proclamado como su candidato al impetuoso Ministro de Trabajo de los meses anteriores, el Dr. José Santos Salas.

184

El Partido Comunista decidió apoyar la candidatura de Salas, cuyo *slogan* era "Salas sale solo", pero los partidos llamados "históricos", que apoyaban a Figueroa, apelaron a todas las triquiñuelas conocidas, fraude, intervención desde el gobierno, cohecho, etc., y en octubre, dieron por triunfante a su candidato. Se pensó entonces en sostener a Salas, pues se estimaba que había obtenido el triunfo y que éste le había sido escamoteado y hasta se planeó realizar en todo el país una huelga general con este objeto y para protestar de los procedimientos electorales puestos en práctica por la derecha. A mí me mandaron a Lota para dirigir la huelga en toda la zona del carbón. Pero finalmente el movimiento no se llevó a cabo y regresé a Santiago.

Por esos días, la USRACH y el PC, reunidos en el local de la calle Río de Janeiro, elegían los candidatos a parlamentarios para las elecciones que debían verificarse en noviembre. Fueron

designados Luis Víctor Cruz, por Santiago; Salvador Barra Woll, por Concepción; Carlos Contreras Labarca, por Tarapacá; Ramón Sepúlveda Leal, por Valparaíso; Pedro Reyes Díaz y José Santos Córdova, por Antofagasta; Abraham Quevedo, por Valdivia; y Manuel Hidalgo Plaza, a senador por Tarapacá y Antofagasta.

Acababa de morir de bronconeumonía el secretario general del Partido, Galvarino Gil, cuando fui invitado a reincorporarme oficialmente a las filas, como militante. Yo comprendí que después de muchas tareas delicadas que se me habían encomendado, como la investigación de la matanza de "La Coruña" y la dirección en la zona del carbón de la huelga general —que no llegó a realizarse— ahora contaba con la confianza de todos los camaradas, y acepté entonces volver oficialmente a formar entre los cuadros del partido del Proletariado, después de nueve años de marginación.

Nuestros candidatos a parlamentarios fueron todos elegidos. Hidalgo, como siempre, dio la nota discordante, entrando en el norte, en dudosas combinaciones electorales, con los Alessandri, Jorge Wachholtz, Núñez Morgado y

185

Luis Bustamante Cordero, propietario del diario "La Provincia", de Iquique. En la elección de Barra Woll hubo algunas dificultades debidas a un cambio de inscripción, pero Carlos Contreras Labarca en un brillante alegato ante el tribunal electoral, consiguió que esos entorpecimientos fueran obviados. Recuerdo que le pedimos que hiciera ante nosotros una especie de ensayo del alegato que debía realizar ante el tribunal. Sus argumentos eran tan contundentes y la forma de expresarlos tan lúcida, que no nos cupo duda de que la pelea iba a ser ganada. Posteriormente, en 1926, en una elección complementaria a senador por el norte, triunfó un sedicente comunista, José Luis Carmona.

El año 1927, el Partido celebró un congreso, posiblemente el tercero, en su local de la calle Río de Janeiro, en el cual estuvieron presentes, como delegados fraternales, los camaradas argentinos Rodolfo Ghioldi y Miguel Contreras. Este último era miembro del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista, que funcionaba en Buenos Aires.

Nuestro Partido, como ya he dicho, se había afiliado el año 1921, en su congreso de Rancagua, a la I.C., al transformarse de Partido Obrero Socialista en Partido Comunista. Nuestra afiliación se basaba en un principio que los comunistas hemos sostenido y sostendremos siempre, existan o no organismos internacionales: el internacionalismo proletario, inherente a los principios mismos del marxismo. La I.C. era una oficina que hizo mucho bien a todos los partidos comunistas y especialmente a los partidos nuevos, jóvenes, incipientes, como era el chileno. Recabarren visitó Moscú en 1923 y los contactos que allí tuvo y todo lo que aprendió fueron de un gran interés para él, que era un autodidacto, formado en la lucha revolucionaria, antes que la literatura marxista se extendiera y divulgara

186

por el mundo. Su viaje repercutió magníficamente en la vida de nuestro Partido, no obstante que poco tiempo después él desapareció de la escena política, aunque no del corazón del pueblo chileno.

Este influjo directo alentó a muchos camaradas posteriormente y a mí mismo, después de mi primer viaje a la Unión Soviética. La Internacional nos daba la experiencia de todo el movimiento obrero

mundial. Nuestras relaciones con ella se circunscribían a intercambio de experiencias. Pensar que alguien intentó alguna vez, en Moscú, arreglar los problemas internos de Chile, es sencillamente ridículo.

También se ha hablado mucho del "oro de Moscú". Esto, para los que fingían creer en ello, consistía en enormes sumas que la I.C. mandaba a los partidos para preparar la revolución. Pues bien, nunca nuestro Partido ha tenido un centavo que no fuera aportado por el pueblo, por sus militantes o sus amigos. Así levantamos imprentas, diarios, folletos, libros, tuvimos locales, casas, y pudimos viajar cuando necesitábamos hacerlo. No siempre dispusimos de dinero para este objeto y recuerdo que una vez nuestro compañero González Vilches —más tarde diputado por Talca— tuvo que ir a la Argentina; hizo el viaje a pie, por la única razón de que ni el Partido ni él tenían dinero para pagar el tren o el avión.

El Secretariado Sudamericano nos ayudaba positivamente, con consejos e información. Al Congreso que se celebró el año 26 envió una importante carta, en la que se contenían críticas para el Partido, su organización, a base de asambleas, sus dirigentes y sus parlamentarios. Una de las críticas más graves era que no teníamos una base proletaria. A mí me chocó profundamente esta afirmación, puesto que sabía que el Partido había nacido en las salitreras de Iquique y en los frigoríficos de Punta Arenas. Pero a través de las discusiones que se promovieron, comprendí el espíritu justo de esta crítica; lo que faltaban en el P.C. no eran

187

trabajadores, sino trabajadores con una base ideológica proletaria.

Primero se celebró un Pleno que duró desde el 25 de diciembre de 1926 hasta el primero de enero de 1927, en el que participaron la dirección y los secretarios regionales. Yo asistí en mi calidad de militante y de tesorero nacional de la FOCH. El pleno estudió las críticas del Secretariado Sudamericano a diversos dirigentes. Recuerdo que a Manuel Hidalgo, por ejemplo, se le tildaba de socialdemócrata, aficionado a los enjuagues y las combinaciones electoreras con los burgueses. En muchas oportunidades el Partido le había pedido que llevara a la dirección los boletines del Senado a fin de conocer sus discursos y en general su actuación en esa rama legislativa, porque en aquella época no había otra forma de controlar el trabajo de los parlamentarios. Nunca Hidalgo entregó un solo boletín. En cambio, el nuevo senador, Carmona, llegó al pleno con los brazos llenos de boletines del Senado en que aparecían sus intervenciones.

El Congreso del Partido empezó el primero de enero, con unos setenta delegados de todo el país, entre los cuales se hallaban, amén de los parlamentarios, Samuel Carranza, Salvador Ocampo y muchos otros delegados. Yo no era delegado, sino simplemente observador, pero no me perdí ninguna reunión. En más de una se ofreció la presidencia al camarada Ghioldi. Me acuerdo de una reunión que se decía que iba a ser sensacional, porque Sepúlveda Leal iba a defenderse de las críticas que se le formulaban en la carta del Secretariado Sudamericano. Sepúlveda Leal, que se daba aires de teórico, y a quien sus amigos llamaban "petit Lenin", llevó a varios de sus partidarios de Valparaíso a escucharlo. En su discurso, no reconoció ningún error, calificó de injustas las críticas y hasta lloró.

Secretario General del Partido era entonces José Santos Zavala. El congreso tuvo una enorme importancia por un cambio fundamental que se introdujo en los sistemas orgánicos. Se acabó con el sistema de

asambleas y se adoptó el trabajo celular, con gran desconsuelo de algunos camaradas, que veían que el mundo se les venía abajo porque en vez de hacer su vida política en grandes asambleas, iban a hacerla en grupos más reducidos, que permitirían desarrollar un trabajo mejor y que todos intervinieran en las discusiones y en la gran tarea de los comunistas: fijar ellos mismos la línea del Partido, su estrategia y su táctica.

La prensa de Santiago atacó la reunión y los compañeros aconsejaron entonces a Ghioldi que se trasladara rápidamente a la Argentina.

Miguel Contreras, del Secretariado de la I.C. en Buenos Aires asistió a ese Congreso, discutió con nosotros, conoció sus problemas, dio su opinión, después de informarse. Pero estaba muy lejos de ser lo que muchos creen o dicen creer: un inspector. No, la I.C. no mandaba inspectores, sino camaradas, amigos. Sin embargo, creo que hubo algunos que hicieron más daño que bien por su carácter prepotente o porque llevaban la línea de un modo dogmático, influenciando así a los militantes de partidos débiles, en forma negativa.

Cuando, por acuerdo de sus miembros, la I.C. se disolvió, durante los días de la Segunda Guerra Mundial, nuestros enemigos, los que creían o fingían creer que nosotros, los comunistas, no dábamos un paso político sin consultarlo con Moscú, tuvieron una gran sorpresa al ver que el Partido marchaba igual que antes. Y no podía ser de otra manera, pues nunca hubo tutela alguna sobre nosotros. El Partido, soberanamente, adoptó siempre sus conclusiones y éstas jamás tuvieron otro objetivo que el de hacer progresar, en un sentido u otro, al pueblo chileno.

* * *

A mediados de 1926 hubo elecciones en la FOCH y resulté elegido secretario general ejecutivo. Las fuerzas de nuestra central obrera estaban bastante disminuidas, como consecuencia de la organización de los sindicatos legales.

No pocos gremios se habían desafiado buscando el camino más cómodo. Alentado por la USRACH, que tenía varios diputados en el Congreso tomó cuerpo el movimiento de los arrendatarios, que consiguió la creación de tribunales de la vivienda y la dictación de una ley que disminuía en un 20 por ciento el precio de los arriendos. El P.C. apoyó este movimiento, participando directamente en él a través de uno de sus hombres: Emilio Zapata.

XIX

El 22 de febrero de 1927, siendo Ministro del Interior el coronel Carlos Ibáñez del Campo, se desató una fuerte ola de persecución, que esta vez no sólo iba a abarcar a los comunistas y a los elementos obreros, sino también a miembros prominentes de los partidos históricos. Aquel día, sorpresivamente fueron detenidos Barra Woll, Sepúlveda Leal, Manuel Hidalgo y Luis Víctor Cruz. Carlos Contreras Labarca estaba también en la lista, pero logró escaparse casualmente: había ido a ver a su esposa, que trabajaba en el juzgado de Santa Cruz, y de regreso a Santiago, tomó un taxi para irse a su casa, en calle Cumming a un costado del teatro O'Higgins. Poco antes de llegar allí, un vecino lo vio y le advirtió que habían ido a allanar su casa. Entonces Contreras se escondió.

También cayeron en esta misma oleada de represión el radical Santiago Labarca, el conservador Rafael Luis Gumucio, que había sido director de "El Diario Ilustrado", y aunque conservador,

combatía los arrestos dictatoriales que ya comenzaban a manifestarse claramente en el entonces coronel Ibáñez. Cayeron asimismo Manuel Rivas Vicuña y otros políticos.

Y como proyectaban hacer la cosa en grande, a través de todo el país, empezaron a detener a dirigentes obreros, allanaron las imprentas del Partido y encarcelaron también a las directivas regionales de la FOCH. Vimos así que todo se nos desarticulaba, que nuestro

190

movimiento tan fatigosamente construido a través de los años, se quedaba sin dirigentes. Yo vivía entonces en la calle Loreto. Un par de meses antes me había cambiado a una casa situada en frente de la que ocupaba. Desde nuestra ventana, Leonor, mi compañera, vio llegar a los agentes, que afortunadamente me buscaron en la vieja casa y como no me encontraron, se fueron. Pero un día terminaron por encontrarme y me detuvieron.

Me llevaron a la Primera Comisaría, que estaba llena de presos políticos. Un oficial de policía, no de esa Comisaría, sino tal vez de los organismos superiores, fue a visitarme y con muy buenas maneras me pidió que escribiera una carta reconociendo que Ibáñez era un hombre muy bien inspirado, que evidentemente quería arreglar los problemas que afectaban al pueblo. Sólo eso se me exigía para ser puesto en libertad. Ya lo había hecho, por lo demás, me advirtió el oficial, Pedro Reyes, diputado y subsecretario general de la Federación Obrera. Me negué terminantemente a escribir tal carta.

Luego llegó allí nada menos que el prefecto, el famoso Manuel Concha Pedregal, y me comunicó que en vista de mi negativa sería relegado a la Isla de Más Afuera, un peñón desolado, desierto, en el archipiélago de Juan Fernández.

—Vaya allá a hacer comunismo, me dijo violentamente.

—Muy bien, señor, le contesté.

Nos trasladaron a la Tercera Comisaría, donde se nos unió Castor Vilarín, un dirigente del Partido que durante un tiempo había estado en bastante malas relaciones con nosotros. Esto se debía a que, dentro del Partido, había formado, con otros compañeros entre los que se hallaban Isabel Díaz, Pablo López y Roberto Pinto, un grupo fraccional minúsculo, pero muy prepotente. Funcionaban en un local de calle Maipú, se hacían llamar "maximalistas" y se creían depositarios de toda la sabiduría política del mundo. Un día, allá

191

por 1923, habían ido a discutir con Recabarren y porque éste no concordó con sus planteamientos, llegaron a escupirlo en la cara. Recabarren los arrojó violentamente de su oficina.

Allí a la Tercera Comisaría, llegó a llenarnos de nuevas amenazas el general Bartolomé Blanche, que por muchos años siguió amarrado al carro de Ibáñez y que fue culpable de no pocos derramamientos de sangre chilena. En su presencia, me sometieron a interrogatorio.

—¿Cómo se llama usted?

—Elias Laferte.

—¿Dónde nació?

—En Salamanca.

—¿No ve, mi general? —dijo el oficial que me interrogaba—es él mismo. ¿Comunista?

—Sí, señor, comunista.

Me notificaron entonces en forma oficial que iba a ser llevado a la Isla de Más Afuera y me autorizaron para que consiguiera que me entregaran una cama y algunas ropas. El domingo próximo saldría para la isla, que hasta ese momento sólo había sido usada como presidio para reos de delito

común... ¡Ah, me olvidaba! También en tiempos de la independencia nacional, cuando gobernaban en Chile Marcó del Pont y su famoso mayor San Bruno, se envió a numerosos patriotas a Juan Fernández. Pero ellos no fueron propiamente a Más Afuera, sino a la otra isla, Más a Tierra, mucho menos fatídica y desolada que el inhospitalario peñón a donde nos mandaban a nosotros.

Entretanto, un buen grupo de chilenos había sido enviado fuera del país. Formaban parte de él Luis Humberto Matis, secretario regional de Santiago de la FOCH; Rufino Rozas, Ramón Alzamora, Luis Víctor Cruz, Barra Woll, Hidalgo, Sepúlveda Leal, Rivas Vicuña, Santiago Labarca y Gumucio. Fueron metidos dentro de un barco y este navio viajó de país en país, de puerto en puerto, buscando un lugar donde se permitiera

192

desembarcar a los desterrados. Pero en ninguna parte los querían recibir.

Finalmente, fueron desembarcados en El Callao, desde allí, Manuel Hidalgo y Ramón Sepúlveda Leal escribieron sendas cartas reconociendo los buenos propósitos de Ibáñez, y pudieron regresar a Chile. Posteriormente, ambos negaron haber enviado tales cartas, pero la de Sepúlveda Leal fue incluso publicada. A México se embarcaron Barra Woll, Cruz, Rufino Rozas y Ramón Alzamora, un dirigente de la USRACH, el organismo que había proclamado la candidatura del Dr. Salas. Matis se quedó en el Perú y pronto se las arregló para regresar clandestinamente a Chile, sin someterse a la humillación de escribir la consabida carta en que se ponía a Ibáñez poco menos que como el gran protector de la clase obrera.

* * *

El domingo me metieron en un estrecho coche celular, tirado por un caballo. Dentro iba también un soldado. Echaron llave a la puerta del coche y un hombre se metió la llave en el bolsillo y montó en una bicicleta. Así fue siguiéndonos todo el camino. —¿Para qué diablos nos echan llave?, le pregunté al soldado. ¿Tanto miedo tienen de que me arranque?

—Eso es lo que digo yo, contestó éste. Si al gallo ese que lleva la llave le ocurriera un accidente, tendríamos que quedarnos quién sabe cuánto tiempo metidos en este brete ...

Pero no hubo accidente alguno y llegamos sin novedad a la estación Yungay, donde me encontré con un buen lote de presos políticos. Se había corrido el rumor de que íbamos a ser embarcados allí, y no en la Estación Mapocho, y grupos de trabajadores se habían reunido en las inmediaciones de la estación.

De pronto se escucharon gritos:

193

—¡Viva la FOCH... ! ¡Viva el Partido Comunista ... !

Los policías no se hicieron de rogar para disolver a caballazos la manifestación.

Subimos al tren para acomodar nuestras pilchas. Yo llevaba un catrecito liviano, mi cama y dos maletas. Luego nos formaron y un teniente empezó a pasarnos lista:

—Señor Luis Alberto ...

—Presente.

Fue interrumpido por el capitán Cristi, que mandaba las fuerzas policiales.

—¡Aquí se acabaron los señores, mierda!

Y el policía siguió pasando lista, pero nombrando a los presos por su nombre, sin el tratamiento de señor, que según el concepto de Cristi, estaba reservado para los ricos.

En el tren nos acompañó un policía a cada relegado.

En Valparaíso nos esperaba otro grupo de trabajadores, que habían sido traídos desde el norte para ser relegados también a Más Afuera, y dos delincuentes comunes, una pareja de criminales detenida en Rengo. Se quería con ello humillarnos más, dándonos tan "agradable" compañía. Ochenta y cuatro personas subimos a bordo del "Angamos", el transporte de la armada nacional que debía conducirnos al destierro. En una bodega nos metieron a los de Santiago y en otra vecina a los nortinos, entre los que se hallaban Braulio León Peña, de la FOCH de Iquique, Juan Guerra, Salvador Ocampo y Samuel Carrasana, de la directiva obrera de Antofagasta. A través del muro que separaba las bodegas pudimos tomar contacto y saber mutuamente quiénes eran los compañeros de relegación.

Cuidándonos, quizás para que no nos diera por regresar a nado al continente, iba un teniente de carabineros, un hombre de los más antipáticos que he conocido en mi vida. Hacía gala de ferocidad, desdeñando cualquier sentimiento humano; se daba unas ínfulas

194

de verdugo que habrían parecido cómicas, si nuestra situación no hubiera sido tan dramática.

El comandante del barco, en cambio, procuraba parecer un ser humano y al lado de este teniente, llamado Julio Arlegui San Martín, nos pareció una bellísima persona. Así, por ejemplo, el comandante Fernández Aguirre, autorizó, a través del segundo oficial, que los presos dejaran la bodega y salieran algunas horas, a cubierta a respirar aire puro. Pero el teniente Arlegui, que seguramente por sus condiciones habrá alcanzado después altos grados en la institución, se negó a dejarnos subir.

Un día se permitió decir que traía instrucciones en un sobre cerrado, de fondear en el camino a dos comunistas peligrosos: Vilarín y yo. Pero el comandante Fernández Aguirre le paró el arpa a tiempo.

—Mientras yo sea capitán del "Angamos", usted no me toca a nadie.

El marino se resistía a dejar a aquel grupo de compatriotas en un lugar tan desolado e inhospitalario como la isla de Más Afuera, y hasta el último minuto trató de influir para que se le permitiera llevarnos de vuelta al continente, sin desembarcarnos en la isla. Pero recibió orden perentoria de cumplir las instrucciones y después de tres días de viaje y tres que permanecimos en las inmediaciones de la isla, sin poder desembarcar a causa del mal tiempo, fuimos enviados a tierra, un día del mes de mayo de 1927. De las bodegas del "Angamos" bajaron ochenta y cuatro presos, veintidós carabineros, diez obreros y dos contratistas, así como los caballos de nuestros carceleros. Durante tres días, metiéndonos en el mar hasta la cintura, estuvimos bajando, en maniobras muy sacrificadas, algunas provisiones que nos dejaron los marinos y elementos con los cuales iban a levantarse algunas edificaciones y a construirse un pozo de agua y algo parecido a una red de alcantarillado.

Fuimos instalados en los restos de unos pabellones que antes habían sido talleres de una antigua industria

195

beneficiadora de lobos de mar. Había allí una quebrada por la cual corría un hilo de agua, unos cerros sin vegetación y una profunda soledad. Se convirtió en vivienda una larga bodega y allí fuimos instalados, a diez metros de la más alta marea, para que la humedad se demorara menos en

metérsenos en los huesos. Por provincias o simplemente por amistades, nos agrupamos e instalamos nuestras humildes camas.

Allí, íbamos a quedar cuando partiera de regreso el "Angamos", en esa espantosa soledad, en medio del mar, sin elementos para afrontar la dureza de las condiciones y sin posibilidad alguna de regreso.

Antes de desembarcar, el comandante Fernández Aguirre nos había dirigido la palabra, sin dureza, más bien con dolor y suavidad:

—Señores, para mí es un deber muy doloroso dejarlos aquí, nos dijo. Ustedes son hombres de ideas y no delincuentes comunes. Este destierro puede ser corto o largo. Espero que sea corto. Para mí es muy triste dejarlos en esta isla, pero mi deber de marino me obliga a hacerlo. Les ruego que se comporten correctamente y obedezcan lo que las autoridades les ordenen ... Señores, si algo tienen que mandar al continente, si algo necesitan, aquí está el comandante del "Angamos" para servirles.

Entre todos logramos reunir noventa pesos y le encargamos que en un próximo viaje nos hiciera llegar una guitarra y un violín.

Contrastó otra vez esta actitud gentil y humana con la del teniente Arlegui, a quien ya le habíamos puesto el sobrenombre de San Bruno. En presencia de algunos oficiales del barco, que habían bajado a tierra y que se disponían a embarcarse, pues el "Angamos" debía zarpar, nos hizo formarnos militarmente. Todo este aparato tenía por objeto dirigirnos un discurso violento y amenazador. Nos advirtió que todos los ismos se acaban allí. Aquí —gritó delirante—, no hay más anarquismo, socialismo o comunismo. Yo no aceptaré ninguna clase de reclamos colectivos. El que tenga

196

algo que decir, viene en persona a hablar conmigo y se acabó.¿Entendido?

El dentista y el farmacéutico del "Angamos" escuchaban sin decir palabra, pero si se hubiera juzgado por sus expresiones, estaban asqueados de tanta prepotencia y ferocidad.

Entonces se produjo un hecho que nos llenó de emoción. En el momento en que se oyó sonar la sirena del "Angamos", indicando a los oficiales que estaban en tierra que volvieran a bordo, porque se iba a zarpar, el dentista, que se hallaba en la quebrada, junto a Castor Vilarín, nos gritó:

—¡Adiós, compañeros ... ! Conmigo se les va un amigo, uno más de ustedes... ¡Y en este compañero, los abrazo a todos!

-Dio un apretado abrazo a Vilarín y entre las lágrimas nuestras y una mueca de asombro de San Bruno, corrió a embarcarse en el bote que lo llevaría a bordo.

El "Angamos" partió al anochecer. A manera de saludo, de despedida, los reflectores de a bordo nos enfocaron y nosotros, los ochenta y cuatro desterrados, nos agrupamos en la playa y cantamos la Canción Nacional y la Internacional, despidiendo al barco, nuestra última amarra con Chile, con nuestras familias, con la lucha, con todo lo que amábamos.

A bordo y en tierra muchos lloraron de emoción.

XX

Al día siguiente empezó nuestra dura vida de condenados a trabajos forzados, puesto que se nos obligaba a realizar duras faenas por las cuales jamás se nos pagó un centavo. En la mañana teníamos que formarnos militarmente y esto era muy difícil en hombres que nunca habían tenido nada que ver con la vida de cuartel. Para el relegado Agapito Celis, por ejemplo, era imposible conservarse en línea cuando estábamos en posición de firmes. Optó entonces por convertirlo todo en un juego y

cuando el cabo nos pasaba lista, contestaba alegremente:

—¡Firme, mi cabito ... !

Fuimos repartidos en distintos trabajos: carpintería, albañilería, etc. A mí me tocó trabajar como oficial del gasfiter García, arreglando las canales de las casas, para que las espantosas lluvias de invierno no nos convirtieran en sapos ... Había que hacer además el aseo de las viviendas, preparar la comida y todavía servir de mozos a los carabineros. Se nombraron cuadrillas de cocineros, de panaderos, etc. Los alimentos se reducían a carnes congeladas de Magallanes.

Hicimos una cancha para jugar al fútbol, solíamos salir a pescar y andando los días, el trabajo se fue relajando. Con maderas de la isla los compañeros fabricaron guitarras, mandolinas y violines y con estos rústicos instrumentos y la guitarra y el violín que veinticuatro días más tarde nos llevó el "Angamos", se formaron estudiantinas y conjuntos musicales.

En este segundo viaje, el "Angamos" se llevó de vuelta al continente a los dos criminales de Rengo, al ferroviario Sierralta y a otro deportado.

Por las mañanas nos despertaba la voz del cabo:

—¡Alza arriba ... ! ¡Levantarse los relegados ...! ¡Cinco minutos para rascarse!

Nos lavábamos en la quebrada y luego las cuadrillas de turno preparaban el desayuno.

Y luego, a los trabajos, a la playa... Los días transcurrían en medio de una horrible monotonía. La nostalgia hacía presa de nosotros y nos poníamos a hablar de Chile, de las familias, del movimiento, de lo que ocurría en la patria lejana. Lo que más anhelábamos eran noticias, noticias, noticias.

El 11 de junio llegó el "Blanco" con relevos y catorce nuevos relegados. Se llevaron a diez de los deportados de vuelta al continente y, con gran alegría nuestra, se fue también el teniente San Bruno, para ser reemplazado por el teniente Godoy, que era más humano y nos dió

muchas facilidades para que nuestra vida fuera menos dura.

Los comunistas celebrábamos frecuentes reuniones, bajo la dirección de Maclovio Galdames, que era miembro del Comité Ejecutivo del Partido. En estas reuniones discutimos muchas cosas y analizamos una a una las críticas que se habían formulado en la carta del Secretariado Sudamericano. Los anarquistas, por su parte, celebraban sus reuniones y vivían juntos.

Para no morirnos de aburrimiento, organizamos veladas, circos y bailes, en los que no había más remedio que bailar hombres con hombres, a falta de damas. Los carabineros rogaban a los buenos bailarines relegados que les enseñaran a bailar, lo que no siempre estos compañeros hacían, porque nuestras relaciones con los carceleros solían a veces ser muy tensas. San Bruno había dejado su herencia de verdugo y muy malos recuerdos entre nosotros. Un día, por ejemplo, mientras recogíamos leña, había increpado brutalmente a Vilarín:

-¡Te voy a hacer fusilar!

-Haga lo que quiera, contestó éste con toda calma.

Los cocineros formaban lo que llamábamos el "gabinete". Cinco hacían la comida y dos la servían. Ministro del Interior era el que mejor cocinaba y ministro de Relaciones Exteriores el que se entendía con los carceleros para conseguir la carne y los alimentos. El ministro de Guerra tenía por misión defender al gabinete de los ataques de los relegados, cuando la comida salía muy mala. No disponíamos de aceite y las ensaladas se hacían con romazas de la isla. Los carabineros solían

disparar sobre los cabros salvajes, a la distancia, y matar alguno. Pero era imposible dar con ellos. Había sin embargo, un relegado que los buscaba con infinita paciencia, por días de días, pero los venía a encontrar cuando estaban podridos. Los descueraba y se llevaba los cueros a la cuadra donde dormíamos, que se llenaba de una desagradable fetidez. Era un cojo de Calama, pero su pata de palo no le impedía meterse

199

entre las quebradas y arbustos hasta encontrar los preciados cueros.

La pascua de 1927 fue muy triste. Se esperaba el barco para el 23 de diciembre, y eso significaba noticias, diarios, cartas de la familia, alimentos. Pero no llegó y tuvimos la tristeza de pasar la primera pascua solos, lejos de los familiares y a ración de hambre. La comida estaba racionada, pues se había terminado la carne y sólo nos alimentábamos de pescado.

A veces veíamos acercarse por el mar a las goletas langosteras. Las llamábamos, les hacíamos señas, pero casi nunca se aproximaban a tierra. Muy de tarde en tarde un capitán compasivo acercaba su barco a la costa y nos hacía tirar algunas langostas de regalo.

También se nos habían acabado los cigarrillos y los que aún tenían cinco o seis, los cuidaban como hueso santo. Algunos, como el anarquista Alberto Baloffet, sufrían mucho sin tabaco.

Por esos días, dos terceras partes de los relegados éramos comunistas y los otros, anarquistas y sin partido. Después, cuando trajeron a los presos comunes, que eran unos cien ladrones, éstos pasaron a ser mayoría. Los políticos éramos apenas veinticinco.

Cuando se veía un humo en el mar, la alegría nuestra era inmensa. ¡Barco!, gritaba el primero que lo divisaba y entonces nos poníamos nerviosos, pensando que venían noticias, quizás rostros nuevos, otros compañeros, quizás también la orden de devolvernos al continente y a la libertad.

El 2 de enero de 1928, la voz de ¡barco! se escuchó a las nueve de la mañana. Todos corrimos a la playa, incluso el teniente Merello, que era a la sazón jefe de la guarnición. Vimos que entre la gruesa marejada se acercaba el transporte "Águila" de la Armada.

Pero las condiciones del mar no permitieron el desembarco y el "Águila" puso proa a Toltén, en el norponiente de la isla. Inmediatamente nosotros quisimos ir hacia Toltén, pero Merello no nos permitió hacerlo y nombró una comisión para que fuera, formada por dos

200

carabineros y dos marineros que se hallaban en Más Afuera sufriendo un castigo. Un deportado, burlando la vigilancia, se agregó a ellos en el camino a Toltén, que era muy penoso, lleno de piedras y obstáculos, era cuestión de varias horas de marcha. Cuando los emisarios del teniente Merello llegaron a Toltén, un espectáculo terrible se presentó ante sus ojos. Habían comenzado el desembarco en dos botes, que avanzaban dificultosamente en el mar embravecido. De pronto, las olas barrieron a los que venían a bordo, y presos, marinos y carabineros cayeron al mar. Algunos con grandes esfuerzos lograron trepar de nuevo al bote, pero otra vez las olas los sacaron. El segundo bote logró recoger a algunos que estaban a punto de ahogarse.

Por la tarde regresó a nuestro campamento la comitiva y el carabinero Novajas dio la noticia:—_Ha ocurrido una desgracia. Más de cinco personas murieron ahogadas.

La noche se llenó de rumores y comentarios y en la cuadra no se hablaba de otra cosa que del desembarco fatal. A la mañana siguiente, Merello salió para Toltén a fin de imponerse de los hechos. De todos los que habían sido barridos de sus botes, se habían ahogado dos marineros y cinco

carabineros. Arrastrados por el agua con sus ponchos, fusiles y equipo, no habían podido sostenerse en la superficie. Sólo lograron salvarse un carabiniero y cuatro presos comunes. .

Cerca de mediodía se recibió un mensaje del teniente Merello, en que pedía a los relegados que fueran a Toltén a ayudarlo a trasladar los cadáveres. Castor Vilarín organizó la expedición. Con palos, cordeles y telas fabricó cinco angarillas y después de almuerzo partimos hacia Toltén. Pero el camino era difícil y tardamos varias horas en llegar. El teniente nos esperaba con el ceño fruncido. —Creía que no iban a venir, dijo.

—¿Por qué no íbamos a venir?

201

—Porque como se trata de carabineros, pensé que ustedes se negaban a ayudar a transportarlos...

—No —contestó Vilarín—, no nos importa quiénes sean... Al fin y al cabo son muertos.

El "Águila" seguía sin poder aproximarse a tierra. Sobre el mar flotaban aún los cadáveres de los dos marineros, que las olas no habían llevado aún a la playa.

Hablaron por semáforo con el barco.

—Llévense los cadáveres a Las Casas, hizo decir el capitán.

—Nosotros iremos apenas el mar lo permita.

Después de sacar los cuerpos de los marinos, utilizando cables y alambres, los relegados emprendieron el camino de regreso llevando los siete cadáveres. Era un camino difícil y penoso y a veces los relegados y su macabra carga rodaban entre las piedras.

Al día siguiente se cavó una zanja y los siete cuerpos fueron sepultados. Hubo un discurso del jefe de los carabineros y otro de los relegados.

Sólo el día 5 el "Águila" pudo llegar a Las Casas y bajar provisiones y pasajeros. Un bote que transportaba corderos se averió e inmediatamente se comenzó a repararlo en tierra. Del barco llevaron clavos de cobre y planchas metálicas y Braulio León Peña, que era carpintero, ayudado por presos comunes, comenzó a ponerlo en estado de navegar.

Antes de que el "Águila" zarpara en su viaje de regreso, se vio salir una lancha hacia tierra, mandada por el teniente Vega, que iba a recoger el bote. Pero no bien había despegado la embarcación del costado del transporte, cuando se oyó que lo llamaban con el megáfono:

—¡Teniente Vega, devuélvase! No hay agua a bordo y tenemos que zarpar inmediatamente para Juan Fernández.

El oficial cumplió la orden y el bote, con alegría de todos nosotros, quedó en tierra. ¡No sabíamos que iba a desempeñar más tarde un papel en uno de los más

202

trágicos episodios que se registraron durante nuestra permanencia en la isla!

Los carabineros que tenían que salir de regreso al continente, se vieron enfrentados a una situación difícil: era preciso reemplazar a los cinco que se habían ahogado y se pidió entonces voluntarios entre los que ya habían cumplido su tiempo en Más Afuera. Dos se ofrecieron, alentados por la mejor paga. A los otros tres fue preciso sortearlos y uno de los que resultaron obligados a quedarse, quería matarse de desesperación, enloquecido ante la perspectiva de seguir allí en el horrible peñón sin otra cosa que acantilados y cabros salvajes. Por fortuna un compañero se compadeció de él:

Andate al continente. Yo te reemplazaré.

El nuevo teniente, de apellido Muñoz, había sido sargento de ejército, y mediante un curso especial, había entrado como teniente de carabineros. Era un hombre más tranquilo que sus antecesores, pero

tuvo muy mala suerte en su período en Más Afuera; tan mala suerte que algunos hechos que ocurrieron le costaron la carrera.

Entre los presos comunes, en su mayoría ladrones, surgió la audaz idea de arreglar ese bote para emprender la fuga hacia el continente. Cuando le comunicaron esta idea a Vilarín, no sólo la acogió con entusiasmo, sino que se transformó de inmediato en el jefe de tan descabellada empresa. Se le había metido entre ceja y ceja que era posible llegar al continente en tan frágil embarcación. Poco a poco se empezó a usar el bote, so pretexto de pescar para mejorar un poco la comida, pero en realidad como tanteo, para probar las duelas y remos que se habían construido, en el afán de dejar el bote apto para la aventura. Un día de febrero y a manera de

203

ensayo, salieron a pescar, alejándose más de una milla de la costa.

Cuando el teniente Muñoz se dio cuenta de esto montó en cólera y juró a gritos que era la última vez que los relegados usaban el bote. Vilarín y sus compañeros volvieron con varios pescados, pero esto no atenuó la cólera del teniente, que inmediatamente les requisó los remos. Con paciencia de hormiga y dándole tiempo al tiempo, ellos lo convencieron de que les prestara los remos para salir a pescar otra vez. Cuando los consiguieron, hicieron otra intentona, pero fracasaron y volvieron a tierra como si nada hubiera ocurrido, como si se hubiese tratado de un simple paseo de entretenición.

Pero el proyecto seguía adelante y Vilarín, con algunos anarquistas, decidió emprender la vuelta al continente. En Las Vacas un lugar más o menos lejano de Las Casas, nuestra colonia, fueron juntando poco a poco algunas provisiones y guardaron también un barril lleno de agua.

Algunos relegados intentamos convencer a Vilarín de que desistiera de sus propósitos, diciéndole que tenía noventa y nueve probabilidades contra una de morir en la aventura. Pero Vilarín siguió firmemente decidido a partir. Me imagino que él pensaba que su suerte era distinta de la nuestra. Nosotros, tarde o temprano, volveríamos al continente y quedaríamos libres. Pero él tenía un proceso por la muerte de un ciudadano, propietario de la casa en que vivía su hermana, y cuando volviera sería llevado directamente a la cárcel. Así, pues, en su mente se incubó la idea de la fuga y no hubo quien fuera capaz de arrancársela de allí.

La evasión se produjo alrededor del 15 de febrero, cuando se hicieron a la mar en el bote, un panadero anarquista de apellido Zavala; un viejo matarife y esquilador de Punta Arenas; León Ravanal, anarquista también; Leyton, un obrero marítimo de Valparaíso; dos zapateros anarquistas y Castor Vilarín, electricista y

204

jefe del grupo. Aparte del barril de agua y de las escasas provisiones, no llevaban a bordo sino un miserable chinguillo, que enarbolaron como una vela. No tenían brújula, cartas de navegación ni nada que se le pareciera.

Cuando el teniente Muñoz, al ver que el bote se alejaba mucho más de una milla, y seguía adelante, llevado por su vela, comprendió lo que ocurría, corrió donde los anarquistas, para pedirles que de

algún modo hicieran volver a sus compañeros. Pero éstos se limitaron a entregarle una carta que Castor Vilarín y sus hombres habían dejado para él, diciéndole que iban en busca de la libertad o la muerte. Fue tal la impresión sufrida por el teniente, que cayó desmayado y hubo que hacerle fricciones para que volviera en sí.

Nunca se supo nada de los fugitivos. En la isla corrieron rumores de que habían llegado al continente, desembarcando cerca del río Limarí. Pero esto no pasaba de ser un buen deseo de los amigos de Vilarín y sus compañeros, especialmente de los anarquistas, porque cuando volvimos al continente tuvimos la confirmación de que jamás habían llegado a las costas de Chile, lo cual significa que murieron en el mar.

Una semana más tarde, el 22 de febrero, al cumplirse el primer aniversario del día en que nos apresaron por órdenes de Ibáñez, pedimos permiso al teniente para ir a almorzar al cerro, en unas antiguas chozas de la colonia penal. Lo que queríamos, en realidad, e hicimos allí, fue celebrar un acto, en el que quedó de manifiesto a través de todos los discursos, que ningún castigo, prisión ni relegación nos alejaría de nuestra línea de servir al pueblo. Terminamos cantando la Internacional allí, al aire libre, entre el mar y los abruptos cerros de la isla.

Coincidió que esa tarde se vio en las cercanías de Más Afuera una goleta langostera. Verla el teniente y sospechar que los relegados se habían fugado en ella fue una misma cosa. Inmediatamente hizo ensillar los

205

caballos y los carabineros salieron en nuestra busca. Con gran alivio de Muñoz, nosotros nos hallábamos descansando tranquilamente.

El teniente se puso al habla con el capitán de la goleta y le pidió que volviera de inmediato a la isla de Más a Tierra a dar cuenta de la fuga de Vilarín y los suyos.

Pero el capitán se negó, diciendo que él iba allí a pescar langostas y que volvería sólo cuando tuviera carga suficiente. Se quedó aproximadamente ocho días. Un hijo del sabio Federico Johow que viajaba en la goleta, desembarcaba todos los días para hacer estudios sobre la flora y la fauna de la isla. A través de él tuvimos muchas noticias de lo que ocurría en el continente.

En marzo llegó el transporte "Angamos", que llevaba a bordo el relevo de carabineros y una buena cantidad de nuevos relegados. Algunos de ellos quedarían en Más Afuera y otros seguirían hasta la Isla de Pascua. Entre estos últimos se contaban Gaspar Mora Sotomayor, Rogelio Rozas, de "La Nación", Eduardo Alessandri, el periodista Ramón de Lartundo, el mayor Millán Iriarte y Manuel Hidalgo Plaza. Entre los catorce que quedaron a hacernos compañía, recuerdo a Julio Moya, a Roberto Salinas Astudillo, al profesor Eugenio González y al poeta Meza Fuentes.

El nuevo jefe de la guarnición de carabineros era un teniente de apellido Palma. Durante su niñez había sido un "pelusa" del hampa santiaguina y así se explica que sintiera un entrañable afecto por los ladrones y presos comunes, mientras dejaba caer toda su autoridad sobre los relegados políticos. Claro que cuando a veces se enemistaba con sus queridos ladrones, no tenía el menor empacho en someterlos a castigos corporales. Un día se supo que dos o tres maleantes habían atentado contra uno de sus compañeros, al cual quisieron violar. El teniente Palma los hizo azotar en presencia de todos.

Eugenio González y Meza Fuentes, quizás los únicos

206

relegados que no pertenecían a la clase obrera, se habían ido a vivir en la casa del teniente. Posteriormente, Meza Fuentes se disgustó con él y Palma lo expulsó, nosotros le hicimos un hueco en la cuadra en que vivíamos y cuando el poeta pidió que se le diera trabajo como a todos, lo nombramos ayudante de panadero.

Años más tarde, en 1931, a la caída de la dictadura, Meza Fuentes publicó unas memorias en el diario "Las Últimas Noticias", en las cuales contó todos estos sucesos. Eugenio González no se sintió conforme con la versión de Meza Fuentes y lo retó a duelo. El desafío, sin embargo, no llegó a realizarse, por determinarlo así un tribunal de honor compuesto de tres personas y presidido por Carlos Alberto Martínez.

El invierno fue frío y lluvioso. Durante días enteros caía la lluvia sobre el campamento y el destierro entonces se tornaba aún más triste. Para acortar esas interminables tarde de lluvia, Meza Fuentes inauguró un curso de francés para los relegados y entre sus alumnos nos contamos Juan Chacón Corona, el poeta popular Luis Polanco y yo.

Durante el período del teniente Palma, recuerdo que uno de los presos comunes mató a otro. El teniente, lleno de furor, recorría la colonia revólver en mano y en esta frenética actitud penetró a la cuadra de los presos políticos, ni más ni menos que si el asesino hubiera sido uno de nosotros ... Cuando el culpable fue descubierto y confesó su crimen, el teniente lo hizo encerrar y lo mandó al continente en el primer barco que tocó en Más Afuera. La reflexión que muchos se hacían entonces era la de que había que matar a un prójimo para que lo devolvieran a uno a Chile...

En el mes de julio pasó el transporte "Águila", que desembarcó un nuevo contingente de ladrones y siguió luego viaje a la Isla de Pascua. Su comandante, un marino de apellido San Cristóbal, bajó a tierra al parecer con el único objeto de increparnos por nuestras ideas políticas. No se le pasó por la mente preguntar si teníamos una comida pasable o en qué condiciones

207

vivíamos, sino que se limitó a regañarnos y maltratarnos porque éramos comunistas o anarquistas o cualquier cosa; más bien porque no apoyábamos a la dictadura de Ibáñez.

De las conversaciones que sostuvimos con algunos de los tripulantes del "Águila", se pudo deducir que ese barco, a su regreso de Pascua, iba a llevar a Chile a un grupo de relegados y a otro de presos comunes. Según estos rumores, que nos tenían a todos sobresaltados, terriblemente nerviosos, volveríamos Braulio León Peña, el anarquista Baloffet, Meza Fuentes, Eugenio González, yo y otros más. También se decía que regresaría el teniente Palma, que durante su permanencia en la isla se había dedicado a coleccionar cueros de cabros y de lobos, que trocaba a los presos por cigarrillos. ¡Después, en Chile, trocaría los cueros por buenos y flamantes billetes!

El día que fuimos notificados oficialmente de nuestro regreso, hubo emoción general, lágrimas y alegría. Estábamos felices los que íbamos a regresar y también lo estaban los que veían regresar a sus camaradas, aunque ellos siguieran padeciendo en la isla.

En medio de una indescriptible impaciencia, pasaban los días y en el mar no aparecía el humito que nos indicaría que el "Águila" se aproximaba. Nada, nada... ¿No se habría hundido y esto postergaría nuestra vuelta?

Por fin, veintiséis días después de haber zarpado, volvió el transporte y nos metieron confundidos a la misma bodega a veintitrés relegados y un número igual de forajidos.. Estos eran casi todos delincuentes reincidentes y la mayor parte de ellos volvió después para una nueva permanencia en Más Afuera.

En Santiago fui puesto en libertad a fines de julio de 1928, después de un año y medio de relegación en el inhospitalario peñón de Más Afuera, sin que mediara proceso ni sentencia judicial alguna. En mayo, de 1927, Carlos Ibáñez del Campo se había hecho elegir Presidente de la República. Su único contendor en esta

208

elección había sido el candidato de los comunistas, Elías Lafertte, proclamado en el Sindicato de Tabacaleros de la calle Maipú. Los pocos votos que yo había sacado en las urnas indicaban que en Chile quedaban todavía ciudadanos que no comulgaban con las ruedas de carreta de Ibáñez.

XXI

Inmediatamente de llegar a Santiago, tomé contacto con compañeros del Partido, que se hallaba desperdigado, con flaca organización. Como secretario general actuaba Isaías Iriarte, que vivía en Valparaíso. Errores de diversa naturaleza, aparte de la feroz represión ibañista, estaban aislando el Partido de las masas. No eran ajenas a este fenómeno dos desviaciones, que posteriormente fueron analizadas desde el punto de vista político, quedando al desnudo los vicios que las promovieron y las desastrosas consecuencias que causaron.

La primera era una desviación derechista, que encabezaba Manuel Hidalgo con un pequeño grupo. La tesis que habían descubierto era "Partido ilegal, fábrica de mártires". Y era por eso, seguramente, que a todo trance querían colaborar con Ibáñez y que hacían una labor de zapa dentro del Partido. Cuando un compañero caía preso, por ejemplo, estos individuos, ni lerdos ni perezosos, hablaban con su familia para cargar la culpa de su detención a la dirección del Partido. Intrigaban a unos contra otros, sembraban la desconfianza y, por lo bajo, informaban a la policía. Muchas de las detenciones que se produjeron en ese período se debieron a delaciones del grupo de Hidalgo, que quería en esta forma desprestigiar a la dirección central.

Esta, por su parte, estaba desviada hacia un izquierdismo torpe e infantil. Por esos días la legislación social comenzaba a entrar en vigencia y el gobierno instruyó a las Juntas Provinciales del Trabajo para que no atendieran ningún reclamo de los obreros que se hallaran al margen de la legislación social. Pero la

209

consigna lanzada por Iriarte de "solos contra todos", impedía dar un paso en este sentido y se vio que de seguir por este camino, los Consejos de la FOCH iban a quedar reducidos a los militantes comunistas.

Afortunadamente un núcleo importante de la dirección central supo señalar las características falsas de ambas desviaciones y reaccionar contra ellas. Entonces acordamos incorporarnos a los sindicatos legales y seguir desde allí, y desde todos los frentes, la lucha por las reivindicaciones populares y contra la dictadura de Ibáñez.

Clandestinamente había regresado a Chile, Rufino Rozas, quien desde su destierro en México había viajado a la Unión Soviética. También había regresado desde la URSS, Bernardino Donoso. En Moscú, Donoso visitó la sede de la Internacional Comunista y habló de la situación que existía en Chile por esos días y que no era nada brillante. Mostró errores cometidos, los efectos de la represión y los afanes de la dictadura ibañista para desmontar pieza por pieza la organización

obrero que se había venido levantando a través de largos años de lucha. Pero con gran sorpresa de su parte, Donoso notó que los camaradas de la Internacional no daban crédito a sus palabras. No parecía impresionarles el desastroso cuadro que había pintado y que, fundamentalmente, representaba la situación en que se hallaba el movimiento obrero chileno.

—Nosotros, le dijeron, hemos recibido desde Chile informaciones completamente diferentes.

Desconcertado, Benardino Donoso emprendió viaje de regreso a Chile. Si en la Internacional daban crédito a informaciones muy optimistas recibidas desde Chile, ¿quién había podido mandarlas? Sólo iba a saberlo, y en condiciones bien singulares, un tiempo después.

Desde mi cargo de secretario general de la FOCH, yo me había entregado en cuerpo y alma a la tarea de reconstruir los deshechos cuadros sindicales, inspirado

210

en la nueva línea que había trazado el Partido: la de no desdeñar los sindicatos legales.

Pero la represión no había terminado y no iba a terminar hasta la caída de Ibáñez. Después habría de seguir, claro está, bajo otros nombres y otras características. Cualquiera que examine el panorama sindical y la historia obrera de Chile se dará cuenta de que, salvo escasos y muy contados períodos, el movimiento obrero ha sido siempre blanco de la persecución de patrones y autoridades.

La represión ibañista, arreció, como decía, a comienzos de 1929. En febrero de ese año hubo nuevas redadas de dirigentes y cayó Iriarte. Desde Argentina había venido Vitorio Codovilla trayendo ayuda en dinero para los presos políticos, como aporte solidario de los trabajadores transandinos. Entregó esta suma a la compañera de Iriarte.

A mí me detuvieron en mi casa y me llevaron a investigaciones. En ese mismo cuartel fue sometido a brutales torturas por los agentes, que comandaba el famoso "detective científico" Ventura Maturana, nuestro compañero Rufino Rozas. Tenían en investigaciones a un oficial especializado en la persecución de comunistas, el "Chino" Molina.

En los calabozos de General Mackenna estuvimos parte de febrero, todo marzo y todo abril. El Primero de Mayo, precisamente el Primero de Mayo, nos reunieron en el gimnasio del cuartel de Investigaciones para comunicarnos que íbamos a ser llevados a la Isla de Pascua.

Salimos para Valparaíso, fuertemente custodiados, en el tren de las once, Rufino Rozas, Andrés Escobar, Luis Peña, Aníbal González, Vásquez, a quien llamábamos el "Cuchucho", y yo. En Valparaíso nos esperaban otros presos con quienes íbamos a compartir el destierro en Pascua: San Martín, el "Ñato" Molina, de Antofagasta; Isaías Iriarte, secretario general del Partido; Maclovio Galdames y Bernardino Donoso.

Fuimos embarcados en el transporte "Abtao", que la

211

marina de guerra había encargado construir para reemplazar a otro transporte del mismo nombre, hundido poco tiempo antes. Diez días duró nuestro viaje, que no fue nada de agradable, por cierto, ya que todas las bondades y buenos sentimientos del segundo comandante de la nave, don Pedro Linchy, eran anulados por la brutalidad del capitán Silva, comandante del "Abtao".

Cuando desembarcamos, el capitán Silva nos notificó que nos dejaba alimentos para tres días.

—Y después, ¿qué vamos a comer?, preguntó uno de los relegados.

—Se mueren de hambre, dijo brutalmente el capitán.

La Isla de Pascua. Ahí nos esperaba ese peñón desolado en medio del Pacífico, con sus monstruosas estatuas, por donde jamás pasaba siquiera un barco. Para los que antes habíamos estado en Más Afuera, naturalmente no había punto de comparación: aquí siquiera había sol, calor todo el año y no el frío horrible; no había carabineros ni tenientes con ínfulas de tiranos; aquí no habría tampoco trabajos forzados ni vida en común con ladrones y asesinos.

La única autoridad de la Isla de Pascua era el gobernador, civil entonces, Carlos Recabarren. Antes había existido una policía formada por indígenas, pero había sido disuelta porque sus miembros se negaron a reprimir una huelga. En realidad, en Pascua casi todos los habitantes son parientes y no se podía pedir a los que desempeñaban el cargo de policías que detuvieran a sus propios padres, o a sus hermanos, o a sus hijos que no estaban satisfechos con los salarios y las condiciones que les imponía la compañía inglesa que explotaba Pascua. El jefe de esta policía y el único que no había estado contra la huelga, era Juan Tepano, miembro de una de las familias más interesantes y conocedoras de la Isla. Tepano servía de intérprete al gobernador. Los pascuenses le tenían respeto, pero no lo querían.

Este hombre cobró gran estimación por nosotros.

212

Pasaba en nuestra compañía todo el día, desde la hora del desayuno hasta la noche, excepto el domingo, que dedicaba a sus devociones religiosas y a alternar con sus parientes. Era desinteresado y generoso y todos los días nos llevaba frutas, carne y camotes, que en la Isla reemplazan al pan.

Nos instalamos en una casita de dos piezas situada junto a la iglesia. En una pieza dormíamos cinco compañeros y seis en la otra. Pero pronto, después de algunas incidencias políticas ocurridas entre nosotros, Isaías Iriarte y el "Chino" se fueron a vivir aparte, uniéndose con nativas.

La compañía explotadora de la isla era una rama, sólo una rama del frondoso árbol monopolista de la empresa británica Williamson Balfour y por aquellos días se encontraban en Pascua dos administradores: uno que se iba después de permanecer treinta y cuatro años allí, Enrique Helmun, y otro que venía a hacerse cargo de los trabajos de explotación del ganado lanar, Tomás East, que estaba recibiendo instrucciones de su predecesor para el manejo de la concesión.

Nosotros vivíamos continuamente bajo la mirada curiosa de los nativos, que a veces parecía vigilancia. La compañía, por instrucciones del gobernador, nos daba medio cordero diario para nuestra alimentación y nos proporcionaba vacas para que pudiéramos tener leche, de modo que por lo menos el problema del hambre, que yo había tenido que afrontar en cárceles y en Más Afuera, aquí no existía. Nos solía visitar también el "cura" de la isla, un nativo, miembro de la familia Pakarati, quien dirigía las oraciones colectivas y cantos religiosos. Estaba autorizado por el obispado correspondiente para bautizar a los niños y casar a las parejas, pero no podía cantar misa.

Los comunistas decidimos hacer una discusión política. Seguramente lo que relato podrá despertar sonrisas en los que no nos conocen bien. ¡Miren que ponerse a hablar de política en una isla a tres mil kilómetros del continente! Pues sí, tuvimos que hacerlo porque

213

existían dudas muy serias sobre algunos de nuestros compañeros y la convivencia con ellos se tornaba peliaguda y difícil. Para celebrar estas reuniones debíamos escondernos de los obsequiosos nativos, que no nos querían dejar solos a sol ni a sombra.

Se comprobó, por ejemplo, durante esta discusión, que el secretario general del Partido, Iriarte, había obrado con actitud doble, pues mientras encargaba a Donoso que explicara a los compañeros de la Tercera Internacional las difíciles condiciones en que trabajábamos en Chile, él, por su parte, había enviado una comunicación escrita dando datos completamente distintos, pintando con colores brillantes la situación de la clase obrera y del Partido. Después de esto, nos explicamos por qué lo que había dicho Bernardino Donoso en Moscú había sido fríamente acogido y calificado de falso. Comprobamos también que Iriarte, al subir al barco en Valparaíso, era el único relegado que tenía dinero y supimos que había recibido para ayuda a los presos, una suma aportada por el Socorro Rojo Internacional. Pues bien, Iriarte no había dado cuenta a nadie de este dinero, guardándolo para sí. Entonces, por unanimidad, lo expulsamos del Partido. Se aprobó hacia él una consigna de silencio: ninguno de nosotros volvería a cambiar una palabra con él. Era una especie de política de hielo, una huelga de silencio contra el mal camarada que había traicionado los principios del Partido y abusado de su cargo directivo para robar un dinero que pertenecía a los compañeros presos.

El "Ñato" quebrantó el acuerdo y fue expulsado también. Libres ya de toda disciplina y de la decencia que caracteriza a los comunistas, ambos se fueron a vivir maritalmente con nativas de la isla. Nuestro único contacto con ellos se producía cuando llegaban hasta nuestra casa a buscar la parte de carne que les correspondía. Llegaban el "Ñato" o Iriarte y nosotros les entregábamos su porción sin cambiar una palabra con ellos.

214

Un día nos llamó el gobernador Recabarren y nos entregó algunos sacos de trigo, porotos, arvejas, garbanzos y lentejas que había dejado el "Abtao", y nos dijo que podíamos sembrarlos para mejorar y variar nuestra comida. "Cuchucho", el único de nosotros que entendía en trabajos del campo, se dedicó entonces exclusivamente a la agricultura y obtuvo buenos éxitos. Nuestra comida, por otra parte, no era mala ni escasa, pero sí de una tremenda monotonía. Todos los días comíamos cazuela de cordero o chuletas, camote, plátanos, huevos y un tubérculo de la isla llamado taro. Después pudimos comer un maíz dulce de Calama, que cultivó el "Cuchucho" y que se cosechó a los dos meses y medio de sembrado.

El pescado era muy escaso, por las limitaciones que la compañía imponía a los pascuenses. Era desmoralizante ver que esa pobre gente no podía siquiera moverse dentro del territorio de la isla, que había sido siempre su propia tierra, por disposición de una compañía extranjera instalada allí gracias a una concesión bastante ridícula, pues la suma que pagaba anualmente al Estado era una miseria. Los pascuenses, por otra parte, no podían poseer colchones de lana, cueros, ovejas ni perros.

Al escribir esta parte de mis memorias he revisado una colección de cartas que escribí a mi madre y a mi compañera Leonor. Religiosamente, una vez al mes, les escribía contándoles incidencias de nuestra vida en la isla, aunque sabía que esas cartas llegarían a sus manos llevadas por mí mismo, pues no había correo ni barco alguno que pudiera transportarlas al continente. Les hablaba en ellas de nuestra vida, nuestros pocos paseos por la isla, que ni siquiera pudimos conocer entera, porque no teníamos buenos caballos ni la compañía lo permitía tampoco. Les hablaba de los nativos, que eran gentes excelentes. Los domingos, pascuenses y relegados nos reuníamos para bailar y cantar, acompañados con la guitarra de Galdames. Les contaba cómo echaba de menos el pan. En la isla no se cultivaba

entonces el trigo y muy de vez en cuando conseguimos que la pulpería de la compañía, que era muy primitiva, nos vendiera un poco de harina para hacer sopaipillas. Así, en el verano, que es cuando llueve en la isla, y de un modo a veces torrencial, nos imaginábamos estar en la patria, tomando café con sopaipillas.

Otra cosa en la que hacía mucho hincapié en estas cartas, escritas más para mí mismo que para ellas, puesto que nunca podría hacerlas llegar, les hablaba también de nuestros tormentos por la falta de tabaco. En esa época yo era fumador y me las veía negras cuando me faltaba el pitillo. A veces conseguimos un poco de tabaco inglés en la compañía. El tabaco que se producía en la isla era demasiado fuerte para mí.

Cada uno de nosotros había sido adoptado como ahijado, si así pudiera decirse, por un nativo. Este "padrino" nos llevaba regalos y comida. Andrés Escobar tenía un amigo que le hacía lavar la ropa y lo llenaba de regalos. Un día lo llevó a un potrero y le dijo:

—¿Ves esos caballos? Son míos. Ahora son tuyos. Elige los que quieras. O si quieres, te los regalo todos.

Andrés se confeccionó unas riendas y con un cuero por montura, pudo recorrer grandes extensiones de la isla. Nicolás Pakomio era el nativo que se ocupaba de que a Rufino Rozas nunca le faltaran frutas y comida. Yo era una especie de "ministro de relaciones", por lo menos así me llamaban, porque servía de enlace entre el gobernador y los relegados y también entre éstos y Mr. East, el administrador de la compañía, que era yerno del gobernador Recabarren. East solía permitirnos que compráramos en su pulpería un poco de harina, quáter o azúcar.

Durante la temporada de la esquila, East necesitó pintar sus bodegas y nos ofreció trabajo, a Aníbal González y a mí. Nos pagaba cuatro pesos diarios por nuestras faenas, que duraron unas cinco semanas. Después de la esquila, nos rebajó el salario a tres pesos, y aunque a nosotros esta medida no nos cayó bien, no estaban dadas las condiciones para declararnos en

huelga... Los salarios nos sirvieron para comprar un saco de harina y hacer sopaipillas que compartimos con nuestros compañeros.

Guardo de este trabajo un curioso certificado de competencia que nos dio el gringo East, redactado en español por demás pintoresco:

"Este es para certificar que los hombres Sr. Lafertte y el Sr. González han trabajado por la Compañía Explotadora de la Isla durante cinco semanas y de los trabajos suyos y la conducta en general yo puede decir que si han portado muy bien en todo. Y yo no puedo quejar de ellos en nada. T. C. East. Matavere, 7 de dec, 1929".

Nuestro destierro en Pascua duró desde el 11 de mayo hasta el 21 de diciembre del año 29. Los indígenas cobraron por casi todos nosotros vivo cariño y habían llegado a conocer y definir exactamente los rasgos sobresalientes del carácter de cada cual. De mí, por ejemplo, decían que era muy rabioso, pero muy bueno... Tepano me llevó varias veces a ver a los leprosos, que se hallaban aislados. Algunos se solían escapar y Tepano tenía que cazarlos a lazo.

Cuando nos embarcamos en el vapor "Antartico" fletado por la compañía Williamson Balfour, para regresar al continente, los nativos lloraron, nos llevaron tolimiros, conchas marinas y otros regalos y bailaron, en señal de despedida, danzas pascuenses y tahitianas.

El primero de enero de 1930, el "Antartico" tocaba en Quintero y nosotros, ese pequeño grupo de hombres, volvíamos a la libertad y a la lucha.

XXII

Algunas personas a quienes a través de largas prédicas se ha convencido de que nosotros los comunistas no tenemos sentimientos humanos, nos creen seres desprovistos de afectos, de amores, de sufrimientos, como no sean los de tipo político. Para qué decir que están profundamente equivocadas. Nosotros, los comunistas

217

somos, en este aspecto, como todos los hombres. La revolución, que llevamos clavada en nuestro espíritu, y el pensamiento puesto en un futuro mejor, más justo, más noble, no nos impide sentir, como todos los hombres, amores, celos, debilidades y pasiones. Estas reflexiones no tienen otro objeto que explicar la decepción que sufrí al regresar a Santiago, después de esos meses pasados en la lejana Isla de Pascua, y encontrarme con que uno de los seres que más quería, había fallado. Leonor, mi compañera de tantos años, de tantas miserias, de tantas privaciones y de tantas alegrías no había tenido fe, no había sabido esperar, como otras veces, que pasaran las nubadas pesadas y oscuras de la persecución. Nada más diré de esto. Es un capítulo que se cerró en mi vida, después de una etapa de dolor y vergüenza. El hombre con quien Leonor se había ido a vivir era precisamente de las filas enemigas; pero ni siquiera era un enemigo de clase, de convicciones, de ideología, sino un mercenario: era, en fin, un agente de investigaciones.

Me fui a vivir en casa de mi madre, en la calle Andrés Bello, y me entregué quizás con más fervor que antes a la lucha. Había llegado a Santiago el día 3 de enero de 1930 y el día 5 me encontraba participando en una conferencia nacional del Partido que se celebraba en la más absoluta clandestinidad. Allí estaban Galdames, Rufino Rozas, Hidalgo, Humberto Mendoza (Levin), Galo González, Contreras Labarca y otros compañeros. La reunión, que se realizó en una casa de la Avenida Matta, duró solamente un día, porque la persecución era violenta y prácticamente todos los que participábamos en ella estábamos sometidos a permanente vigilancia.

Esta vigilancia afectaba no sólo a los dirigentes sino a todo militante que se destacaba en el Partido. Salvador Ocampo, que trabajaba como linotipista en "El Mercurio", solía pagarle el tranvía al agente que lo seguía... Yo no tenía tanta calma y me ponía nervioso y furioso de verme seguido noche y día por una

218

sombra que no era la mía. En la mañana, cuando me afeitaba, me cortaba la cara de pura desazón. Me seguían hasta cuando salía con mi madre, cuando iba a las conferencias en la Universidad de Chile, en cualquier paso que diera. Por esos días estuvo en Santiago Belén de Zárrega y fui a visitarla, para recordar con ella los viejos tiempos del norte, donde la había conocido; pero antes de llegar a su hotel y como andaba con el agente a la cola, decidí no entrar, para no comprometerla. ¡Quién sabe qué novela no habrían inventado los que se ganaban la vida atribuyéndonos las más desorbitadas acciones!

Mientras tanto me ganaba la vida en distintos trabajos. Ya no salía el diario del Partido, ni la FOCH tenía sus oficinas a la vista de todo el mundo, como antes. Trabajé dos meses en el desempastelamiento de la imprenta Frigerio, en la calle Moneda, que administraba el escritor Gregorio Guerra. Después, Neut Latour, que tenía un pariente en la casa Grace, me consiguió una "pega" de vendedor en uno de los Almacenes Económicos, una vasta cadena de almacenes, al estilo norteamericano, que esa firma había instalado en Santiago. Me tocó el que estaba en San Pablo al llegar a Brasil. Estuve allí quince días a prueba y no me pagaron sueldo, sino algunas mercaderías. —Usted es muy buen empleado, me dijo el inspector, pero es viejo.

Yo tenía cuarenta y cuatro años, pero así son las cosas. El capitalismo le cierra las puertas a un hombre de cuarenta y cuatro años que necesita ganarse la vida, Por más que reconozca que es honesto y competente, necesitan gente fresca y activa que se mueva bastante, hasta que llegue el momento en que no sirvan. Entonces se les da el correspondiente puntapié en el trasero y se le busca un reemplazante.

Frente a mi casa, había un depósito de vinos de un demócrata. Allí se instalaban los agentes a vigilarme, lo que hacían usando un espejito. Yo no sé si esto era una muestra de ingenio detectivesco o si simplemente

219

lo hacían por divertirse. Me hallaba trabajando precisamente en el Almacén Económico de Grace cuando me tomaron preso, en abril de 1930, y me llevaron a un calabozo de investigaciones. No sé que se proponían ¿Otro viaje a las islas? ¿Quizás una relegación dentro del continente?

Me encontré en el cuartel de General Mackenna con casi todos los dirigentes, con excepción de Hidalgo. En el mes de mayo me embarcaron hacia Puerto Montt desde donde debía salir para mi nuevo lugar de relegación. A Rufino Rozas lo mandaron a Achao, a Jenaro Valdés a Castro; a un camarada zapatero, cuyo nombre no recuerdo, a Ancud, y a Ocampo a Puerto Montt. Llegamos un sábado, bajo una lluvia atroz. Nos metieron en un calabozo y al día siguiente me embarcaron hacia Calbuco en el vaporcito "Atlas".

Yo no tenía recursos de ninguna especie para poder vivir en ese lugar, donde llovía todos los días de una manera implacable. Dormía en el cuartel de los carabineros, en una cama de corcho que me habían prestado, y comía de pensión en la casa de la mujer de un cabo furriel. Allí conocí a un practicante del hospital, de apellido Valdebenito, que me ayudó mucho. Valdebenito era un antiguo navegante y años después volvió al mar y pereció en un naufragio en el Estrecho de Magallanes. Era un hombre cordial y amistoso, exuberante, vividor, bueno para la comida y el trago. El me presentó a una señora cuyo marido estaba preso por robo de animales, delito muy común en Llanquihue y Chiloé, y en cuya casa me fui a vivir una vez que recibí mi cama desde Santiago. Alcancé a pasar una noche solo, pues al día siguiente llegó a Calbuco Salvador Ocampo, que había sido despachado con camas y petacas desde Puerto Montt, y se instaló en mi cuarto.

Poco a poco nos fuimos relacionando con la gente de la pequeña isla, venciendo la desconfianza que se tenía hacia nosotros. La leyenda negra de "feroces comunistas" fue desvaneciéndose y la gente de Calbuco empezó a saludarnos, a conversar con nosotros y a invitarnos

220

a sus casas, de vez en cuando. Un día nos llamó el teniente de carabineros y nos propuso que trabajáramos ayudando a los campesinos a llenar los formularios para el primer censo agrícola que

se hacía en el país. Cobrábamos un peso por llenar cada formulario, pero no era tarea fácil debido a la natural desconfianza de los campesinos y agricultores pobres para declarar sus bienes. ¡Durante tantos años les habían robado sus tierras y esquilgado, gobiernos y hacendados, que era difícil conseguir que dieran datos claros! Frecuentemente los diálogos entre nosotros y los declarantes eran como sigue:

—¿Cuántas hectáreas tiene usted?

—Cuántas serán, pues señor...

—¿Pero cuántas?

—No son más ...

—¿Pero cuántas?

—Son muy poquitas ...

Teníamos que explicarles que no éramos funcionarios del gobierno, sino simplemente personas que les estaban ayudando a cumplir una disposición legal, que ellos no podían hacer solos, puesto que no sabían leer ni escribir. Nos ganábamos entre los dos cuarenta o cincuenta pesos diarios, con lo que pudimos sostenernos tres meses. Después nos salió un competidor, un señor Alvarado, que llenaba los formularios por sesenta centavos.

Por aquella época no sólo estábamos relacionados con los habitantes de Calbuco sino que hasta gozábamos de ciertas consideraciones. Solía visitarnos el cura y conversar con nosotros. Luego conseguimos trabajo como peones en el hospital, donde hacíamos de todo, desde lavar los vidrios hasta componer cercas y murallas caídas. Nos invitaban a fiestas y curantos y muchas, veces los calbucanos no pudieron ocultar su asombro de que los "feroces comunistas" fueran personas tranquilas, bien educadas, que cantaban como ellos, y comían y bebían con la mayor moderación.

Por acuerdo del Municipio, el tesorero comunal,

221

don Julio Contreras, me dio un empleo en la Tesorería, que consistía en preparar los recibos de avalúo. Me pagaban doscientos cincuenta pesos, lo cual alcanzaba para la pensión de ambos, ciento cinco pesos mensuales por cabeza. Pero a los tres días de estar trabajando en ese cargo, le pasaron el soplo al tesorero provincial, con sede en Puerto Montt, quien se indignó porque un relegado estaba en una ventanilla atendiendo al público. Me trasladaron dentro.

En el mes de octubre, como en todos los pueblos de Chile, en Calbuco se empezó a preparar la celebración de la Fiesta de la Primavera por elementos civiles. Pero de pronto se interpuso el cura y quiso capitalizar para la iglesia la fiesta y realizó en el teatro una gran velada, cuyo número principal fue un ballet que estuvo a cargo de las niñas afectas a la parroquia. Pero las cosas se arreglaron y se acordó que el producto de las fiestas fuera a entonar no sólo los fondos de la parroquia sino también las escuálidas arcas de los bomberos calbucanos, que, dicho sea de paso, tenían bastante trabajo cuando el fuego hacía presa de las construcciones de madera. Nos pidieron nuestra ayuda y nosotros la brindamos gustosos. Salvador Ocampo tocó varios números de violín en la fiesta del teatro y yo dirigí un ballet humorístico, parodia del que habían bailado las niñas ... Estas estaban muy enojadas, pero luego comprendieron que no había mala fe, sino simplemente un propósito humorístico... Un tiempo después la dirigente de la Juventud Católica Femenina, Teresa Ossandón, estuvo en Puerto Montt y cuando habló, como acostumbraba, muy mal de los comunistas, se encontró con la sorpresa de que no pocas damas católicas calbucanas defendían el sentido de sociabilidad de los relegados comunistas.

Mi trabajo en la Tesorería no duró mucho y nos vimos en duros aprietos para pagar la pensión. Ocampo consiguió que lo trasladaran a Cauquenes, donde tenía mayores posibilidades de encontrar trabajo, y yo me quedé solo, no por mucho tiempo, pues pronto llegaron

222

dos nuevos relegados, éstos de la clase alta: el dentista Jorge Grove y Pedro Rivas Vicuña. Este último fue trasladado y nos quedamos Grove y yo.

En el mes de julio de 1931 se produjeron grandes cambios en la política nacional. El cansancio por la dictadura de Ibáñez hizo crisis como lo hizo también la cuestión económica. La cesantía en el norte vaciaba sobre Santiago y las provincias del centro a grandes masas de trabajadores hambrientos, con sus mujeres y sus hijos. Ibáñez, que se había ascendido a sí mismo a general siendo Presidente, se vio ante un dilema: o volvía las cosas a la normalidad o caía. Llamó entonces al gobierno a un profesor de derecho, don Juan Esteban Montero y le ofreció la cartera del Interior. Montero, que era un hombre tímido, que jamás había participado en los afanes de la política, vaciló, pero la presión de los estudiantes y de los partidos políticos lo llevó a aceptar la jefatura del Gabinete. Puso como condición la vuelta al régimen constitucional, lo que Ibáñez, muy de mala gana, aceptó.

Se dictó entonces una amnistía y se nos notificó a los relegados que éramos libres para ir y venir por el país como cualquier otro ciudadano. Por Calbuco empezaron a pasar deportados que volvían a Santiago. Entre ellos pasó Manuel Hidalgo, que había sido expulsado del Partido por la dirección central, que funcionaba clandestinamente en Valparaíso. Me habló mucho de su expulsión, diciéndome que no estaba conforme con ella, y me dejó cien pesos como ayuda.

En Aysén había más de cincuenta relegados, entre los que se contaban Contreras Labarca, Justiniano Sotomayor, Ramón Sepúlveda Leal, Isabel Díaz, Humilde Figueroa, Quintana Burgos, Neut Latour, Mendoza (Levín) y muchos otros.

Los calbucanos acudieron a felicitarnos, a Grove y a mi por los acontecimientos de Santiago, que nos permitían volver a nuestros hogares.

—Yo me voy el domingo, me dijo Grove.

Yo me quedo, respondí —no tengo con qué irme.

223

Pero algunos amigos me juntaron una cantidad de dinero y Jorge Ditsel, propietario de los barcos que hacían el servicio de los canales, me ofreció pasaje gratis hasta Puerto Montt. Pude, pues, partir después de despedirme de toda esa buena gente isleña, a la que había aprendido a conocer y a querer.

En el muelle de Puerto Montt, la noche que llegamos, me estaba esperando Justiniano Sotomayor, un joven abogado radical que había pasado largos meses en Aysén con docenas de relegados más. Tomé pasaje de tercera hasta Temuco y subí al coche de primera donde me recibió la algarabía de todos aquellos a quienes se llamó "los perseguidos de la dictadura". Había euforia, alegría, proyectos, conversaciones políticas sobre lo que vendría. Pero al llegar a Temuco una ducha de agua fría cayó sobre nosotros cuando se supo que nuevos acontecimientos habían hecho girar en trescientos sesenta grados el timón de la política: Ibáñez no se acostumbraba a la democracia, había despachado a don Juan Esteban Montero y, después de un furibundo editorial escrito por el director de "La Nación", Hugo Silva, titulado "Sépanlo bien", se volvía a las arbitrariedades de la dictadura. La legalidad había sido sólo una pausa de pocos días. Los suficientes sin embargo para hacer ver al pueblo las ventajas de la libertad por tantos años encadenada.

Cuando llegamos a Temuco se estaba celebrando una gran manifestación de repudio a Ibáñez, encabezada por el radical Domingo Durán, padre del actual parlamentario Julio Durán. Los relegados conservadores que iban en nuestro tren, así como Justiniano Sotomayor, fueron sacados en hombros por los manifestantes, en medios de los vivas a la libertad y los mueras a Ibáñez y a la dictadura. Nosotros, los comunistas, nos fuimos a un hotel, dejamos nuestras maletas y nos sumamos a la manifestación, que llenaba de bote en bote la plaza de Temuco. Los oradores hablaban desde los balcones del Club de Mujeres Naturistas, situado en una esquina.

224

Nos pidieron que designáramos un orador nuestro y entonces subimos al Club, Isabel Díaz, Contreras Labarca y yo. Cambiamos ideas y acordamos que había que atacar reciamente al gobierno de Ibáñez y al imperialismo. Carlos salió al balcón y empezó a hablar en tono tranquilo, con palabras muy mesuradas, pero luego su peroración fue tomando color y calor y cuando se refirió a Ibáñez, estaba lanzado en un discurso enérgico y agitativo, que toda la plaza escuchaba en medio de un completo silencio:

-.....¡Un sargento se ha apoderado del gobierno,
decía Contreras, —pero lo peor no es eso: lo peor es que continúa ahí....!

Esto, al parecer, era lo que esperaba la policía para lanzarse a su tarea favorita de apalear a la gente. Los garrotes se alzaron sobre las cabezas, se oyeron órdenes, gritos, pitazos, caídas, y de pronto el ruido de un disparo. Muy alarmadas, las señoritas naturistas cerraron los balcones de su club, mientras el mitin se convertía en una batalla campal. Para defenderse de los carabineros, algunos manifestantes rompieron los bancos de la plaza.

En el club reinaba el desconcierto y la agitación. Algunos políticos de los partidos burgueses creyeron que lo más prudente era huir por los tejados, pero nosotros permanecimos a pie firme, esperando que subiera la policía. Esta no subió y nosotros bajamos y, ayudados por los compañeros, pudimos escabullirnos. Nos fuimos entonces a las redacciones de los diarios en busca de noticias y allí nos confirmaron la caída de Montero.

A las seis de la mañana del día siguiente, continuamos viaje en tren y llegamos a San Fernando, donde se quedaron Contreras Labarca y el anarquista Magallanes Díaz Triviño. En Chillán había bajado Quintana Burgos. Poco a poco el tren se fue quedando desocupado. En Talca conseguí algunos diarios, donde encontré una pésima noticia: en Valparaíso había sido allanada la imprenta del Partido y se había detenido a

225

unos cuantos compañeros. Entre ellos había caído el argentino Paulino González Alberdi, que se encontraba de paso en Chile. Con esto, Ibáñez intentaba dar carácter internacional al asunto. La eterna tontería: una secta internacional preparando un complot con ayuda extranjera...

En el tren, algunos relegados me propusieron que me bajara en San Bernardo para seguir a Santiago por otra vía y eludir así a la policía que seguramente estaría esperando a los deportados que volvían a Santiago, Pero yo había tenido noticias de que una manifestación nos esperaba en la Estación Alameda. Como iba en el tren Sepúlveda Leal, yo quería evitar que fuera a usar indebidamente el nombre del Partido en algún discurso, de modo que, para bajarme en San Bernardo, puse como condición que se bajara también este ex compañero. Mendoza bajó en San Bernardo, pero los demás seguimos en el tren.

En Santiago no había tal manifestación, sino sólo grupos de estudiantes aislados, rodeados de carabineros y agentes de investigaciones. El grueso de las fuerzas estudiantiles se hallaba atrincherado en la Universidad, Hubo algunos gritos, vivas, mueras y nada más, de modo que, acompañado de mis parientes, me fui a mi casa.

La capital vivía días febriles, pero llenos de animación, de calor revolucionario. Se olía en la atmósfera lo que iba a venir. En la Alameda y calles centrales, los carabineros apaleaban y disparaban sus armas tratando de amedrentar al pueblo, que parecía decidido a sacudirse de una vez por todas la dictadura. Una huelga de brazos caídos había comenzado y en ella participaban no solamente los obreros y estudiantes, sino también capas burguesas de la población, como los profesores, los profesionales, los médicos ...

El sábado 25 de julio, la presión creció, cuando se supo que los carabineros habían matado a dos jóvenes aristócratas antiibañistas: Pinto Riesco y Jaime Ortúzar. Yo salí a la calle y desesperadamente me puse a

226

buscar contactos, pero no los encontré. Fui a la Universidad, pero no pude entrar, llevado y traído por las mareas de gentes que iban y venían en un interminable flujo y reflujo, empujadas por los carabineros con sus lanzas en ristre. Fui a visitar entonces a Jorge Grove, que se hallaba en la calle Agustinas al llegar a Bulnes, en casa de Enrique Eleodoro Guzmán.

Era el 26 de julio. Al salir, a las doce y media del día, me encontré con el espectáculo que presentó Santiago ese día. Los automóviles corrían haciendo sonar sus bocinas, las gentes se abrazaban en la calle, sin conocerse. No se veía un solo carabinero ni militar por las calles. Estudiantes o señoritas dirigían el tránsito en las esquinas: Ibañez había caído y la libertad, después de largos años de ibañismo, se paseaba eufórica por las calles de Santiago. Lo mismo ocurría en todas las ciudades, pueblos y aldeas de Chile. Los carabineros, muertos de pánico, se habían refugiado en sus cuarteles.

Concurrí a los funerales de los dos jóvenes muertos por las balas policiales y allí encontré a algunos compañeros. En la noche llegó a Santiago, Carlos Contreras Labarca y con él fui a la Universidad, donde conocí a varios jóvenes del Grupo Avance, entre los que se hallaba Marcos Chamudes.

Pero no todo iba a ser alegría, expresión de júbilo por la negra etapa que parecía haberse cerrado. Al día siguiente nos pusimos a trabajar activamente, conseguimos algún dinero y arrendamos dos piezas en calle Santo Domingo al llegar a Bandera: un local sórdido y bastante insalubre, pero no teníamos mayores recursos y en él se concentraron las actividades de la FOCH y del Partido Comunista, cuyo Comité Central, que había estado funcionando en Valparaíso, bajo la dirección de Galo González, se trasladó inmediatamente a Santiago. Hubo una rápida reorganización de las fuerzas populares y mientras yo fui confirmado secretario general de la FOCH, el Comité Central del Partido eligió secretario general a Carlos Contreras Labarca.

227

Los organismos partidarios empezaron a rehacerse en todo el país, se organizaron cursos y conferencias y se comenzó también a hacer publicaciones de folletos.

Por esos días, los compañeros de la FOCH me designaron para que fuera a Montevideo a participar en una reunión de la Confederación Sindical Latino Americana (CSLA).

XXIII

A comienzos de septiembre, Montero, elegido candidato a Presidente por los conservadores y los radicales, había dejado el mando y gobernaba como Vicepresidente de la República, don Manuel Trucco. En la Cartera de Hacienda actuaba don Pedro Blanquier, un hombre que si bien había tenido el mérito de mostrar al desnudo la terrible situación económica del país, que el ibañismo ocultaba cuidadosamente, no tenía una visión amplia de las cosas y carecía de la menor sensibilidad política. Para él, en el país no había hombres, sino números. No había cesantes que marchaban semidesnudos por las calles, no había gentes sin hogar, no había niños sin pan. Todo se reducía a cifras, a tantos por cientos, a presupuestos, a sumas que debía rebajar aquí y hacer calzar allá. Las cifras son sin duda muy importantes, pero un político no puede cerrar sus ojos a una realidad como aquella, visible para todo el mundo.

Así, pues, Blanquier, había anunciado rebajas en los sueldos de los empleados públicos para poder hacer frente a los compromisos de la caja fiscal a fines de agosto. Es decir, las mismas medidas de siempre, que nada solucionan y sí abren el camino a nuevos problemas. Blanquier seguramente habría mostrado mucho asombro si alguien le hubiera dicho que existen otros recursos a los cuales echar mano en casos desesperados, que los ricos tienen la bolsa llena y las compañías extranjeras se echan al bolsillo intereses desproporcionados a los de sus capitales. No, como siempre, había que

228

acogotar a los más débiles, a los más pobres, y esta vez le tocó a los empleados públicos. La alarma que las declaraciones del Ministro de Hacienda provocaron, fue enorme y ella repercutió no sólo entre los empleados civiles de la administración pública, sino también entre los elementos armados.

Recuerdo que el día primero de septiembre llegó a Santiago, enviado por Rufino Rozas, que se encontraba en Coquimbo, un compañero de apellido Lobos, que pidió hablar conmigo y me comunicó, muy agitado por cierto, que tenía noticias de que la marinería se iba a levantar, apresaría a los oficiales y lanzaría un manifiesto al país y peticiones de carácter económico al gobierno. Algunas de estas peticiones, en la forma en que me las expuso este compañero, no estaban sólo destinadas a aliviar su suerte, la de los tripulantes de la Armada, sino a beneficiar a todo el país.

Me pareció que el movimiento era profundamente interesante y su carácter popular, por todo lo cual merecía nuestro apoyo. Acompañado de Lobos, me fui a ver a los compañeros del secretariado del Partido y ante ellos, Lobos amplió las informaciones que tenía. Los suboficiales y marineros de toda la Escuadra estaban secretamente de acuerdo para levantarse a una orden que debía darse desde el acorazado "Latorre", y a sostener un movimiento hasta conseguir imponer sus puntos de vista.

Los camaradas escucharon el relato de Lobos, supieron cómo se había enterado éste de lo que se proyectaba, y decidieron "fondarlo", es decir aislarlo, para que por ningún motivo el secreto se divulgara, mientras el Partido estudiaba rápidamente la cuestión y fijaba su actitud y la forma de ayudar a las tripulaciones. Pero, por razones que desconozco, los sublevados anticiparon su movimiento, que estalló ese mismo día primero de septiembre y la prensa santiaguina del día 2 traía ya la noticia del asombroso levantamiento.

Por esos días, se aseguró que nosotros, los comunistas, dirigíamos el movimiento de la marinería y se dijo

229

que yo andaba por Coquimbo y había tenido contacto con los sublevados. No tengo por qué atribuirme cosas que no he hecho ni tampoco cargarlas al haber del partido. Nosotros consideramos que aquel movimiento fue un intento revolucionario honesto y heroico de la marinería en la lucha por el pan, pero la verdad es como la estoy relatando. Nosotros ayudamos después, como se verá, en la medida de nuestras fuerzas, a la sublevación y a sus protagonistas, una vez vencida ésta. Pero en su gestación, el Partido fue ajeno. Supimos del levantamiento quizás al mismo tiempo que lo supo el gobierno, en Santiago —y que lo guardó en el más estricto secreto—, pero no antes.

El pliego presentado por los marineros al gobierno, en forma de ultimátum y con un plazo de 48 horas para ser cumplido, contemplaba muchas medidas justas, que habrían aliviado la economía chilena, destruida por el ibañismo. Así por ejemplo, se establecía un empréstito forzoso con cargo a los millonarios; el fomento de la industria y el comercio mediante facilidades crediticias y rebajas de los intereses bancarios; un vasto plan de obras públicas para absorber a los miles de cesantes que pululaban en todo el país y otras cuestiones de esta índole.

Entretanto, en Coquimbo la Escuadra se comunicaba con todas las unidades navales del país y el movimiento hacía rápidamente presa de todas las marinerías y de los cuarteles de la Armada en tierra. La sublevación había prendido en Talcahuano, en Valparaíso y en la base aérea de Quintero. Dirigía el movimiento el comité del "Latorre", al frente del cual se encontraba el suboficial Ernesto González, profesor primario enrolado en la Armada. Los oficiales se hallaban presos en sus camarotes, pero a nadie se le había causado daño alguno.

En Santiago se despertó tremenda alarma. En la tarde del día 2 de septiembre, un nuevo ministerio entró a reemplazar al anterior, con Marcial Mora Miranda en Interior, el general Carlos Vergara Montero en

230

Guerra y el almirante Carlos Spoerer en Marina. Tal vez simbólicamente se nombró en la Cartera de Hacienda a Arturo Prat, hijo del héroe de Iquique, por quien todos los marinos tienen un culto especial. Se hizo una declaración advirtiendo que toda rebaja de sueldo sería motivo de una ley debidamente estudiada y se envió por avión a Coquimbo, a parlamentar con los rebeldes, a dos marinos de alta graduación: el almirante von Schroeders y el capitán de navío Muñoz Artigas.

Los parlamentos fueron difíciles y enredados. Los altos jefes de la Armada no querían subir a un barco comandado por amotinados, pero no tuvieron más remedio que hacerlo. Hubo largas tiras y aflojas y se perdió mucho tiempo en detalles y cuestiones secundarias. Dos días y sus noches conversaron los sublevados con los emisarios del gobierno y cuando parecía haberse llegado a un acuerdo, que si bien no representaba un triunfo completo para los marineros, por lo menos les garantizaba que sus sueldos no serían tocados y otras conquistas de tipo económico, el gobierno rechazó algunas palabras del documento y las negociaciones se rompieron a la medianoche del día 4 de septiembre.

Entretanto, nosotros, en Santiago, procurábamos por todos los medios, ayudar a los sublevados y contrarrestar la acción de las guardias blancas, que ya se habían constituido y desfilaban militarmente por la Alameda para atemorizar a los obreros, que miraban con profunda simpatía el movimiento de sus hermanos de clase.

En el local de los tranviarios se reunieron las organizaciones afiliadas a la FOCH, de la cual yo seguía siendo secretario general. Hice un extenso informe, poniendo el énfasis en que el movimiento de los tripulantes era justo y terminé planteando una huelga general en su apoyo. Hubo una larga, difícil y enconada discusión. Los tranviarios, al principio, se oponían a la huelga, pero por último cedieron, la huelga fue aprobada y se me puso al frente de ella, para dirigirla de acuerdo con un comité con dos delegados por sindicato

231

y treinta delegados por los tranviarios, diez por cada depósito de tranvías.

En algunos aspectos, la huelga fue total, como, por ejemplo, en la movilización. No salió un solo tranvía a trabajar, y varias carretas y carretones de pan y de vino, fueron volcados en las calles.

El gobierno había decretado el estado de sitio y una manifestación de obreros comunistas y socialistas fue violentamente disuelta en Amunátegui esquina de Alameda. Todos los esfuerzos que hicieron para reagruparse fueron desbaratados por los carabineros, los cuales, después de su reclusión el 26 de julio, habían vuelto a salir a la calle, igualmente prontos para atacar a los trabajadores, como en tiempos de Ibáñez; el único cambio que se notó en ellos fue el reemplazo del viejo casco por la actual gorra. Entre los rumores que circularon, corrió el de que yo me hallaba en Coquimbo, al frente de la sublevación. Dijeron también que había sido muerto por fuerzas del gobierno, pero Marcial Mora, Ministro del Interior, declaró que no había tal cosa y, que simplemente, yo me hallaba escondido. En efecto, ésa era la realidad. Dormía en distintas casas, cada noche en una, para evitar que me detuvieran, principalmente en casa de profesores, como Ricardo Fonseca, Bernardo Ibáñez o Robinson Saavedra. Las reuniones con Carlos Contreras, Galo González y los demás compañeros del secretariado, las celebraba en automóviles en marcha, en barrios apartados.

El general Vergara (años más tarde visitó la URSS, China y varios países socialistas, habiéndose distinguido como un auténtico partidario de la paz) fue el encargado por el gobierno del mando de las tropas para abatir a los sublevados, que contaban con la Escuela de Comunicaciones de Valparaíso y nuevas fuerzas. Los suboficiales del regimiento Maipo de Valparaíso, empezaban a dar muestras de inquietud. Se atacó Talcahuano y en Valparaíso los sublevados fueron bloqueados por fuerzas del ejército. La aviación, al mando del coronel Ramón Vergara Montero, hermano del Ministro

232

de Guerra, bombardeó los barcos que no pudieron usar sus baterías antiaéreas, y después de esa batalla aéreo-naval en la bahía de Coquimbo, el movimiento se desmoronó rápidamente.

¿Cuáles fueron las causas de que una sublevación que desde los primeros momentos había prendido como un reguero de pólvora, fuera vencida después de la primera batalla?

Hay muchas causas. Desde luego, faltó una dirección segura, una espina dorsal ideológica a ese movimiento, que fue esencialmente emocional, una improvisación que respondía a un clamor que hacía presa en el ánimo de los marineros y suboficiales. Pero ellos no sabían a dónde ir ni qué hacer. ¿Qué habrían hecho, de triunfar su movimiento? Se levantaron, en realidad, en respuesta a una indignación desesperada, a un justo temor de perder su pan, pero carecían de organización y

dirección políticas. Sus jefes mismos, comenzando por Ernesto González, no eran capaces para dirigir y encauzar el heroico impulso de sus hombres.

Comenzaron los tribunales militares a juzgar a los sublevados y a llover sobre éstos las penas de muerte o las largas condenas. En realidad, aparte del hecho mismo de levantarse y apresar a sus jefes, los tripulantes no habían cometido ni el menor acto de violencia. En Coquimbo ni en otros lugares no había sonado un disparo. Pero las leyes militares son así: hasta ahora no se sabe de ningún oficial o jefe levantado en armas —¡y vaya si los ha habido!— que haya sido juzgado, condenado a muerte o siquiera a presidio, después de los movimientos militares que se iniciaron en 1924 y terminaron en 1939, con el "ariostazo". El propio general Ariosto Herrera fue desterrado a México, donde gozó de su pensión de retiro, religiosamente pagada cada mes. Ya se sabe, una cosa son los generales y otra los suboficiales. Pero la carnicería que se venía encima logró, afortunadamente, despertar el repudio nacional. Trabajadores, estudiantes, abogados, políticos, formaron comités para luchar, primero por evitar estas

233

penas de muerte, a las cuales ya se había dado el "¡cúmplase!", y luego para obtener la libertad de los centenares de encarcelados, que por largos meses iban a sufrir en las prisiones.

* * *

Vencido el movimiento de la marinería, cancelado el estado de sitio, pude salir de nuevo a la circulación. Una conferencia celebrada por el Partido acababa de proclamarme candidato a la Presidencia de la República en la elección que debía verificarse el 4 de octubre, y cuyos oponentes principales eran Juan Esteban Montero y Arturo Alessandri Palma.

Pero el mismo día en que se realizaba la elección, yo debía salir para Montevideo, a fin de participar en una reunión de la CSLA y para dar también conferencias sobre el movimiento de los marineros chilenos, a fin de despertar la solidaridad internacional con los encarcelados. El sábado 3, el diario "La Segunda de las Últimas Noticias" publicó que los votos comunistas iban a ser cedidos a Alessandri, pero antes de partir, acompañado de Carlos Contreras fui al diario a desmentir tan absurda noticia. Pocos eran nuestros votos, pero en esa ocasión no iban a ser para Alessandri, sino para mí.

XXIV

El domingo 4 de octubre partí en el transandino rumbo a Buenos Aires, para seguir a Montevideo. Era la primera vez que abandonaba el país, y Buenos Aires se me presentó como una enorme ciudad, llena de dinámico movimiento. Nadie me esperaba en la estación, porque no se había avisado mi viaje a los camaradas argentinos. Pero dos personas aparentemente de muy buena voluntad, se brindaron para ofrecerme pasaje a Montevideo. Después supe que eran policías.

Como no tenía visación uruguaya en el pasaporte, me vi obligado a tomar pasaje de primera en el vapor que

234

había de llevarme a través del Río de la Plata. Inmediatamente que me indicaron mi camarote, dejé en él la maleta y el sombrero y me puse un jockey de viaje que llevaba en la mano y así salí a cubierta. Lo cual resultó una buena precaución, pues la policía argentina que había subido a bordo "para conocerme", se desorientó. Después de ver el sombrero en el camarote buscaron entre los

pasajeros de cubierta a uno que fuera en cabeza... Entonces me hicieron llamar a la oficina del barco. Los policías me expresaron muy cortésmente que no me buscaban para detenerme, sino simplemente para saber si estaba a bordo.

—¿Y no me buscarán, quizás —les pregunté sonriendo— porque saben que en este momento soy candidato a la presidencia de mi país?

A la mañana siguiente, cuando el barco llegó a Montevideo, divisé en el muelle a Miguel Contreras, un compañero de la CSLA que había estado varias veces en Chile. La policía fue también allí muy amable y preguntona:

—¿Cuál es el objeto de su viaje?

—Vengo a dar una conferencia.

—¿Dónde se va a hospedar?

—En un hotel, no sé en cuál. Es la primera vez que vengo a Montevideo.

Los compañeros me llevaron a un hotel de la calle Rincón y luego me alojaron en casa de un amigo de apellido Lizama. Me invitaron a visitar los locales sindicales y también la casa en que funcionaba el Partido Comunista. Allí conocí a los dirigentes Lazárraga y Gómez.

Mi conferencia se anunciaba en los diarios y en grandes cartelones callejeros. El tema no dejaba de impresionar a los que pasaban, escrito, como estaba, en gruesos caracteres: *El movimiento de la marinería chilena*.

El acto se realizó en el Teatro Albéniz, a sala llena y con entrada pagada. Durante cuarenta minutos analicé el movimiento de las tropas y suboficiales de la Escuadra

235

y relaté sus diversas alternativas. Creo que conseguí el propósito que me había propuesto, que era el de despertar una ola de solidaridad para los marineros que estaban siendo juzgados en Chile.

Atendí también una conferencia de la CSLA, en la cual trazamos planes para robustecer el movimiento obrero en América Latina e intercambiar las experiencias de todos nuestros países.

Me hallaba en Montevideo cuando se me ofreció una de las oportunidades más brillantes de mi vida: la de visitar la Unión Soviética. Cinco dirigentes obreros que estábamos en Uruguay habíamos sido invitados: dos peruanos, uno de ellos obrero textil y el otro estudiante; un polaco; un marítimo brasileño y yo.

Es difícil para mí expresar lo que sentí entonces, hacer comprender lo que para un comunista significa visitar la Unión Soviética. Yo no sé si tiene igual alegría un católico a quien se invita a Roma o un árabe que marcha hacia la Ciudad Santa donde se guardan los restos de Mahoma. En el caso nuestro no hay espejismos religiosos, pero indudablemente existen fe, confianza y cariño que se fundan en la razón, hacia el primer país donde se ha construido el socialismo. Por largos años hemos seguido paso a paso, con interés indescriptible, las realizaciones del primer Estado obrero, sus luchas heroicas, sus esfuerzos, sus errores, sus tropiezos; sus hombres, los que tuvieron la audacia de lanzarse a la tarea que cambió el destino de la humanidad, en "diez días que estremecieron al mundo", dejaron su huella allí, o todavía están al frente del trabajo. Sus nombres nos son familiares y tienen un lugar en nuestro afecto. ¿Cómo no querer conocer por nuestros propios ojos todo aquello que hemos visto en fotografía, que conocemos en libros, en revistas, en diarios, las grandes construcciones, todo aquello de monumental que tiene el socialismo? Y también, ¿cómo no querer conocer al hombre nuevo de una tierra nueva, producto genuino de un régimen nuevo?

Creo que el de esa invitación fue uno de los momentos

más felices de mi vida. Embarcamos en el vapor alemán "Cap Arcona", en tercera clase, con rumbo a Hamburgo. Era un vapor enorme, donde la gente se perdía. Despegó de Montevideo el último día de octubre de 1931 y llegó a Hamburgo el 17 de noviembre. En el viaje aprendí a conocer a los compañeros que iban conmigo. El brasileño, un negro, era muy cordial y de convicciones bien arraigadas. El estudiante peruano era sociable y amistoso, al revés de su compatriota, el obrero textil, que era huraño e indeciso.

Dos días vagamos por el puerto de Hamburgo y luego seguimos en tren a Berlín, donde permanecemos ocho días en un hotel, todos juntos, esperando el momento de seguir viaje. Nos faltaban únicamente las visas soviéticas. Ninguno de nosotros sabía una palabra de alemán, aunque un camarada cubano que nos sirvió de intérprete, solía ayudarnos y acompañarnos. Pero la mayor parte del tiempo andábamos solos por calles y plazas, conociendo la capital alemana. Hacíamos paseos en los buses especiales para turistas, comíamos en un restaurant italiano, íbamos al circo o a los teatros de variedades. Recuerdo que en una sala de *Under-den Linden*, vi una película soviética que me impresionó mucho: "Camino a la vida", basada en la obra de Ma-karenko, y que trata sobre la vida de los niños abandonados después de la guerra, y que fueron educados y readaptados. Un día vimos al kronprinz paseando por una calle de Berlín... Los locales del Partido Comunista tenían grandes letreros con la hoz y el martillo y eran para nosotros una invitación permanente. Pero no podíamos entrar; debíamos mantenernos como simples viajeros en tránsito.

Cuando las visas fueron estampadas en los pasaportes, el amigo cubano nos condujo al puerto de Stettin, en el Báltico, donde embarcamos en el vapor alemán "Strassburg", que nos llevó a Leningrado en un viaje que debía durar ocho días. En Kronstad el mar estaba helado, pues era pleno invierno y el barco tardó mucho en abrirse paso. Hacía a bordo un frío terrible y nos

entreteníamos paseando por el comedor o salón, cambiando impresiones con otros pasajeros. En Leningrado, el atraque del "Strassburg" fue difícil a causa de los bloques de hielo, que obstruían el mar junto a los muelles. Era el 4 de diciembre, el frío arreciaba y oscurecía muy temprano.

En Leningrado permanecemos apenas unas horas, en un gran hotel frente a la estación de los ferrocarriles. En la noche nos embarcamos hacia Moscú, donde llegamos a la mañana siguiente. Fuimos alojados en el hotel Myak y se nos pidió que nos preparáramos para concurrir a una conferencia en la Profintern, es decir la Internacional Sindical Roja, institución que nos había invitado.

En la Profintern, que era un vasto edificio, funcionaba una escuela que se ocupaba de enseñar exclusivamente materias sindicales y a la que concurrían, cada temporada, estudiantes de diversas nacionalidades. La conferencia que por aquellos días se celebraba, y que duró más de tres semanas era dirigida por Alejandro Losovski. Nosotros asistimos a casi todas las sesiones y en una de ellas se me ofreció la palabra. Recuerdo que comencé diciendo:

—Vengo de un pequeño país ...

Hice una exposición, que duró unos veinte minutos, sobre la situación política, social y económica de Chile y hablé también del movimiento de la marinería, que en la URSS, como en muchos otros países, había despertado enorme interés.

Comentando mi intervención, uno de los compañeros soviéticos de la Profintern, dijo después:

—El camarada Lafertte comenzó equivocadamente a hablar, al decir que venía de un pequeño país ... Chile no es un pequeño país. Un país que tiene un proletariado alerta, luchador, aguerrido, con tradiciones revolucionarias, no es un pequeño país. Un país cuya marinería de guerra es capaz de levantarse para pedir más pan y mejores condiciones de vida, no es un pequeño país.

238

Quizás el camarada Lafertte habría expresado más exactamente su pensamiento, diciendo: Vengo de un lejano país ...

Finalizada la conferencia de la Profintern, unos cuantos compañeros y yo fuimos invitados a viajar por algunas ciudades y lugares de la URSS. Un viaje realmente emocionante, que nos confirmó que lo que nosotros pensábamos sobre la Unión Soviética no era ilusión, ni exageración, sino que era la realidad. Estuvimos en Kiev, en Jarkov, en Sochi, a orillas del Mar Negro, donde conocimos las espléndidas casas de reposo de los trabajadores. Allí me encontré con Luis Carlos Prestes, con quien conversé una media hora. Después nunca más lo he vuelto a ver. Juan de Dios, el negro brasileño, y yo, visitamos también la presa de Dniepostroi, que entonces estaba sólo en construcción. Vimos la instalación de grandes turbinas, trabajo que estaba a cargo del ingeniero norteamericano Cooper. Más de un mes duró este viaje y la imagen de la URSS que entonces me formé fue la de un gran país en plena construcción, en pleno y dinámico desarrollo, que sabía acoger fraternalmente a los visitantes extranjeros.

Estando en la URSS tuve algunas informaciones —muy breves, las que llevaba el cable— sobre otra masacre en el norte, la que se llamó la "Pascua Trágica" de Copiapó y Vallenar. Los compañeros, incluidos los soviéticos, me acosaban a preguntas, pero yo no sabía más que lo que decían los cables: según estas noticias, un grupo de comunistas había asaltado el cuartel del batallón "Esmeralda" en Copiapó, la noche del 24 de diciembre, quedando varios muertos y heridos. Como repercusión, los carabineros de Vallenar, que, según los mismos cables, habían sorprendido a veinte comunistas "en deliberaciones peligrosas", los fusilaron sobre la marcha, por orden del jefe del destacamento.

¿ Con qué objeto los comunistas copiapinos iban a asaltar un regimiento?

¿Cuándo se han visto semejantes cosas, ataques tan absurdos? Por otra parte, expliqué

239

a los compañeros, las masas de Copiapó, comunistas o no, no viven en el pueblo mismo, sino en el mineral de Potrerillos. Les dije que no existe entre ellos ningún espíritu putschista, sino que, por el contrario, ellos basan su triunfo final en una gran acción de masas.

—Debe tratarse, concluí, de una nueva provocación policial, como las hemos tenido a montones en nuestro país.

Efectivamente, al regresar a Chile, me impuse en detalle de los hechos y así eran las cosas: una provocación. En cuanto a lo de Vallenar, ni siquiera ese nombre podía dársele. Eso fue simplemente un asesinato de trabajadores y el asesino, el jefe de los carabineros, no pagó por él. Quedó impune, como tantos otros.

En febrero de 1932 salí de regreso, por tierra. Pasé por Brest Litvosk, por Polonia, y Checoslovaquia, para llegar nuevamente a Berlín, donde tuve que esperar otros ocho días antes de seguir viaje. Ayudándonos con un poco de francés que sabía Da Silva, el compañero brasileño, ambos acabamos de conocer la capital alemana, antes de salir para Hamburgo, donde embarcamos en el vapor de clase única "General San Martín".

El viaje duró dieciocho días. No me dejaron desembarcar en Río de Janeiro ni en Santos, pero en este último puerto tuvimos noticias de un golpe de Estado que acababa de producirse en Uruguay, dado por Saravia, cerca de la frontera con Brasil. El negro brasileño pensó que era más prudente para él no seguir hasta Montevideo y desembarcó en Brasil. Yo decidí seguir pero al tocar el barco en Montevideo, subieron los policías y me arrestaron. Cuando me sacaban del muelle para trasladarme al cuartel en una motocicleta con *side car*, alcancé a divisar a Gómez, dirigente de los comunistas uruguayos, que iba a recibirme.

Me encerraron en una oficina, donde fui sometido a largos y muy aburridos interrogatorios. Me dijeron que iban a ponerme en libertad, que sólo faltaba que

240

tomaran las impresiones digitales, pero que el funcionario encargado de hacerlo ... andaba en el fútbol. A los compañeros que llegaron a reclamarme se les dijo lo mismo, que esa tarde quedaría libre. Así ocurrió efectivamente, y después de varios días en el hotel Rincón, me embarqué para Buenos Aires, donde tomé el, transandino.

Los policías chilenos no eran menos activos que sus colegas uruguayos y apenas pasamos la estación de Las Cuevas y entramos en territorio chileno, me quitaron el pasaporte y todos mis papeles, con gran indignación de un sacerdote chileno que venía en el tren, única persona que protestó del atropello. Era don Alejandro Vicuña Pérez, autor de biografías de filósofos y de quien se decía que tenía ideas socialistas y que había viajado por la Unión Soviética. En Los Andes fui detenido y embarcado en compañía de un agente hacia Santiago. Cuando el cura Vicuña penetró en el carro, le dije.

—¿No ve? Ya estoy detenido ...

El sacerdote increpó al agente, quien, acosado por el indignado don Alejandro, se batió en retirada, diciendo que era un simple funcionario, que cumplía órdenes y que de algún modo tenía que ganarse la vida...

—¿Y por qué no trabaja de chofer, entonces?, le gritó Vicuña de muy mal humor.

Al llegar a Santiago, nadie me esperaba en la estación. Desde Mendoza había puesto un telegrama anunciando mi llegada, pero no le habían dado curso. En la estación, los agentes y yo estuvimos media hora discutiendo. Estos pretendían que voluntariamente dejara en sus manos mis documentos. Yo me negué y dije que sólo los entregaría por la fuerza. Terminaron por soltarme y así fue como pude llegar de sorpresa a la casa de mi madre, en la calle Andrés Bello.

Estábamos en marzo de 1932. Tomé contacto con los compañeros en la oficina que el Partido había instalado en calle Arturo Prat 1111 y que se llamaba Casa del

241

Proletariado. Allí supe que había muerto el senador Oscar Viel Cabero, que iba a realizarse en el norte una elección complementaria para reemplazarlo y que mi Partido estudiaba la presentación de la candidatura de uno de sus hombres.

La derecha ya había lanzado el nombre de don Arturo Alessandri Palma, que a la caída de Ibáñez había regresado con gran pompa desde Europa. Yo me pronuncié porque nuestro candidato fuera

el compañero Francisco Torres Ríos, que falleció después; pero la mayoría de la dirección acordó llevarme a mí a la pelea y tuve entonces que salir al norte, en jira electoral. Pero antes di una conferencia sobre mi viaje a la Unión Soviética, en el Teatro Septiembre, de Alameda esquina de Lira, un domingo en la mañana, a sala llena. Fui presentado por Contreras Labarca. Días después repetí esta conferencia en el Coliseo de Valparaíso.

Partí a Antofagasta en el vapor "Aconcagua". Al llegar, me esperaba una manifestación de unas quinientas personas, con banderas y banda de música. Pero los organizadores de la manifestación eran demasiado optimistas y los gritos que más se oían eran los de "¡Viva la revolución social!" ... Les pedí que cambiaran esa consigna por otras más adecuadas a la realidad política.

Desde un ring saludé brevemente a la concurrencia, pues ese mitin era sólo preparatorio de un acto electoral que debía verificarse en la tarde. En él, junto con abordar los problemas del norte, hablé también de mi viaje por la URSS y a través de la reacción de la gente, pude darme cuenta de la gran admiración que los obreros del norte sentían por el país del socialismo.

De inmediato inicié una jira por la pampa salitrera y Chuquicamata y recorrí minas y oficinas. No me dejaban entrar, naturalmente, a las oficinas, pero los trabajadores salían de ellas para escucharme. Las proclamaciones se hacían en plena pampa, por las tardes, por las noches.

En Tocopilla me embarqué para Arica, donde me esperaba Chamudes, que era uno de los oradores más fogosos del Partido.

242

Después de una proclamación en un teatro, seguí viaje a Iquique, mis viejas canchas, pero allí las cosas no iban a ser tan fáciles como se hubiera creído. Había una gran cantidad de obreros cesantes de la Pampa que habían sido albergados en La Puntilla, el Colorado y otros sitios, y toda esta gente había sido predisuelta por la propaganda contra nosotros. El alessandrismo los utilizaba a diario para que insultaran a los comunistas y sirvieran de provocadores y de promotores de incidentes, en nuestros mítines y proclamaciones. No faltaron ni siquiera las agresiones personales la noche en que fui proclamado en Iquique.

El Partido destacó mucha gente para que tratara de convencer a los albergados de que su causa no era la de Alessandri y los ganara a las filas del movimiento popular. Pero hay que confesar que en gran parte fracasamos en esta tarea, ya que el alessandrismo se había aferrado a ellos con dientes y muelas.

La elección senatorial fue ganada por Alessandri y a mí se me motejó de "el eterno candidato", recordando que aparte de esta derrota electoral ya había sufrido dos, en las ocasiones en que el Partido me había proclamado candidato a la Presidencia de la República.

XXV

El Primero de Mayo fue muy agitado. El "civilismo", como se llamaba al régimen que había surgido después de la larga y negra etapa del ibañismo, tenía tan poco respeto por los obreros como su antecesor y el solo hecho de que quisieran reunirse en las calles o plazas para celebrar el día de los trabajadores, era considerado un acto de subversión o rebeldía, que el Ministro del Interior, Víctor Robles, se propuso castigar. Yo no fui respetado por los palos de los carabineros, que me alcanzaron en calle Estado esquina de Huérfanos. Nuestra táctica, para evitar masacres y

detenciones, fue la de celebrar mítines relámpagos, que se deshacían apenas llegaba la fuerza policial. También realizamos actos

243

conmemorativos en los locales sindicales y en la FOCH.

La consigna principal de ese Primero de Mayo, el de 1932, fue la de obtener la libertad para los marineros que llenaban las cárceles desde septiembre, en que su movimiento había sido aplastado a los seis días de comenzar. Nosotros, como muchas otras fuerzas políticas, luchábamos por una amplia amnistía.

Cansados de esperar esa amnistía, los suboficiales y tripulantes presos iniciaron en sus cárceles una huelga de hambre. A través de la prensa, la opinión del país siguió sus alternativas, y aunque algunos diarios, para desprestigiar este recurso desesperado de los marineros afirmaron que comían en secreto, la verdad es que empezaron a caer en la postración. Fueron examinados por los médicos y trasladados a distintos hospitales. El que llegó más lejos en su resistencia fue Pedro Pacheco, un profesor primario que trabajaba como suboficial preceptor en la Marina.

El gobierno fingía no escuchar el clamor popular que se levantaba en todo el país por los marineros. Pero llegó un momento en que los médicos dijeron que habían varios huelguistas de hambre a punto de morir. Entonces se aprobó la amnistía, pero no se les dejó en libertad, sino que se les relegó a distintos puntos del país.

Ese mes de mayo del año 32 se caracteriza por el ambiente de conspiración que existía en la capital. Todo el mundo conspiraba contra el gobierno de Montero, un gobierno débil y sin personalidad, que había, además, conseguido del Congreso —el mismo Congreso nombrado por Ibáñez en las Termas de Chillán— la aprobación de leyes de excepción. Expulsión de maestros, cierre de periódicos obreros, persecución sindical, nada faltaba para que hacer de él un gobierno impopular. Conspiraban los ibañistas, los militares, Carlos Dávila, que esta vez no trabajaba para su amigo Ibáñez sino para "su propio capote"; Marmaduke Grove, que acababa de ser reincorporado al ejército y nombrado jefe de la aviación; conspiraban los masones, los

244

alessandristas, los radicalsocialistas, etc. etc. Sin embargo, era a nosotros los comunistas a quienes se vigilaba ... A nosotros, enemigos de los golpes de Estado, de los *putschs*, de los cuartelazos. Si se lee, por ejemplo, el libro del general Sáez, a la sazón jefe del Estado Mayor del Ejército * se sabrá que los servicios de Investigaciones enviaban todas las mañanas un informe al Estado Mayor sobre nuestras actividades, mítines, reuniones, etc. Es decir, teníamos espías policiales en todas partes. Pero a los conspiradores, que cualquier persona habría podido señalar con el dedo, nadie pensaba en vigilarlos...

La oposición al gobierno de Montero era enconadísima. El diario "Crónica", inspirado por Alessandri, desarrollaba una terrible campaña en que señalaba con dedos de fuego los desaciertos de los "civilistas" y mostraba cómo éstos eran incapaces de dar satisfacción a los anhelos populares: reducción de la cesantía, disolución del Congreso Termal, disolución de la Cosach, el organismo que se había creado en tiempos de Ibáñez para hacer más expedita la entrega de la industria salitrera al imperialismo yanqui.

Por otra parte, se hablaba mucho también de socialismo. Todo el mundo, aún Alessandri, señalaba la necesidad de adoptar el "socialismo de Estado" como régimen de gobierno. Este socialismo era,

naturalmente, muy vago y acomodaticio. Para algunos era una cosa y para otros, otra muy diferente. Pero la palabra socialismo se escuchaba por todas partes y la idea del socialismo se prendía en el espíritu de mucha gente, ávida de buscar nuevos rumbos para la marcha del país.

La gente se preguntaba quién iba a ganar en esta carrera por ser más socialista que los otros y qué conspirador o grupo de conspiradores llegaría primero a La Moneda, porque se daba por descontado que el gobierno de Montero no tendría vida muy larga.

* Recuerdos de un Soldado.

245

Recuerdo que en los primeros días de junio llegó Isaías Soto al local del Partido, en Arturo Prat 1111, con dos paquetes de volantes que llamaban al golpe de Estado. Yo me opuse a que dichos volantes fueran repartidos.

—El Partido no puede mezclarse en golpes de Estado o cuestiones parecidas, camaradas. Esas son cosas de burgueses, dije.

Se produjo una agria discusión, durante la cual Soto me insultó. Pero yo conseguí mi objetivo, de que el Partido no se mezclara en conspiraciones.

Al día siguiente, los aviadores de Grove distribuían desde sus aviones volantes semejantes a éstos. El golpe, proyectado para el 3 de junio, se produjo el 4, después de largos parlamentos entre el gobierno y los sublevados, que se habían encerrado en la Escuela de Aviación de El Bosque. Cuando Montero se convenció de que, entre todos los regimientos de la guarnición de Santiago no había uno solo que estuviera dispuesto a defender su gobierno, entregó el mando a los rebeldes.

Yo vivía con mi madre en la calle Andrés Bello y todos los días atravesaba Santiago entero para ir al Teatro Selecta, donde estaba la oficina de la FOCH provincial; allí trabajaba, en compañía de Humberto Matis. El día 4 de junio, en la mañana, salí como todos los días, con mi portafolios debajo del brazo, pero en la puerta me esperaban los agentes.

—¿Qué se les ofrece?

—Venimos a detenerlo.

Alcancé a tirar mi portafolios al interior de la casa y los seguí. Otra vez. Otra vez deteniendo a los que repudiaban las conspiraciones, mientras los verdaderos conspiradores echaban sus planes a la vista y paciencia de todo el mundo. Me llevaron a presencia del jefe, quien me tuvo toda la mañana detenido. A mediodía me dijo:

—Va a ir a almorzar a su casa y a preparar su maleta, porque es muy probable que esta tarde tenga que salir relegado. Dos agentes lo van a acompañar.

246

Salí con los agentes y en la calle se nos juntó mi hermana, que estaba esperando en la puerta de Investigaciones. A esa hora, Santiago estaba convulsionado. Había conmoción en todas partes y los aviones de Marmaduque Grove volaban casi a ras de los tejados, distribuyendo volantes que llamaban a la revolución. A solicitud de Montero, Alessandri había ido a El Bosque a parlamentar con Grove, y fue a raíz de esta visita que se le atribuyó la famosa frase: —No afloje, mi coronel.

Cuando llegamos a mi casa, los agentes quisieron entrar, pero yo no se los permití, cerrándoles la puerta en las narices. No tuvieron más remedio que aguantarse en la calle.

Traté de escapar por la parte trasera de la casa, pero los timoratos vecinos no me lo permitieron. Los momentos eran de un enorme interés político, como para dejarse relegar así no más.

Entonces mandé a una sobrina, una niña, a hablar con los compañeros. Salió con el pretexto de ir a comprar pan para el almuerzo. Los compañeros me mandaron decir que a las tres y media de la tarde mandarían un grupo a rescatarme. De acuerdo con el plan, los camaradas vendrían formando una bulliciosa manifestación, yo me confundiría con ellos y seguiría hasta la calle Loreto, donde me estaría esperando un automóvil.

Cerca de las tres y media de la tarde, mi sobrina, que estaba de punto fijo —igual que los dos agentes— llegó corriendo a la casa y me dijo:

—¡Ya están ahí, tío ... ! Vienen por Andrés Bello, como dos mil personas...

Eran unos quinientos, pero metían un ruido fenomenal al que se sumaba el ruido de los aviones rebeldes que volaban haciendo vibrar los vidrios de las casas de Santiago. Cuando el grupo pasaba frente a mi casa, salí y me mezclé a los compañeros. Los policías, temerosos de ser arrollados por la manifestación, se habían escondido rápidamente en unos conventillos vecinos. ¡ Son así, muy valientes, cuando tres o cuatro, armados

247

de pistolas, enfrentan a un dirigente obrero indefenso! Cuando el desfile llegó a Loreto, no estaba esperando el automóvil convenido, pero en el Parque Forestal encontré un taxi y me hice llevar a calle Catedral, donde me escondí. De allí me trasladaron los camaradas a otra casa, pero en la noche, cuando la toma del poder por Grove estaba consumada, abandoné el refugio y me dirigí a la Universidad, en la suposición de que la "República Socialista" no iba a encarcelar a un socialista verdadero como yo.

En La Moneda, el "civilismo" se había marchado, dejando el campo libre a los "socialistas", instalándose una junta de Gobierno presidida por un militar en retiro, el general Puga, e integrada por Carlos Dávila, periodista y antiguo Embajador de Ibáñez en Estados Unidos, y Eugenio Matte Hurtado, Gran Maestro de la Masonería y miembro de un partido con ideas socialistas, la Nueva Acción Política, NAP.

La Universidad era en esos momentos un hervidero humano, una especie de Smolny en miniatura... Los estudiantes iban y venían, llegaban los socialistas, la radio llamaba al pueblo constantemente y las prensas llegaban a echar chispas imprimiendo propaganda revolucionaria.

Constituimos ahí el CROC o Comité Revolucionario de Obreros y Campesinos, al cual se incorporaron estudiantes y trabajadores. También llegaron socialistas y anarquistas, pero luego se retiraron disgustados porque el presidente del CROC era yo ... Las sesiones se realizaban en el Salón de Honor de la Universidad, mientras la radio, manejada por Chamudes, explicaba los planteamientos de nuestro organismo, cuyo objetivo era enderezar los rumbos del gobierno que se había instalado en La Moneda. Puesto que se decía "República Socialista", era necesario que escuchara a la clase obrera y que marchara realmente por un camino revolucionario. En las prensas universitarias, nuestro periódico "Bandera Roja", clausurado por el gobierno de

248

Montero, se imprimía en lujoso papel *couché*, porque no encontramos otro de menor calidad.

Tanto los jefes del movimiento como los estudiantes que lo apoyaban, decidimos conservar la Universidad como cuartel general. Dormíamos ahí mismo, tendidos sobre los sofás y nos alimentábamos exclusivamente de sandwichs. Al principio, el nuevo gobierno quiso arrojarnos por la violencia cortándonos el agua y la luz; pero estas medidas no surtieron efecto y los estudiantes tapiaron con sacos la entrada de la Universidad para evitar cualquier incursión. El cuartel general del CROC era nada menos que la oficina del Rector.

El sentimiento revolucionario crecía. Algunos compañeros demasiado optimistas habían instalado en La Legua un "soviet" de obreros y cesantes ... Las calles, permanentemente estaban llenas de manifestantes que pedían a gritos que el gobierno "socialista" cumpliera como tal. Nuestra gente participaba en todos los mítines, planteando las resoluciones del CROC, que había acordado apoyar al gobierno, pero exigirle que realmente ayudara al pueblo, mediante realizaciones útiles y populares.

Yo creo que fue este ajetreo callejero, las interminables manifestaciones, los mítines en cada esquina, lo que más alarmó a la reacción, que empezó a formar secretamente las guardias blancas que se llamaron Milicias Republicanas. A lo que los gobernantes del 4 de junio hicieran, en el orden económico y social, no le temían mucho. Pero la pesadilla de ellos es el orden, el fantasma que no los deja dormir. Sin embargo, en todos esos días no hubo ningún desorden, ningún herido, ningún muerto, ningún asalto, precisamente porque el gobierno no se lanzó a represiones absurdas.

En cambio todo el mundo quería "socialismo", socializar las empresas, los Ferrocarriles, la educación, hasta 'El Mercurio', cuyos empleados y obreros se habían reunido para pedirle amablemente a don Agustín Edwards Mac Clure, que socializara el diario.

Un día el CROC acordó sostener una entrevista con

249

Grove para darle a conocer sus puntos de vista y salimos unos treinta delegados hacia La Moneda, representando a los estudiantes, los mineros de Sewell, al Partido Comunista, la Federación de Maestros y otros organismos. Habíamos acordado que yo presidiría la delegación y que Contreras Labarca expondría a Grove nuestras aspiraciones. Entramos a La Moneda por la puerta de Morando 80, pero Grove no se encontraba allí. Un joven Celis, que oficiaba de secretario, nos propuso que habláramos con el general Puga, con Dávila o con cualquiera de los ministros. Yo me mantuve firme:

—Venimos a ver al compañero Grove, y si él no está, nos vamos.

—No, no, compañeros... Espérense un poco.

Finalmente apareció Grove y los treinta delegados entramos con él al Salón Rojo de La Moneda, donde iba a verificarse la entrevista. Con Grove estaba Eugenio Matte, pero no se hallaban ni Dávila ni Puga. Yo había señalado a Grove quiénes eran los que formaban parte de la delegación, porque había muchos merodeadores que querían colarse. De todos modos éstos entraron al Salón Rojo, pero se mantuvieron separados de nosotros.

Contreras Labarca expuso los planteamientos del CROC: había que defender el movimiento, en primer término, armando a los obreros, pero no a tontas y a locas, sino organizadamente, hasta constituir una fuerza mixta de soldados, obreros y campesinos; los sindicatos debían participar en un gran organismo destinado a poner en práctica medidas inmediatas para reducir el costo de la vida y dar impulso a las industrias; era preciso dar subsidio a los cesantes, mientras se le iba enrolando

en las nuevas obras públicas o en las nuevas industrias; era preciso ocupar de inmediato las tierras inactivas y dar a los campesinos créditos, semillas y herramientas...

Grove escuchaba con aire escéptico.

—Esas cosas no se pueden hacer, compañeros, dijo finalmente. Yo les pido a ustedes apoyo incondicional

250

para el gobierno socialista, que está muy bien inspirado .. Además les pido que abandonen la Universidad, que desde ahora en adelante no será un centro de estudios para los ricos, sino para el pueblo.

—pero necesitamos un local, argumenté —y ese debe dárselo el gobierno.

—¿Qué local quiere, compañero?, me preguntó Grove.

—El Club de la Unión, respondí.

—No, compañeros, no se puede.

Alguien argumentó que el Club de la Unión tenía una deuda de varios millones.

Recordé entonces que el gobierno de Grove había disuelto el Congreso Termal.

—Denos la Cámara entonces ...

—Está muy sucia ...

—Bueno, no nos importa. Nosotros necesitamos oficinas. Denos el Teatro Municipal. Lo habilitaremos con mesas y máquinas de escribir de la Cámara.

—El Municipal, no ... Nuestro primer coliseo ... Además lo necesitaremos para hacer actos públicos. Lo mejor es que el Ministro de Bienestar Social les busque un local.

Nos retiramos y el CROC abandonó la Universidad. Al día siguiente salí con el Ministro de Bienestar, el Dr. Oscar Cifuentes, en busca de un local... Fuimos a ver el de la CRAC, la organización obrera que había creado Ibáñez para su uso particular, en calle Agustinas. Pero se había instalado allí una Gota de Leche y no podíamos desalojarla. Finalmente nos dieron un pequeño local donde había funcionado una iglesia evangelista, en Nataniel esquina de Alonso Ovalle. Pero no íbamos a durar mucho allí ni el CROC tampoco iba a durar mucho. En la tarde del 16 de junio, mientras nos hallábamos en una reunión, nos llegó la noticia de que Dávila, apoyado por algunos regimientos de la guarnición, se estaba apoderando del gobierno. Otro cuartelazo. Por radio escuchamos los desesperados llamados del gobierno, pidiendo al pueblo que fuera a defenderlo. Acordamos salir, pero informarnos

251

previamente de lo que estaba ocurriendo, quedando de reunimos de nuevo a las once de la noche. A esa hora, ya todo estaba consumado. Cuando llegamos al local de Nataniel, lo encontramos rodeado de policías. Nos fuimos entonces a Arturo Prat, a la Casa del Proletariado, donde nos llegaron las noticias de los primeros actos del gobierno davilista: ya había centenares de presos, Grove y Matte iban camino de Valparaíso, para ser conducidos a la Isla de Pascua, se estaban haciendo redadas de comunistas y socialistas, se proclamaba el estado de sitio con toque de queda a las diez de la noche ...

Con órdenes de "fondearme", me fui a una casa de la Calle Santiago Concha, donde se guardaba una pequeña imprenta de rodón muy ruidosa. Cinco días permanecí allí imprimiendo proclamas contra el gobierno. Luego me trasladé a Independencia pasado de Panteón, donde estuve escondido el fin de junio, julio y agosto, trabajando en distintas formas contra la dictadura de Dávila.

Cerca de allí vivía Bernardo Ibáñez y contra él y otros profesores, dirigió su acción la policía. Gracias a un soplo dado por un ex marino sublevado de apellido Jara, el prefecto de Investigaciones

de Valparaíso, Rencoret, llegó a Santiago y me detuvo, hallándome en compañía de Marcos Chamudes. Por cuestión de segundos, se libró de caer Carlos Contreras. Yo me había dejado crecer la barba y pensé que no me reconocerían ... Pero, por lo visto, Rencoret ya conocía este detalle.

En investigaciones nos amenazaron con golpearlos si no revelábamos el paradero de los otros dirigentes del Partido. Para asegurarme de que, si me torturaban, por lo menos esto se sabría afuera, en presencia del jefe de investigaciones Pelochouneau le conté a mi hermana Inés que estaba amenazado de flagelaciones. Esto y la molestia de los policías santiaguinos porque habían sido los porteños quienes nos detuvieron, me salvó de los habituales tratamientos de General Mackenna.

252

En Valparaíso, el profesor Anabalón, un activo miembro del Partido, había sido flagelado y asesinado. Su cuerpo se encontró después fondeado en la bahía. Responsable de ello era el prefecto Rencoret, el mismo que me había detenido. Años más tarde, este policía se ordenó de cura según cuentan arrepentido por la muerte de Anabalón ... Es curioso, unos se hacen sacerdotes por cosas así. Otros van a parar a la cárcel.

El abogado Jorge Jiles había presentado recurso de amparo en favor nuestro y un día, en el patio cinco de la cárcel, nos anunció que éstos habían sido acogidos por la justicia y que íbamos a ser puestos en libertad. Pero el alcaide, un señor Ponce, dijo que él no nos dejaba libres, aunque recibiera veinte oficios de la Corte.

—Yo sólo le obedezco a mi capitán Lazo, agregó.

Este capitán Lazo, Alejandro Lazo, es un viejo amigo de Ibáñez. Hasta fue su Ministro de Economía, últimamente. No sé si ahora serán tan amigos, ya que el general ha roto muchas de sus amistades con aquellos que nombró ministros.

Nosotros estábamos con nuestras cosas embaladas, listos para salir... pero no a la calle, sino a la relegación. En la tarde sacaron a catorce de nosotros de la cárcel, nos metieron en un furgón y nos llevaron a Talcahuano, donde nos embarcaron para la Isla Mocha. Había ya allí un número considerable de relegados, más de cien, y entre ellos me encontré con Galo González, Juan Chacón Corona, la tipógrafa de Antofagasta Inés Infante, Astolfo Tapia, Oscar Waiss. Estaba también el periodista Abraham Reynold, de quien decían que era mi secretario; hoy es subsecretario de Economía, y uno de los hombres prominentes del grupo de Volpone. Había socialistas, comunistas, anarquistas, y gente sin Partido. Cuando nosotros llegamos en el "Sibbar", los relegados nos brindaron un caluroso recibimiento.

Pero en Santiago las cosas habían cambiado. Asfixiado por el repudio general, había caído Dávila el

253

13 de septiembre, y "reinaba" el general Bartolomé Blanche.

Primero me quisieron meter en un calabozo, donde se hallaba a tratamiento especial, Juan Chacón Corona. Pero parece que después pensaron que no era yo tan peligroso. Había en la isla tres mandos: carabineros, marinos y gendarmes. Nosotros vivíamos hacinados en galpones de la remonta del ejército, bajo un pésimo tratamiento de parte de los uniformados y comiendo una comida infecta. Los domingos podíamos mejorarla, pues nos permitían ir a la playa a sacar erizos.

Esta relegación duró sólo once días. Luego supimos que a su vez había caído Blanche, derribado por un movimiento civil-militar iniciado en Antofagasta por el general Vignola y había asumido el poder, con el título de Vicepresidente provisorio, el Presidente de la Corte Suprema, don Abraham Oyanadel. El nuevo Ministro del Interior don Javier Angel Figueroa, decretó de inmediato la libertad de todos los presos políticos y nosotros pudimos, por fin, regresar. Nos condujeron a Santiago en dos coches de tercera clase, que se repletaron de presos de Santiago, Valparaíso, Antofagasta e Iquique. Nos dejaron a todos en Santiago y unos días más tarde, como secretario general de la FOCH, solicité una entrevista con Figueroa para pedirle que el gobierno pagara los pasajes a todos los nortinos que habían sido arrancados de sus hogares. El ministro me recibió muy amablemente, accedió a dar los pasajes que se le solicitaban y pidió tranquilidad, paciencia, que no se hicieran mítines en las calles, etc.

El gobierno de Oyanadel no tenía otro objeto que el de presidir las elecciones que debían realizarse en el mes de octubre y en los cuales se habría de elegir Presidente de la República, en reemplazo de Montero, y nuevo Parlamento, para sustituir al Congreso Termal, que la "República Socialista" había disuelto. El Partido me eligió candidato a Presidente y a senador por las provincias del norte, a la vez. Pero, después de algunos cálculos muy alegres, los camaradas me dijeron

254

que la senaduría por el norte estaba ganada de antemano y que me fuera al sur a trabajar electoralmente la candidatura presidencial. Así lo hice. Me fui hasta Puerto Montt, hablando en todas las ciudades de importancia, donde se celebraban proclamaciones. Los candidatos presidenciales, eran Alessandri, llevado por liberales y radicales; Héctor Rodríguez de la Sotta, por los conservadores; Marmaduke Grove, que se hallaba en la Isla de Pascua y era el candidato de los socialistas; Enrique Zañartu Prieto, financista partidario del anticonversionismo y las emisiones de billetes, por lo cual lo apodaban "Papelito", y que había colaborado con Dávila; Manuel Hidalgo, por el ínfimo grupo trotskista; y yo, proclamado por los comunistas. En estas elecciones obtuve una doble derrota.

XXVI

A fines de 1932 comenzamos a trabajar en la preparación de dos actos nacionales importantes: uno era un congreso de la FOCH; no se celebraban desde que en 1925 el ibañismo había desmontado cuidadosamente todo el engranaje del movimiento obrero, repartiendo a sus dirigentes a lo largo del país, apresándolos o mandándolos a las islas. Pensábamos realizarlo en febrero de 1933. El otro acto era una conferencia nacional del Comité Antigüerrero, preparatoria de una reunión continental, que debía verificarse en Montevideo.

El congreso de la FOCH se inauguró con un acto público en el local del Sindicato de Choferes, primera cuadra de la calle Cumming. Vinieron delegados de las zonas mineras, campesinas y fabriles más importantes y entre todos ellos se levantó con relieves impresionantes la figura de Juan Segundo Leiva Tapia, que representaba a una cooperativa de colonos agrícolas de Lonquimay. Aunque vestía como sus compañeros de trabajo botas de montar, chaqueta corta y manta de castilla, era un hombre cultivado, que argumentaba admirablemente y hablaba con lógica y al mismo tiempo

255

con pasión. Había estudiado en el Instituto Pedagógico y según entiendo se había recibido de profesor de castellano y francés. Conmovido por la miseria de los campesinos, había dedicado a

ellos su vida, a organizarlos, a levantarlos, y para esta tarea hizo lo que debe hacer un luchador: se identificó plenamente con los campesinos pobres, pasó a ser uno más de ellos.

En ese congreso, me reeligieron secretario general de la FOCH y entró también a la directiva Pablo Cuello, entre otros.

La reunión del Comité Antiguerrero tuvo lugar en San Antonio 58, en el local de la Federación de Maestros. La delegación que se eligió para participar en la conferencia de Montevideo quedó compuesta por Leiva Tapia, Juan Chacón Corona, Pedro Pacheco —uno de los dirigentes del movimiento de la marinería, que había estado a punto de morir en la huelga de hambre—, el peruano Elías Tovar y yo.

Leiva Tapia, que tenía que regresar a Lonquimay antes de seguir viaje a Montevideo, dijo que iba a pasar la cordillera por el sur. Yo fui a sacar mi pasaporte, pero el día antes de que me lo entregaran, la prensa publicó la noticia de que había orden de detención contra mí y contra Chacón Corona, por discursos pronunciados en el congreso de la FOCH y que el gobierno de Alessandri estimó injuriosos. Chacón, escapando de manos de la policía, fue a reunirse conmigo, que me encontraba en casa de Carlos Contreras Labarca. Era imposible, en esta situación, tratar de obtener pasaportes, de modo que se acordó que pasáramos clandestinamente a la Argentina. Se acordó también que Chacón Corona se quedara en Santiago y así, partimos a la aventura Pacheco, Tovar y yo.

Un arriero nos condujo a El Volcán y desde allí a unas termas calientes. Nosotros íbamos a caballo y el arriero en su mula. La primera noche tuvimos que dormir en una quebrada, en plena cordillera. Al amanecer, para evitar ser sorprendidos, partimos con muchas precauciones. Caminamos todo el día, atravesando

256

cerros y más cerros. Cuando llegó la noche, el arriero nos dijo:

—Bueno, hasta aquí no más llego yo... Les voy a dar algunas instrucciones para que no se pierdan... yo tengo que volverme con los caballos ... Sigán a pie por esta quebrada, caminando dos horas a tranco regular y van a ir a rematar frente a la aduana. Se apartan un poco para que no los vean, y pasan. Al amanecer van a llegar a San Rafael... Ahí ya no hay peligro. Toman la góndola que sale para Mendoza, y allí suben al tren, donde nadie los molestará ...

El arriero era un hombre optimista, todo lo veía con ojos luminosos y las cosas iban a correr para nosotros como sobre rieles. Contagiados con su manera de obviar todas las dificultades, nos despedimos de él y echamos a caminar en la dirección que nos había señalado. Yo llevaba alguna ropa envuelta en un chamanto y usaba como bastón una gruesa rama que había cortado de un árbol. Caminamos toda la noche, pero al parecer a tranco demasiado rápido, pues al amanecer llegamos a un valle donde vimos algunas chozas y gentes. Nos lavamos en un riachuelo, descansamos cuatro horas y luego desayunamos y echamos a andar, convencidos de que habíamos dejado muy atrás la aduana y nos hallábamos en plena República Argentina. Nos detuvimos en una casa del camino. En la puerta había un hombre que nos miró con curiosidad.

—Buenas tardes ... ¿Para dónde van ... ? ¿No quieren refrescarse un poco ... ? ¿Son chilenos? No, somos argentinos, respondí. De Buenos Aires ... Andamos de excursión.

—Bah, yo creí que eran chilenos ... Como ahí abajito está la aduana ...

La sorpresa nos dejó mudos. Nuestros cálculos habían fallado: nos quedaba un obstáculo grande cual era salvar la aduana. Habíamos cometido un error y era necesario repararlo, pensar un poco en todo eso. Aceptamos la invitación del hombre y entramos a su casa, donde nos sirvió churrascos, huevos y café. Como

realmente estábamos desconcertados, sin saber qué camino seguir, después de una breve consulta entre nosotros, decidimos confiarnos a ese hombre, y sin revelarle el objeto de nuestro viaje, le dijimos que teníamos interés en pasar eludiendo a la aduana y a la policía.

A las diez de la noche, este desconocido amigo nos sacó de su casa y nos hizo pasar por un deshecho, por donde caminamos más de una hora. Luego nos dejó en el camino y nos dijo:

—Caminen toda la noche y cerca de las cuatro de la mañana van a llegar a una casa abandonada. A unos quinientos metros de él, por el lado izquierdo, hay otra casa, donde pueden tomar desayuno antes de seguir. Digan ahí que son amigos míos. Sigán con confianza.

Nuestras nerviosas piernas marchaban a un paso más rápido que el tranco regular que se emplea en estos parajes y en vez de encontrar la casa abandonada a las cuatro de la mañana, la hallamos a las dos. Hicimos fuego y nos instalamos allí a esperar la mañana. Cuando empezaba a aclarar, oímos ruidos de caballos y voces humanas. Miré por la ventana: eran dos policías, los cuales pasaron junto a la casa sin notar que en ella había gente. Rápidamente continuamos nuestro viaje y, efectivamente, a medio kilómetro de allí estaba la casa que aquel amable amigo nos había indicado. Pacheco habló con el dueño, quien nos sirvió un suculento desayuno y, como que no quiere la cosa, nos contó que los policías acababan de estar bebiendo allí. —Sigán el camino, nos dijo, pues tienen que estar antes de las doce en San Rafael. A esa hora sale la góndola para Mendoza y no hay otra hasta mañana. ¡ Caminen con precaución, porque forzosamente tienen que cruzarse en el camino con el jefe de la aduana, que siempre viene en un cabriolé, acompañado de algún policía...

Echamos a andar. Cualquier ruido que se escuchaba nos parecía ser el del cabriolé... Después de varias falsas alarmas, vimos venir en realidad el coche y saltamos del camino para ocultarnos entre los arbustos.

Así pudimos llegar sin novedad a San Rafael. La góndola estaba vacía y, por precaución, elegimos asientos separados. De pronto subieron algunos policías y se instalaron al lado de Pedro Pacheco. Cuando se dieron cuenta de que no llevaba equipaje, se alejaron. —Disculpe, che ... Lo habíamos tomado por contrabandista.

La góndola era muy lenta, se detenía en poblados, aldeas, cruces y hasta casas. Subían y bajaban pasajeros. Otras personas detenían el vehículo y el chofer les entregaba cartas o paquetes. Cerca de las siete de la tarde llegamos a Mendoza, donde los policías quisieron someternos a un registro. —¿Qué traen de contrabando? Nos reímos.

—Nada ... No somos contrabandistas. Al ver nuestra tranquilidad desistieron. —Pues es cierto, che ...

Nos fuimos a un hotel donde nos aseamos y descansamos un poco. La primera etapa del viaje estaba cumplida con éxito. Durante el difícil viaje, yo había sido —en opinión de mis compañeros— el que mayor resistencia física demostró, a pesar de ser el de más edad de los tres y llevar más equipaje.

El viaje a Buenos Aires fue tranquilo. Por precaución nos habíamos separado, y así, si la policía detenía a uno, los otros podrían seguir y llegar a destino. Nos habíamos dado cita en una esquina de la Avenida de Mayo y al llegar a Buenos Aires, cada uno buscó un hotel donde se inscribió con nombre falso. Yo me encontré por casualidad en la calle con el secretario general del Partido Comunista argentino, pero este compañero se corrió visiblemente, evitando el contacto, pensé que

iría siendo seguido por la policía y no quería comprometerme. (Años más tarde, fue expulsado por los camaradas argentinos).

Nos dedicamos a buscar el Comité Antigüerrero en Buenos Aires, inútilmente, y con gran desesperación de nuestra parte, pues se aproximaba la fecha en que debíamos

259

hallarnos en Montevideo. Leiva Tapia, entre, tanto, había llegado a Buenos Aires y visitado el local del Partido, pero como no lo conocían ni poseía credencial, lo miraban con desconfianza. Pero yo lo identifiqué y entonces los camaradas nos sacaron de los hoteles y nos alojaron en casas de amigos. A Pedro Pacheco le consiguieron una libreta de enrolamiento argentina y con ese documento pudo entrar en Uruguay y participar en el Congreso Antigüerrero, que se estaba celebrando con asistencia de la policía... En efecto, hasta el jefe de la Policía Especial argentina había logrado colarse. Así, cuando llegó al Congreso la delegación de su país, fue posible detenerla en masa.

El peruano, Leiva Tapia —que vestía su chaqueta corta de campesino y faja roja a la cintura— y yo, fuimos embarcados en un barquito que recorría el río y bajamos en un lugar donde los otros compañeros debían recogernos. Nos llevaron a la casa de unos amigos y en la noche salimos en un bote que había de dejarnos en Carmelo, un pueblito de la orilla uruguaya del Río de la Plata. Aproximadamente a las 3 de la mañana, después de esquivar la luz de los reflectores que alumbraban las aguas en busca de contrabandistas, atracamos en la playa de Carmelo. El botero nos dijo:

—Aquí están más seguros que en su casa ... Pueden quedarse en la orilla o irse a sentar en la plaza, tranquilamente. Nadie los molestará ni les preguntará nada. A las cinco en punto sale la góndola para Montevideo.

¡Cuan equivocado estaba!

La idea de irnos a la plaza no nos pareció muy prudente, de modo que decidimos quedarnos en la orilla del río, esperando la hora de salida de la góndola. Cerca de las cinco partimos hacia el pueblo a tomar nuestro vehículo. Nos vio entonces un policía y éste corrió al cuartel a avisar que había gente sospechosa. Minutos después estábamos detenidos y éramos llevados al cuartel, donde nos metieron en un calabozo. Naturalmente dimos nombres falsos.

260

Por esos días había conmoción en el Uruguay debido a graves e inesperados sucesos políticos internos. Se acababa de producir un golpe de estado, encabezado por Gabriel Terra, y ese mismo día se suicidó Baltasar Brum, el jefe de la oposición. Los asistentes al Congreso Antigüerrero empezaban a regresar y casi todos eran apresados.

Al día siguiente tuvimos que comparecer ante el juez de Colonia y éste ordenó que nos metieran en la cárcel.

—¿Quién va a defenderlos?

—No tenemos defensor.—Entonces, los defenderá el abogado de turno.

El abogado estuvo presente cuando declararon Leiva Tapia y el peruano Tovar y hasta les dio algunos consejos. Al otro día llegó el fallo del juez: en libertad. En realidad se había considerado que aunque no poseíamos documentos, no éramos delincuentes.

Pero la justicia en abstracto es una cosa y la policía es otra. Así fue como, antes de dejarnos libres, nos llamó el jefe de la policía y nos dijo: -Ustedes saben que Uruguay no está viviendo horas normales, de modo que yo no los voy a dejar libres ...—Pero señor, si la justicia ...

—Bueno, bueno, dijo el policía, —ya conozco la sentencia ... Todos los días los voy a soltar, pero al atravesar la plaza los detengo. La ley me permite tenerlos hasta veinticuatro horas sin necesidad de someterlos a juicio. De modo que les hago esta proposición: yo los dejo libres, pero cada tres horas ustedes se presentan aquí.

Pensando que quizás en uno de esos intervalos de tres horas podríamos fugarnos, aceptamos el predicamento del policía. ¿Qué otro remedio nos quedaba? Tres días duró este régimen, hasta que llegó a auxiliarnos un hombre del Socorro Rojo, a quien le planteamos la necesidad de organizar la fuga. Este amigo no se atrevió a meterse en un aprieto semejante. Pero ya el jefe de policía, que había sido informado de que habíamos

261

tomado contacto con un hombre de fuera, no nos volvió a dejar salir.

Discutimos con él, le hicimos ver que no éramos ladrones ni delincuentes y accedió a que saliéramos, pero seguidos siempre por un oficial vestido de civil. Luego, como todo el procedimiento resultaba demasiado complicado para la pequeña policía de Colonia, consiguió finalmente que nos mandaran a Montevideo, librándose así de su pesadilla.

En la capital, la revuelta continuaba y Terra seguía en el gobierno apoyado por los militares. En el cuartel de investigaciones procedieron a identificarnos escrupulosamente.

—Su nombre, me preguntó el oficial.

—Elias Lafertte.

Uno de los policías agregó galantemente:

—Gaviño ...

Entonces recordé que me habían identificado en 1932, cuando regresaba de Europa. No tardé en ser llevado a la presencia de un alto jefe militar.

—Y usted, ¿por qué está aquí?

—No sé. Me han hecho un proceso sin que yo haya cometido ningún delito.

—Algo habrá hecho.

—No he hecho nada. Pero las cosas son así en este democrático país, dije sintiendo que la cólera me asomaba a la cara.

—Sí, democrático, aseguró el militar.

—Claro, respondí, —muy democrático, pero cada vez que he pasado por aquí me han tomado preso.

—No.

-¡Sí!

Al día siguiente nos trasladaron a la cárcel, metiéndonos en un calabozo junto a los delincuentes comunes, ladrones y criminales. Cinco días llevábamos allí cuando aparecieron los compañeros del Socorro Rojo y nos empezaron a mandar comida, porque la del presidio era asquerosa. Hasta entonces nos habíamos alimentado de café con leche, que comprábamos a los

262

carceleros. En la noche teníamos que pelear para conseguir un sitio en las tarimas donde dormir. Los maleantes se renovaban a diario, pero nosotros seguíamos allí. Unos días después me llamaron a la jefatura de la cárcel.

-¿Ha hecho alguna diligencia para conseguir documentos?

—Ninguna.

Pasaron unos días y me volvieron a llamar, para anunciarme:

—Usted y Leiva van a ser deportados a su país.—Está bien, respondí.

XXVII

Habíamos pasado veinte días en la cárcel de Montevideo, cuando fuimos embarcados en el vapor inglés "Losada". A Tovar lo dejaron allí, quizás para deportarlo al Perú. A nosotros nos metieron en un camarote, haciéndonos creer que nos dejarían en Buenos Aires.

-Nosotros no vamos a Buenos Aires, repliqué.

- Bueno, pero los dejaremos allí.

No hubo escala en Buenos Aires, sino que el barco siguió navegando hasta llegar a Bahía Blanca, donde iba a cargar trigo. A bordo, la vida era muy aburrida. A menudo Leiva Tapia y yo nos disgustábamos y estábamos horas sin cruzar palabra. Esto se debía a que este camarada era muy enojón y por quitarme allá estas pajas, me decía:

—Ya está, no me hable más compañero ...

Después se le olvidaba su disgusto y era él mismo quien reiniciaba la conversación.

Leiva se entretenía conversando largamente en francés, con una maestra inglesa que iba a las islas Malvinas. Yo no sabía francés y me aburría de lo lindo.

Media hora después de atracar la nave en Bahía Blanca, subió a bordo un cabo, seguido de cuatro soldados, y nos bajaron a la Prefectura Marítima, donde

263

nos metieron en un calabozo. Allí llegó a vernos el jefe, un militar de alta graduación a quien el contador del barco había advertido que éramos "dos peligrosos agitadores chilenos" y que uno de éstos hablaba varios idiomas. Al parecer, el jefe sólo quería echarnos una ojeada y jactarse un poco.

—Comunistas, ¿eh ... ? Yo he estado en Rusia, como agregado militar de mi patria... Pero no en esta Rusia de bandidos rojos, sino en la Rusia imperial., Hasta bailé con la zarina en una fiesta.

Me pregunté por qué lo tendrían entonces relegado en Bahía Blanca... Quizás para que masticara sus recuerdos...

Nos entregaron una colchoneta y nos instalamos en el calabozo. Después nos llamaron a comer, pero yo no quise ir. Leiva fue y volvió contando que le habían dado un excelente puchero. Al anochecer nos invadieron los zancudos de los pantanos. La lucha con ellos duró prácticamente toda la noche y no pudimos dormir. El día siguiente fue igualmente monótono. El barco seguía cargando trigo y nosotros mirando a través de las rejas, a un patio donde sólo se veían vigilantes armados. Estaban presos también un español y un marinero griego, que se había quedado sin documentos cuando su barco lo dejó en tierra.

Leiva Tapia consiguió que lo llevaran al pueblo para hacer arreglar sus famosas botas y volvió con diarios y revistas.

Una mañana, después de tomarme el jarro de café que nos daban al desayuno, miré a Leiva y le dije:

—¿Sabe qué día es hoy?

—No. ¿Qué día?

—Primero de Mayo.

—De veras, es cierto.

Para los comunistas, y también para los trabajadores no comunistas, el Primero de Mayo es un día de una solemnidad que jamás los burgueses podrán comprender. Representa para nosotros una fecha de dolor, pero al mismo tiempo de conquista, de lucha y hasta de alegría,

porque ese día se renueva nuestra fe en el triunfo final. Estemos donde estemos, juntos o separados, el primero de Mayo es un día que conmemoramos, públicamente o en nuestro interior. Las páginas más hermosas y emocionantes que he leído sobre un Primero de Mayo, conmemorado por cierto en la cárcel, en una horrible cárcel nazi de Praga, son las del checo Julius Fucik, asesinado por los verdugos de Hitler. Tanta es la importancia que yo doy al día de los trabajadores que, precisamente para preparar estas memorias, y hacer un recuento de todos los hechos de mi vida, empecé por recordar dónde había estado cada Primero de Mayo, desde mis veinte años.

Era el Primero de Mayo de 1933 y nosotros estábamos ahí, solos, metidos en un calabozo. Callamos, sumiéndonos en nuestras meditaciones. Y de pronto, como un milagro, oímos que en el patio de la prisión, alguien silbaba los primeros compases de la Internacional, aquellos que equivalen a las palabras

Arriba los pobres del mundo, en pie los esclavos sin pan...

Nos levantamos y corrimos hacia la ventana. Ni cortos ni perezosos, silbamos desde los barrotes los compases que siguen, los que los proletarios de todo los Países cantan ese día:

... y gritemos todos unidos: viva La Internacional.

Había, pues, otro como nosotros, preso allí, que sentía su espíritu lo mismo que nosotros ese Primero de Mayo. Era el marinero griego, quien, al oírnos, se aproximó a nuestra ventana y preguntó, en inglés:

—*Communist Party?*

—*Communist Party!*, respondimos a dúo.

Reportaje al pie del patíbulo".

Nos estrechamos las manos y al llegar la noche, a través del detenido español, que sabía un poco de inglés hablamos con el desconocido camarada, con quien el destino nos había juntado en ese lejano puerto. Supimos así la odisea del griego, quien nos contó que esperaba un barco de su bandera para regresar a Europa.

Dos días después, por la mañana, se embarcó el griego y a mediodía nos tocó a nosotros reintegrarnos al "Losada", que navegó hacia las islas Malvinas, donde había que entrar por una "puerta" muy estrecha. Sólo se puede entrar cuando penetra la marea. En ambas guerras mundiales, la escuadra británica se ha ocultado ahí de los barcos enemigos. En las islas se quedó la inglesa, que era profesora, y a Leiva se le fue su única amistad a bordo. Por la tarde, cuando la marea iba hacia afuera, salió el barco y a medianoche dejamos las islas argentinas en las que Inglaterra ha sentado por la fuerza sus reales.

Tres días mas tarde llegábamos a Punta Arenas y los agentes de investigaciones subieron a bordo. Nos desembarcaron y nos condujeron a la "pesca". Poco rato después vi entrar a un periodista a quien había conocido en Santiago, cuando trabajaba en "El Mercurio" y que ahora era director de "El Magallanes".

—No vengo como periodista, Lafertte —me dijo—, sino como amigo y quiero servirlo. Dígame qué desea, en qué lo puedo ayudar.

—Muchas gracias. Por favor, avíseles a los obreros, a los sindicatos, que estoy preso.

—Pierda cuidado. Lo haré.

En la noche llegó un obrero pavimentador llamado Juan Lafertte, quien me aseguró que éramos parientes. Nos llevó comida y camas y pudimos así estar más cómodos en la oficina de

investigaciones, donde había un fogón para la calefacción. Desde allí solíamos oír , cuando los "tiras" les pegaban a los pobres diablos presos, para que confesaran robos o quién sabe qué delitos. El jefe, Olegario Sánchez, nos dijo que no nos podía poner en libertad hasta recibir órdenes del gobierno

266

pero en cambio, llevaba a sus amigos, damas y caballeros, a que vieran a Elias Lafertte, como quien lleva a un grupo de niños al zoológico para mostrarles un animal exótico. Yo no sé si cobraba entrada por este espectáculo, pero la verdad es que no me agradaba nada ver llegar al indiscreto funcionario con sus amigos, a la salida del club, y sentirme mostrado con el dedo:

—Este es el famoso Elias Lafertte ...

—¡Ah! Este es ...

¿Qué les parece?

Los visitantes me miraban como se mira al hipopótamo o al ornitorrinco y se retiraban moviendo la cabeza.

—De modo que éste es Elias Lafertte ...

Una tarde, por fin, nos pusieron en libertad e inmediatamente nos fuimos a la casa de Juan Lafertte, donde empezaron a llegar obreros y dirigentes a conversar con nosotros. Les planteé la necesidad de que nos sacaran de Punta Arenas, pero ellos dijeron que no tenían medios para hacerlo. Salimos a caminar hacia el centro, cuando de pronto nos encontramos con Sánchez, el jefe de Investigaciones.

—¡Qué suerte que los encuentro! —nos dijo socarronamente—. Vengo a tomarlos presos, señores. Resulta que el gobierno acaba de obtener Facultades Extraordinarias del Congreso y he recibido órdenes de detenerlos, porque se les va a relegar.

Después de tres días en la cárcel, nos separaron, un día del mes de mayo de 1933. A mí me mandaron a Porvenir, en la Tierra del Fuego, y a Leiva Tapia lo relegaron a Melinka. Esa fue la última vez que lo vi.

Un pesquisa fue a dejarme a Porvenir, un pueblo que no es más que una sola calle, que en el mes de mayo entra a dormir su sueño invernal. Terminada la esquila, los trabajadores se dispersan y el gobernador se va a pasear a Santiago.

El agente, un hombre de apellido yugoslavo, como muchos habitantes de la región magallánica, me llevó a la casa de un hombre que tenía una posada, José del Carmen Gómez, a ver si éste me daba alojamiento.

267

Gómez se negó a aceptarme, pero me mandó donde un amigo suyo, en cuya casa me hicieron un hueco para que durmiera. Por la noche, cuando ya el pesquisa se hubo marchado, llegó Gómez a hablar conmigo y me pidió que al día siguiente me presentara en su casa.

—Tengo una pieza para usted —me dijo—, pero no para los policías. En mi casa tendrá cama, comida, ropa limpia y plata para el bolsillo, pero con una condición: que nunca me pague y que se olvide para siempre. José del Carmen Gómez había sido esquilador y matancero, logrando reunir un pequeño capital. Me presentó a su hermano y a su señora y los cuatro hacíamos vida familiar. El invierno era duro, de modo que se salía poco de casa. Comíamos y vivíamos la mayor parte del día en la cocina, que era la pieza más abrigada. Una vez al día tenía que presentarme al retén de los carabineros, pero después de cumplir esta antipática obligación, volvía rápidamente donde Gómez. ¡ Conocí allí a comerciantes y amigos del dueño de casa, que me ayudaron dándome ropas, libros y otras cosas. Seis años después, siendo senador de la República,

tuve oportunidad de destacar la generosa actitud de Gómez, cuando acompañando al Presidente Aguirre Cerda, me tocó volver a Porvenir, el pequeño pueblo de la Tierra del Fuego.

Un día me sacaron de Porvenir y me llevaron a Punta Arenas para embarcarme hacia Chiloé. Yo creo que esto se debió no precisamente a que alguien pensara que Chiloé es menos duro para un relegado que la Tierra del Fuego, sino a que el gobernador de Porvenir aspiraba a una vida tranquila, sin sobresaltos, lo que no era posible teniendo allí a un "agitador peligroso" como yo. Cuando me embarcaron, nevaba y hacía un frío terrible. ¡Qué habría dado por una taza de café! Pero los agentes no tenían muchas consideraciones con un relegado obrero.

Al día siguiente me embarcaron en el vapor "Magallanes", de la compañía Braun y Blanchard, arranchándome

268

en el comedor de los suboficiales. Gracias a la bondad de un sobrecargo, pude dormir en un sofá. Unos días después los suboficiales, que parece que habían tenido una discusión sobre mi persona, acordaron darme una mesa para que comiera.

Al llegar la nave a Puerto Natales, el agente que me custodiaba juzgó peligroso que yo permaneciera a bordo mientras el barco era cargado de lana, y decidió hacerme bajar a tierra y encerrarme en la cárcel. ¡Pero no contaba este sujeto con la solidaridad de los trabajadores! Estos dijeron que no descargaban ni cargaban el barco, mientras yo estuviera preso, e indicaron dos soluciones: que bajara a tierra y me quedara con ellos, como huésped, o que permaneciera en el barco. Los compañeros se pusieron firmes, en un gesto que nunca he olvidado, y el "tira" no tuvo más remedio que decir amén. Me dejaron a bordo, pero muy bien custodiado por agentes y carabineros.

El domingo bajé a tierra, llevado por los trabajadores y asistí a un banquete en mi honor, donde todo estuvo magnífico, menos la presencia del agente, que se vio obligado a participar en el almuerzo y a tragarse, aparte del rico asado, los discursos, en muchos de los cuales se puso a la policía, a los "tiras" y al gobierno, de oro y azul. Al finalizar el banquete, los trabajadores me fueron a dejar a bordo y me entregaron seiscientos pesos que habían reunido para mí.

El "Magallanes" siguió viaje al norte. El lugar de relegación que se me había fijado era Achao, en Chiloé. Pasamos el Golfo de Penas con mar mala y el barco se movía y crujía horriblemente.

La noche antes de llegar a Castro, donde iba a ser desembarcado —era el 24 de junio—, me despedí de los suboficiales y les agradecí sus atenciones, escuchando de ellos palabras de amistad y aliento. Habló uno de los suboficiales que se habían opuesto a tenerme en su mesa y a través de sus propias palabras supe yo que el concepto que este marino tenía sobre mí había variado fundamentalmente después de

269

conocerme: ya no era yo un terrorista peligroso, sino un hombre sano e idealista. El no compartía mis ideas desde luego, pero con mi actitud yo le había enseñado a respetarlas.

El jefe de policía de Castro llamó a un oficial que estaba de franco ese día y le encomendó mi vigilancia. —¡Usted me responde de él! —A sus órdenes, mi capitán.

El oficial vivía en una pensión cuyo dueño se llamaba Juan y no estaba dispuesto a perderse la fiesta que había de celebrarse esa noche, la noche de San Juan.

—Quisiera ponerle un telegrama a mi madre, que se llama Juana, le dije. —Muy bien. Lo acompañó al telégrafo. Aparte de saludar a mi madre, yo quería también que a través del telegrama, ella y los camaradas supieran dónde me encontraba.

El lunes siguiente, muy de madrugada, salí para Achao y me instalé en la pensión de la señorita Fernández, donde había estado hospedado Juan Bautista Rossetti cuando estuvo relegado en ese lugar. Pero no duré mucho tiempo en la casa, porque a menudo llegaban a beber el notario y el secretario del juzgado, un tal Barría, y cuando se emborrachaban no encontraban nada mejor que dedicarse a provocarme. Me fui a vivir a la casa de un hombre que estaba relegado también, aunque no por cuestiones políticas, sino por estafa, y que se ganaba la vida fabricando pan. Dos veces al día tenía que presentarme en el cuartel de los carabineros a firmar un libro. El demás tiempo —casi siempre estaba lloviendo— lo ocupaba en conversar con la gente o en ayudar a la confección del pan.

El 18 de septiembre se dictó una amnistía y en el mes de octubre me embarqué en el "Atlas", que me trasladó a Puerto Montt, para seguir por tren a Santiago.

270

XXVIII

Al llegar a Santiago, me fui a vivir con mi madre, en la Avenida Bellavista. Ella estaba ya muy anciana y se encontraba enferma de cuidado. Pero mi tranquilidad, la tranquilidad que para un dirigente obrero significa estar en su hogar, libre de persecuciones, no iba a durar mucho. La línea antiobrera del gobierno de Alessandri se había manifestado desde los primeros momentos. Los políticos burgueses suelen buscar de los obreros sólo sus votos. Después ya no les interesan y cada manifestación de ellos, cada huelga, cada mitin, les suena a rebelión, a subversión, a alteración de su tan cacareado orden y democracia. El orden equivale para ellos a la sumisión absoluta; que no se reclame colectivamente ningún derecho, que no se proteste contra el alza del costo de la vida, que se acepte con resignación cada nuevo zarpazo a los intereses populares.

Así, pues, rápidamente pasé a la ilegalidad, a vivir sobresaltadamente, a dormir una noche en una casa y a la siguiente, en otra, para poder continuar mi trabajo en la FOCH, en el cual me ayudaba Martínez, un compañero venezolano que la CSLA había mandado a Chile para colaborar en nuestras tareas de coordinación latinoamericana de las organizaciones obreras. En noviembre de 1933 murió mi madre y yo ni siquiera pude ir a sus funerales. Sabía positivamente que los agentes me iban a tomar preso y así fue como tuve que abstenerme, con mucho dolor, de cumplir este último deber filial. Por otra parte, aumentó mi pena la actitud de mi familia, que estaba indignada conmigo. Mis familiares me reprocharon ser uno de los factores que causaron la muerte de mi madre, por tantas penas, disgustos, inquietudes y sobresaltos que le había dado con las actividades políticas.

Quizás tuvieran razón, pero me imagino que lo mismo que a mí debe ocurrirle a casi todos los que entregan su vida a la causa de la revolución; que necesariamente deben causar inquietudes, penas, sobresaltos y dolores a

271

sus familiares, aunque no tengan ninguna voluntad de hacerlo. Pero, ¿cómo evitarlo? ¿Cómo conseguir que una madre no sufra cuando su hijo está en una cárcel infecta o en una isla inhospitalaria y lejana? Yo sabía sin duda que mi madre sufría, pero procuraba aliviar estas penas en la medida de mis fuerzas, escribiéndole a menudo y visitándola cada vez que la policía me dejaba un respiro. Desde la Isla de Pascua le había escrito por lo menos una vez al mes, aunque, nunca pude enviarle las cartas.

La verdad es que uno sabe que esas cosas tienen que pasar, cuando quiere servir la causa del pueblo. Peor si los hombres no fueran capaces de sobreponerse a esas situaciones, la causa del progreso nunca avanzaría: nadie haría ninguna tarea peligrosa o difícil. Yo sabía en esos años que mi madre nunca estaba tranquila ; no puedo jactarme de no haber tenido debilidades.

Ningún ser humano deja de tenerlas y cuando me encontraba preso en el calabozo de una cárcel extranjera o relegado entre los peñones de la isla de Más Afuera no se crea que muchas veces no pensé con envidia en la gente que anda por la calle tranquila, sin temor de que se le eche encima un "tira" de investigaciones, que puede llegar a su casa, al seno de los suyos, sin necesidad de esconderse, de vivir por años enteros en la clandestinidad, con un nombre que no es el de uno y hasta una identidad ajena.

Pero me sostenía la solidaridad y el pensamiento de que todos mis sufrimientos no eran perdidos, sino que servían, aunque fuera como un pequeño grano de arena, para edificar la nueva sociedad en que la clase obrera tendrá el lugar dirigente.

Nada más triste, pues, para mí, que el pensamiento de haber apresurado involuntariamente la muerte de mi madre. Cualquiera puede imaginarse la pena de no poder siquiera acompañarla al cementerio. Pero así es la sociedad burguesa; no da tregua a los luchadores, yo tenía que elegir entre cumplir este último deber filial y perder mi libertad, la precaria libertad que me

272

servía sin embargo para trabajar por el Partido y por la clase trabajadora.

El reclutamiento esta vez fue más largo. Entregado en cuerpo y alma a mi trabajo de organización, de publicaciones de folletos y periódicos, de intercambio de experiencias, tuve que permanecer escondido todo el resto de 1933 y todo el año 1934, con fugaces asomadas a las calles, a las reuniones, a los mítines.

En junio de 1934 se celebró un Congreso de la FOCH en el Teatro Selecta de la calle Chacabuco, del que era concesionario nuestra camarada Amador Pairoa. Yo me presenté a la sesión inaugural, pronuncié un discurso para echar a andar las tareas y luego me esfumé, evitando a la policía. En este acto impresionó mucho a los delegados de todo el país la aparición de un joven campesino de la región de Lonquimay, donde, después de muchas peripecias, había logrado volver Juan Segundo Leiva Tapia, tras nuestro desastroso viaje al Uruguay. Este joven campesino, en medio de la emoción de todos los delegados, dijo:

¡Vengo aquí a sellar definitivamente la alianza obrera y campesina!

En la tarde de ese día, me dejé ver de nuevo en el local que los ferroviarios tenían en calle Exposición, donde el congreso iba a funcionar. Rendí el informe de dirección y luego volví a desaparecer, porque la policía ya andaba detrás de la reunión. El congreso se trasladó entonces a la avenida La Paz 134, pero allí también nos siguieron la pista, la policía rodeó la casa y apresó a numerosos delegados; el poeta y profesor Gerardo Seguel, que representaba a los maestros en ese congreso, huyó por los tejados. Cayeron Chacón Corona, Cuello y muchos otros.

El Partido tenía dos diputados desde 1932, José Vega y Andrés Escobar, que había sido mi compañero de relegación en la Isla de Pascua. Ambos se movilizaron rápidamente y empezaron a sacar en libertad a los delegados. Poco a poco, el juez los fue dejando salir. El que duró más tiempo preso, fue Chacón. Pero ni siquiera

273

esa enorme redada policial había logrado desbaratar el congreso de la FOCH, que siguió funcionando en San Miguel y que a todas sus tareas tuvo que agregar la de sacar en libertad a los presos.

La persecución se había desatado, principalmente, porque por aquellos días habían estallado los sucesos de Lonquimay, en que los campesinos de la región fueron diezmados por las balas de los carabineros, a cuya cabeza se encontraba el siniestro general Arriagada. El levantamiento de Ránquil fue en realidad una rebelión espontánea, no preparada, un estallido de cólera de campesinos esquilados durante siglos y a quienes se les estaba terminando de quitar sus pobres y escasas tierras. La represión desencadenada por el gobierno de Alessandri fue simplemente salvaje: un eslabón más de la larga cadena de masacres que han ensangrentado la tierra chilena: Iquique, San Gregorio, Punta Arenas, La Coruña, Copiapó, Vallenar, Santiago, Lota, Coronel, y que luego habría de completarse con muchas otras más. En los hechos de Lonquimay perdió la vida Juan Segundo Leiva Tapia, un hombre que habría podido rendir mucho más a su clase, pues era un dirigente decidido, leal e inteligente.

En febrero de 1935, provisto de un pasaporte falso, partí a Buenos Aires a trabajar en el organismo directivo de la CSLA, que desde Montevideo se había trasladado a la Argentina, donde funcionaba en la clandestinidad. En mi pasaporte, yo figuraba como electricista y para justificar mi permanencia en Buenos Aires, hacía algunos trabajos de electricidad. En el comité de la CSLA había dirigentes obreros de Argentina, Uruguay, Paraguay y Chile.

Dos veces estuve a punto de caer en manos de la policía: en una circunstancia en que iba en busca de correspondencia y luego, una noche en que me recogía dormir, en el mismo local donde funcionaba la CSLA

274

precisamente esa noche cayó por allí la policía, allanó el local e hizo "cantar", apelando a las flagelaciones, a un muchacho que cuidaba la oficina. Me refugié en casa de un extranjero y pude salvarme así de los malos momentos que habría pasado en manos de la "Especial".

En diciembre, la CSLA acordó enviar tres observadores a un llamado Congreso Latinoamericano del Trabajo, que iba a celebrarse en Santiago, bajo los auspicios de la OIT. Nos designaron al uruguayo Martínez, a un argentino y a mí y partimos separadamente hacia Santiago. Yo llegué en un avión, muy correctamente vestido, y cuando me preguntaron en Los Cerrillos dónde iba a alojarme, contesté con toda tranquilidad.

—En el hotel Carrera.

El Congreso no tuvo en realidad, mucho interés para nosotros. Se inauguró en el salón de honor del Congreso. Apenas terminó, los tres delegados de la CSLA tuvimos que escondernos porque la policía andaba en su elemento buscando obreros revolucionarios entre los delegados. El estallido de una huelga de los ferroviarios y sus consecuencias me impidieron regresar a Buenos Aires, como se verá en seguida.

La huelga de los ferroviarios estalló el 3 de febrero de 1936 y tuvo por origen la negativa del gobierno de Alessandri de pagar su gratificación a los empleados y obreros de estos servicios, que

ellos habían conquistado dos años antes, mediante una sostenida y tesonera lucha. Los tres organismos sindicales de los trabajadores del riel, la antigua Federación Santiago Watt, la Federación Ferroviaria de Chile y la Federación de Empleados Zona Sur se unieron y designaron un comando único que centralizaba la lucha por la gratificación. El Gobierno no halló nada mejor que provocar a los trabajadores, apresando a sus dirigentes. La huelga estalló entonces, y fue uno de los movimientos más importantes de esa época. Durante diez días, en las primera y segunda zona ferroviaria, los trenes de pasajeros y carga se paralizaron, aunque no totalmente; pero en tercera zona, que comprendía de Talca a Puerto

275

Montt, no se sintió el rodar de una rueda sobre los rieles. Defectos de organización y también graves defectos en nuestro trabajo de provocar la solidaridad obrera hacia los compañeros ferroviarios, condujeron a la pérdida de este movimiento, que el gobierno remató al lanzar hacia la cesantía y el hambre a seiscientos ochenta obreros y empleados. Estos sólo vinieron a ser reincorporados tres años más tarde, cuando triunfó en la lucha presidencial de 1938 el abanderado del Frente Popular Pedro Aguirre Cerda.

El mismo día 3 de febrero, busqué contacto con el comando de la huelga, porque se trataba de conseguir para ellos el apoyo solidario de todos los trabajadores y pasé a la clandestinidad, dejando la casa en que vivía con mi compañera Laura Díaz y Juanita, mi hija de cortos años.

Celebrábamos las reuniones en distintas casas y participaban en ellas los ferroviarios en huelga, los sindicatos legales y la FOCH, representada por mí, en mi calidad de secretario general.

Una noche tuvimos una reunión en la calle Santa Elena, en la casa de un obrero socialista. Estábamos vigilados y, además, había, según se dijo después, soplonés entre los propios participantes. Durante la reunión, alguien abandonó la casa diciendo que tenía una cita con el propietario del diario "La Opinión", Juan Bautista Rosetti, quien había prometido un aporte económico para ayudar a la huelga. El caso es que unos minutos más tarde se dejó caer la policía de investigaciones, rodearon la casa y nos detuvieron a los diez que estábamos allí. Nos metieron en dos automóviles y salieron con nosotros para el cuartel de General Mackenna.

En el automóvil uno de los agentes me preguntó de pronto:

—¿Qué va comiendo?

No respondí, para que no se diera cuenta, por mi voz de que efectivamente iba comiendo algo. Me iba comiendo un documento que en ese momento habrían sido muy comprometedores. Cuando llegamos a General

276

Mackenna llevaba ya en el estómago, bien triturada, escrupulosamente masticada, toda la hoja de papel.

Con el pretexto de quebrar la huelga, el gobierno de Alessandri había desatado, como dije, una tremenda represión y pedido al Congreso facultades extraordinarias. Desde entonces se ha abusado extraordinariamente de este recurso; los gobiernos de González Videla e Ibáñez, gemelos en su antiobrerismo y en su adversión a la libertad, se han aprovechado de tales facultades extraordinarias para descargar horribles persecuciones contra los trabajadores. Por esos días, el cuartel de investigaciones, cuyo director general era un ex mecánico dental, Waldo Palma, hervía de movimiento. Entraban y salían presos y los agentes pasaban mucho más tiempo ocupados vigilando a los políticos y a los dirigentes obreros que a los ladrones y maleantes.

Yo sabía, por la experiencia de otros compañeros que habían tenido la desdicha de caer en manos de los agentes, que en General Mackenna no tenían muchos escrúpulos con los detenidos políticos. Los "hábilos interrogatorios" estaban a la orden del día y después de ellos, compañeros que habían entrado sanos y fuertes a los calabozos de investigaciones, salían desmoronados, con la salud resentida, y muchas veces con el cuerpo lleno de recuerdos de las violencias físicas.

Me llevaron a un calabozo y después de algunos interrogatorios, me sacaron de allí, me golpearon un poco y volvieron a llevarme a la celda, para volver a sacarme poco después. Yo no sé si aquello formaba parte de sus tácticas de ablandamiento; el caso es que cuando lo devolvían a uno al calabozo y uno creía que por fin iba a poder dormir, a descansar cuando menos, lo sacaban otra vez y venían nuevos interrogatorios y nuevos golpes.

Después me llevaron a una especie de calabozo que era como un pasillo subterráneo que según dicen, comunicaba por debajo de la calle General Mackenna, el cuartel de investigaciones con la cárcel pública. El suelo estaba lleno de agua y de barro y había allí una

277

serie de instalaciones propias de una Inquisición criolla aunque modernizadas, pues no faltaba ni siquiera la consabida máquina para aplicar la corriente eléctrica, un magneto con una especie de tubo. ¿Qué pensarían hacer conmigo? Yo estaba curtido de cárceles. Las había conocido a través de todo el país y también en Argentina y en Uruguay. Pero la verdad es que por primera vez me veía frente a la posibilidad de que me torturaran físicamente.

En el extraño calabozo había cuatro agentes que comenzaron a interrogarme, interesándose de preferencia por saber dónde vivía. Les di la dirección de San Antonio 58, que era un local sindical abierto a todo el mundo. Pero la respuesta no los satisfacía. ¿Para qué querían saber mi dirección? ¿Tal vez para buscar documentos comprometedores o algo así? ¿Acaso para tomar represalias con mi familia? —¿Dónde vives? —En San Antonio 58.

Pero no me decían "¿dónde vives?" a secas, sino que agregaban insultos y palabrotas que no me propongo reproducir.

Empezaron a golpearme. Me pegaron en el estómago, en el pecho, en la espalda. En la cara no me golpearon, tal vez para no dejar manchas muy visibles. Después de pegarme un buen rato, volvían a preguntar: —¿Dónde vives, tal por cual? Y yo invariablemente respondía: —En San Antonio 58.

Volvieron a pegarme. Después, como se convencieron de que los golpes eran inútiles, se decidieron a hacer funcionar la máquina eléctrica. Mientras dos trataban de aplicarme la corriente, los otros dos me sujetaban. Pero yo me debatía, me movía constantemente para hacerles más difícil su tarea y evitar que mi cuerpo recibiera las descargas eléctricas. Sin embargo, sentí fuertes golpes de corriente en varias partes del cuerpo. El braguero elástico que desde hace muchos

278

años uso por mi hernia, les impidió cumplir del todo el objetivo que se habían propuesto: aplicarme la corriente eléctrica en los testículos.

—¿Dónde vives...?, volvían a la carga los agentes. Mejor es que lo digas, mira que te vamos a secar a patadas.

-En San Antonio 58.

Cuando se cansaron de maltratarme, era ya medianoche, me llevaron a la oficina de Waldo Palma, un hombre alto, feo, delgado, moreno, con grandes ojos hundidos y una figura de traidor de película. Se hallaba en compañía de un señor de aire extranjero, vestido de *smoking*, que no habló

una sola palabra durante todo el tiempo que estuve allí. Me fotografiaron a granel, por todos lados, de frente, de perfil, antes que pudiera protestar frente al jefe de investigaciones:—¡Me han pegado!

—Aquí no se le pega a nadie, me respondió seca y cínicamente Waldo Palma.

—¿No? ... ¿Quiere ver las muestras? ... Me han aplicado la corriente eléctrica... Me han flagelado todo lo que han querido.

—Está equivocado, señor. Aquí no se flagela a los detenidos.

Yo no iba a ponerme a discutir. Las flagelaciones a los presos políticos y comunes, los "hábilés interrogatorios", los criminales métodos para arrancar confesiones, los conocía todo el mundo.

Los habían usado en investigaciones por largos años. Los practicó Eugenio Castro, en los viejos tiempos, y don Tancredo Pinochet los puso al desnudo en su sensacional campaña contra aquel prefecto. Después, durante la dictadura de Ibáñez, habían alcanzado gran perfección bajo el cuidado de Ventura Maturana. En los cien días que gobernó Carlos Dávila se habían extremado las cosas, cuando se fondeó en la bahía de Valparaíso al profesor Anabalón ... ¿Y qué decir del periodista Luis Meza Bell, director de "Crónica", asesinado por agentes de investigaciones? ... Ahora, en tiempos de Alessandri y bajo

279

la dirección del siniestro Waldo Palma, todo seguía absolutamente igual en General Mackenna.

Pero yo comprendí que estaba perdiendo el tiempo. Con esa gente no se discute.

Más tarde, cuando me trasladaron al calabozo, uno de los detenidos "por la patilla", me dijo:

—¿No conoce, señor, a los que le pegaron?

—No.

—Uno de ellos eran Quintín Romero.

Nada menos que Quintín Romero, el ex campeón de box, que por esos días, terminada su carrera pugilística, había sentado plaza de agente de investigaciones. Yo no lo conocía y ni aún ahora podría afirmar que se trataba de él. No tenía otro testimonio que el de un maleante preso "por la patilla". ¡Pero sí era así, no se podía negar que Waldo Palma sabía aprovechar la fuerza de los puños del viejo campeón!

* * *

Al día siguiente me llevaron a Alameda-Sur, donde estaba instalado el fiscal militar y sólo entonces supe que yo, como los otros compañeros, estaba detenido y siendo juzgado ¡por desacato al Ejército... ! A poco de comenzar los interrogatorios, el fiscal militar comprendió que no tenía nada que hacer en este asunto ni con semejantes personas. Entonces nombraron, para que se abocara al proceso, al ministro de la Corte de Apelaciones, señor Pedro Silva Fernández.

Los interrogatorios fueron largos y fatigosos. El ministro quería saber qué participación teníamos nosotros en la huelga ferroviaria, pero no le dimos en el gusto de decírselo.

Nos sacaron de investigaciones y nos llevaron a la Penitenciaría, donde nos instalaron en el famoso "patio Siberia", cerca de la pieza que ocupaba Barceló, condenado a muerte por el asesinato de su esposa, que era hija de la escritora Inés Echeverría (Iris). El ministro fue a interrogarnos allí, nos careó, nos comunicó, volvió

280

a carearnos. Después nos trasladaron al patio nueve de la Penitenciaría, donde había varios presos políticos, como Luis Solís Solís, de los sindicatos legales; el “ñato” Hermosilla, más tarde un repugnante traidor a la clase obrera; el ferroviario de San Bernardo Acevedo y muchos otros. Algunos salían en libertad, pero sus huecos se llenaban con otros detenidos.

Llegaron también algunos que según se decía habían participado en un complot para apoderarse del Estado Mayor del Ejército. Los domingos, día de visita, llevaban a los presos políticos al patio número uno, que era un poco más decente, para que vieran allí a sus parientes y amigos, mientras el patio nueve quedaba exclusivamente para los reos comunes.

Un domingo del mes de abril, no nos llevaron al patio uno y luego, el viernes santo, no nos permitieron ver a nuestros familiares. ¿Qué diablos pasará?, me preguntaba yo. Pero ni presos ni guardias podían aclararme las dudas. Ese mismo día llegaron tres agentes y me sacaron, acompañado de Víctor González, un obrero estucador de larga historia en las luchas obreras. A los dieciséis años lo habían relegado a Más Afuera y muchas veces lo habían tenido preso. Nos metieron en un automóvil.

—¿Dónde nos llevan?

—Ya lo sabrán. Por el momento, lo único que tenemos que recomendarles es que no hagan alarde de su presencia en ninguna parte. Si no ... La amenaza quedó pendiente, pero Víctor González no les hizo caso. El automóvil se había detenido en la Estación Mapocho y cuando nos hallábamos en el andén, entre centenares de pasajeros, Víctor gritó a todo pulmón:

—¡Aquí llevan preso al compañero Elias Lafertte ... !

Nos metieron en un carro y nos llevaron a Calera, donde había expectación entre los obreros, que querían vernos. Allí nos metieron en un coche de tercera clase del "Longino" en viaje con destino desconocido. Cada vez que preguntábamos dónde nos llevaban, los

281

agentes enmudecían. ¿Para qué tanta reserva? Durante todo el viaje fuimos recibiendo muestras de simpatía de los obreros. En Ovalle y en Coquimbo, los ferroviarios nos saludaron en la estación. En La Serena subieron hombres y mujeres que nos llevaban diarios, fruta, comida y dinero. Nosotros hablábamos con ellos sin hacer caso de los "tiras". En Inca de Oro, un asiento minero al norte de Copiapó, subieron dos mineros, los hermanos Hevia, y nos entregaron quinientos pesos. Pero nadie sabía decirnos a dónde nos llevaban ni para qué. Es habitual que a toda persona condenada por la justicia se le dé a conocer el fallo que le afecta, pero estas consideraciones no regían para los obreros comunistas.

En la noche del día siguiente llegamos a Baquedano, nudo ferroviario de Antofagasta a Calama, donde nos esperaban dos pesquisas más. Nos subieron a un automóvil y nos llevaron rápidamente a Antofagasta, para burlar así a los obreros que se habían reunido en la estación a esperar a los presos. Una señora que había visto en el tren cuando nos bajaban, les contó:

—Los bajaron en Baquedano y los metieron en un automóvil.

Nos llevaron al cuartel de investigaciones y nos confinaron en el tercer piso, pero permitiéndonos recibir visitas de los compañeros. En el norte no se había sentido la represión desatada en Santiago y existía en cambio un gran sentimiento de expectativa por el debut del Frente Popular, que se había constituido poco antes, por las fuerzas radicales, socialistas, democráticas y comunistas. Más adelante me referiré a este extraordinario fenómeno político y a sus orígenes. La primera prueba, prueba de fuego que tenía que pasar la nueva herramienta política popular era una elección complementaria a senador, en la cual se llevaba como candidato a un terrateniente radical, el doctor Cristóbal Sáenz.

El día antes de la elección, uno de los compañeros nos dijo:

282

-Si triunfamos se los haremos saber. Pasaremos esta tarde por aquí y si nos ve con el puño en alto, es que el Frente Popular ha ganado la elección.

Pero antes de que los camaradas pasaran con su contraseña, ya nosotros sabíamos, por uno de los agentes, que el Frente Popular había pasado con buena nota su primer examen ante el tribunal de la opinión pública. Cristóbal Sáenz había sido elegido senador.

Sólo en Antofagasta, González y yo vinimos a saber el objeto de nuestro viaje al norte: el ministro Silva Fernández había dictado sentencia de extrañamiento contra nosotros y se nos llevaría a México. Se esperaba sólo que tocara en Antofagasta el vapor "Santa Bárbara", donde haríamos el viaje hasta Panamá, para seguir desde allí en otra nave hasta la tierra de Benito Juárez. Ya nuestros pasaportes habían llegado, diligentemente obtenidos por la policía.

El Primero de Mayo yo me encontraba enfermo de ictericia y era atendido —de mala gana, por cierto— por el Dr. Gregorio Oxman. El jefe de investigaciones de Antofagasta creyó demasiado peligroso que en un día como el Primero de Mayo nosotros estuviéramos en el tercer piso, donde nos hallábamos rodeados de ciertas comodidades, y nos hizo bajar y meter en un calabozo, mientras el cuartel era rodeado de un verdadero ejército de policías, para impedir quizás qué imaginaria acción de los obreros. Estos habían manifestado hacia nosotros un gran sentido de solidaridad, llevándonos ropas, comidas y toda clase de ayuda.

El día 4 de mayo, con gran despliegue policial, nos llevaron a bordo por el muelle Prat. Fueron a despedirnos, aparte de muchos compañeros trabajadores, los diputados comunistas Andrés Escobar y José Vega, el socialista Melitón Muñoz, el periodista radical Fernando Murillo Le Fort y otras personas. Por todo capital, Víctor González y yo llevábamos quinientos pesos chilenos y seis dólares. El Partido había tenido que pagar nuestros pasajes, porque esta es otra de las gracias habituales de los gobiernos burgueses: mandan a podrirse

283

a los obreros fuera de sus hogares y de sus sitios de trabajo y ni siquiera les pagan el alojamiento o el pasaje.

Antes de despedirme, conversé con los camaradas diputados.

—Compañeros, les dije, —quiero mandar un mensaje de despedida al Partido. Quiero que le digan a la dirección, que ningún destierro podrá torcerme ni doblegarme. Quiero que le digan también que, así como cuando me proclamaron candidato a senador la otra vez, yo me pronuncié porque el candidato fuera Torres Ríos, ahora yo pido ser candidato en marzo de 1937. Es la única forma de evitar estas persecuciones de los gobiernos reaccionarios.

Los compañeros prometieron transmitir este deseo a la dirección del Partido y el barco zarpó rumbo al norte.

XIX

Los marineros y oficiales del "Santa Bárbara" nos daban buen tratamiento. No podemos quejarnos de ellos. En Arequipa subieron a bordo dos policías peruanos a notificarnos que no podíamos bajar a tierra. Después de cumplir su misión, uno de ellos, un hombre joven, se puso a conversar aparte

con Víctor González y le dijo que lamentaba mucho tener que cumplir tales órdenes, pero que no tenía más remedio que hacerlo; le contó confidencialmente que era aprista.

En El Callao, igual notificación e igual prohibición. Menos mal que ahí pudimos cambiar nuestros escuálidos pesos chilenos, recibiendo ... doce dólares. En Guayaquil los tripulantes nos invitaron a bajar a tierra con ellos, diciéndonos que daban la película de Chaplín "Tiempos modernos". González obtuvo permiso y bajó. Regresó a bordo elegantemente vestido, con un traje que le habían comprado los marineros del "Santa Bárbara". Estos buenos amigos, antes de llegar a Panamá hicieron una

284

suscripción y nos reunieron veinticinco dólares. González y yo fuimos a sus camarotes a darles las gracias y les hablamos de la solidaridad entre los trabajadores, de cualquier nacionalidad o profesión que sean. Hubo intensa emoción entre todos. Algunos tripulantes chinos se hacían traducir nuestras palabras. Cuando terminamos, los marineros nos juntaron aún más dinero y se despidieron de nosotros abrazándonos. En Panamá fuimos llevados a la "Cuarentena". Se le daba este nombre a un recinto rodeado de rejas de alambre de púa donde permanecían todas aquellas personas que tenían alguna irregularidad en sus papeles o en su situación migratoria. Bajo dirección norteamericana, se seguía allí un régimen semicarcerario muy desagradable. Todo lo ordenaban con pitos. Pitazo para ir a comer, pitazo para retirarse a dormir, pitazo para apagar la luz... Enteramos once días en medio de un calor espantoso, que se traducía en un eterno sudor pegajoso en nuestros cuerpos. Era una espera mortal, esa del barco que había de llevarnos a México, durante la cual no teníamos otra entretención que leer "La Estrella", un diario bilingüe, editado la mitad en español y la mitad en inglés.

Un día, aburridos ya, hicimos un escándalo hasta que se presentó ante nosotros la gringa que había inscrito nuestros nombres y datos al llegar. Le dijimos que teníamos que ir a la ciudad de Panamá a hacer algunas compras. En realidad, más que nada queríamos ir para tomar contacto con el abogado Porras, un líder socialista panameño. Después de mucho pelear, la gringa nos prometió que podríamos salir al día siguiente, a las nueve de la mañana, pero que tendríamos que recogerlos a las cinco de la tarde. Si no, nos traería la Policía...

Porras, que después fue embajador de su país en Inglaterra, nos recibió en su oficina, en la Plaza Santa Ana, y nos invitó a almorzar en su casa. Conversamos largamente de la política en nuestros respectivos países y nosotros aprovechamos para contarle los primeros

285

triumfos del Frente Popular en Chile y las interesantes perspectivas que se abrían. A las cinco volvimos a la "Cuarentena" y dos días más tarde éramos embarcados en el vapor "Santa Isabel", que había de dejarnos unos días después en el puerto mexicano de Mazatlán, los últimos días de mayo de 1936. No tuvimos dificultades para desembarcar porque el Presidente de la República, general Lázaro Cárdenas, había mandado un telegrama a los servicios de Migración ordenando que se nos diese toda clase de facilidades. Pero, por otra parte, nos sentimos desalentados al ver que nadie, ningún dirigente obrero o político, nos esperaba en el muelle. Nos fuimos a una pensión barata, donde por un peso cincuenta, moneda mexicana, nos daban comida, una cama de lona y una colcha para dormir.

Andábamos felices de sentirnos en libertad, después de cuatro meses de cárceles. Nos paseábamos por calles y plazas mirándolo todo con los ojos llenos de alegría. México es todo colorido y la

primera impresión del que llega es así: uno casi se enamora del color y la musicalidad de México. Fuimos al sindicato de ferrocarrileros a ver si nos era posible conseguir pasajes libres hasta la ciudad de México. Al volver a la pensión, nos esperaba un enviado de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), que era dirigente de los obreros cinematografistas de Culiacán, Estado de Sinaloa.

—Compañeros, nos dijo, —los andaba buscando por todas partes. ¿Dónde diablos se habían metido? Me atrasé un poco y no alcancé a estar para la llegada del barco, pero traigo encargo de la CTM y, especialmente del compañero Lombardo Toledano de darles la bienvenida ... Dejen esto y vamos al hotel.

Pagó los gastos de la pensión y nos llevó al mejor hotel de la ciudad, donde se hallaban alojados pasajeros del "Santa Isabel" que venían en primera clase ... Nos paseó en automóvil, nos mostró la ciudad, nos llevó al cine, nos invitó a comer y nos dio cincuenta pesos a cada uno.

286

Al día siguiente nos embarcó hacia la capital, en segunda clase.

Al pasar por Guadalajara, la hermosa ciudad del Estado de Jalisco tan explotada por las películas mexicanas, vimos por primera vez la bandera rojinegra de la CTM al frente de un movimiento huelguístico, en una imprenta. Varios trabajadores estaban sentados bloqueando la entrada de la imprenta, amparados por la enseña huelguística. Estas guardias son muy corrientes, o mejor dicho se practican en todas, las huelgas en México. Un artículo de la legislación del trabajo señala que en caso de que los patrones no quieran someterse al fallo de los tribunales del trabajo, los obreros pueden tomar la industria y manejarla en cooperativa. Las guardias tienen por objeto velar porque nadie toque ni saque herramientas o bienes.

A las nueve de la mañana del siguiente día llegamos a México. En la estación nos esperaban el líder obrero Vicente Lombardo Toledano, el dirigente sindical Valentín Campa, el dirigente comunista Miguel Velasco y otras personas. Nos llevaron al hotel Canadá, donde estuvimos cuatro o cinco días, y después nos dedicamos a buscar un alojamiento más modesto, porque el dinero se nos terminaba y el porvenir se nos presentaba negro. Yo fui invitado a vivir en casa de una compañera, la doctora Ester Chaepa, casada con el periodista Arturo Lorenzo, y allí tuve siempre comodidades y atenciones que transformaron mi destierro en México en una etapa que no habría imaginado. En cuanto a Víctor González, halló trabajo como estucador en una empresa que dirigía un aprista peruano desterrado en México, de apellido Odiaga.

Asistíamos a todos los actos políticos, a los desfiles, a las concentraciones obreras y populares y seguíamos lentamente, la marcha de Chile y del mundo. En España acababa de producirse la brutal agresión del fascismo franquista, italiano y alemán contra la República y México comenzaba a ayudar efectivamente al legítimo

287

gobierno español, vendiéndole fusiles y municiones y mostrando una gran solidaridad antifascista.

Por aquellos días se produjo en México una de las huelgas más importantes que he presenciado, la de los electricistas, que reclamaban mejores salarios. Durante diez días estuvieron parados los tranvías, los cines, las minas, las fábricas y México no tuvo alumbrado público ni particular. Todas las gestiones para arreglar el conflicto fracasaban, incluso una realizada por Luis I. Rodríguez, entonces secretario particular del Presidente Cárdenas y más tarde embajador en Chile. Pero Cárdenas era un leal amigo de los obreros y cuando todos estos afanes se hubieron agotado, tomó en

sus propias manos el problema y en menos de veinticuatro horas solucionó la huelga, ganándose la gratitud de los trabajadores, que quedaron conformes con su intervención.

El 20 de noviembre, aniversario de la Revolución Mexicana, asistí al gran desfile obrero que se realiza todos los años en el Zócalo, frente al Palacio de Gobierno, y que por su magnificencia evoca los desfiles del 7 de noviembre en la Plaza Roja de Moscú. Me tocó ir en primera fila, a la cabeza de las organizaciones obreras, del brazo de Lombardo Toledano y otros dirigentes, como se acostumbra en México. Me pidieron que hablara al pueblo desde la tribuna que se había levantado y tuve el orgullo de que la voz de los trabajadores chilenos resonara allí, junto a la del pueblo mexicano y de la República Española en guerra, que estaba presente en el espíritu de todos. El desfile duró desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde. Conocí en esa oportunidad a importantes personalidades de la República Española, como Marcelino Domingo y Gordon Ordaz, este último embajador de España en México.

Participé en los comités de ayuda a la República Española, me relacioné con desterrados centroamericano y trabé firme y duradera amistad con el escritor y líder de los trabajadores cubanos Juan Marinello.

También me relacioné con los obreros gráficos y en

288

más de una ocasión acompañé a Lombardo a concentraciones que se realizaron en provincias. En un mitin que se verificó en la ciudad de Puebla, habló Víctor González. Recibí muchas muestras de afecto. Un día me llegaron diez dólares que desconocidos amigos de Estados Unidos me enviaban para mi sustento. Conocí las tardes de toros, la fiesta favorita de los mexicanos, el fútbol y las grandes ceremonias del 16 de septiembre, aniversario nacional, en que el Presidente hace sonar en la ventana del Palacio de Gobierno la campana de la iglesia de Dolores, la misma que tocó el cura Hidalgo en 1810 para llamar a la insurrección contra los españoles.

Me vinculé, en fin, intensa y estrechamente a la vida del pueblo mexicano.

289

290 (en blanco)

QUINTA PARTE

DEL FRENTE POPULAR AL FRAP

291

292 (en blanco)

X X X

El primer domingo de marzo de 1937, yo esperaba nerviosamente en la capital de México las noticias de Chile. En cartas de los compañeros, nos habían llegado hasta el destierro noticias sobre los avances del Frente Popular, que empezaba a prender en las masas chilenas, por más que entre los dirigentes se desarrollaban intrigas y maniobras subterráneas por el predominio de una o de otra de las fuerzas que lo constituían.

Tenía algunos amigos en el diario del gobierno de México, "El Nacional", y allí me enteré por las noticias cablegráficas de que nuestro Partido y el Frente Popular habían obtenido sonados triunfos en las elecciones de parlamentarios. Yo mismo acababa de ser elegido senador por las provincias del norte y me dispuse a regresar de inmediato a Chile.

Jamás Víctor González o yo habíamos visitado la Embajada de Chile en México, pero el cónsul Domingo Barros Parada nos buscó para comunicarme oficialmente mi elección. El mismo se encargó de arreglarnos los pasaportes y llevarlos a la casa en que yo vivía. El Partido había pagado los pasajes para que volviéramos en uno de los barcos japoneses de la línea Nippon Yusen Haisha, que hacían el servicio entre Manzanillo y Valparaíso, pero habíamos recibido una invitación de obreros chilenos residentes en Nueva York para que visitáramos esa gran ciudad. El cónsul Barros Parada nos ayudó a cambiar los pasajes para que en vez de embarcarnos en Manzanillo, lo hiciéramos en Nueva York.

Salimos, pues, hacia Estados Unidos, pero nos atajaron en la frontera de Laredo, no por parte de los norteamericanos, sino de los mexicanos, pues habíamos omitido el trámite de obtener el permiso de salida. Rápidos telegramas enviados al Presidente Cárdenas, a

293

Lombardo Toledano y al secretario general del Partido Comunista, Hernán Laborde, allanaron las dificultades y pudimos seguir viaje hacia Nueva York en tren, a través de Saint-Louis Missouri. Tres días permanecemos solamente en la enorme ciudad norteamericana, viendo cuanto nos fue posible ver y asombrándonos a cada paso de su inmenso poderío industrial. En el Club Obrero Chileno se nos ofreció un banquete, en el cual conocí a compatriotas que residían allí por largos años, como Ernesto Silva, el dibujante Benjamín Díaz Ossa, el ferroviario Romo y otros. Visitamos el "Daily Worker", el diario de los comunistas yanquis, donde conocimos a algunos compañeros.

Tres días más tarde tuvimos que embarcar en el vapor "Santa Clara", de Grace, y después de pasar, por primera vez, el Canal de Panamá, entramos al Pacífico y llegamos a Arica, donde nos esperaban Carlos Contreras Labarca, Justiniano Sotomayor, Juan Guerra. Allí mismo me informaron de los progresos alcanzados. El Partido estaba en la legalidad y un buen número de diputados había sido elegido, entre los que se contaban Carlos Contreras Labarca, nuestro secretario general, Vega, Guerra, Andrés Escobar, Chamudes y Pairoa.

Después de un mitin en Arica, seguimos viaje en dos automóviles hasta Iquique y después de varios mítines en la pampa salitrera, la región que me había hecho senador, continuamos a Tocopilla. El primero de Mayo participé en actos en María Elena y Pedro de Valdivia, terminando esa jira en Sierra Overa, provincia de Antofagasta. Seguimos a Pueblo Hundido, donde nos esperaban los mineros Hevia que nos llevaron en automóvil a Inca de Oro, para participar en un mitin en un teatro.

Después seguí a Santiago, donde pude encontrar por fin a mi compañera y a mi hija Juanita, que había crecido mucho. El 15 de mayo asistí a una sesión preparatoria del Senado. Aparte de mí, habían sido elegidos senadores por las provincias del norte, Oscar Schnake,

secretario general del Partido Socialista, el radical Osvaldo Hiriart Corvalán, el conservador Miguel Cruchaga y el liberal Fernando Alessandri Rodríguez.

* * *

En octubre de 1937, después de haber participado en algunos debates del Senado con discursos de carácter crítico, pero también constructivo —entre los cuales recuerdo el que se refería a la parcelación de los fundos de Salamanca, que empujaba el senador por Coquimbo Abraham Gatica— tuve que salir de viaje. Esta vez, tres dirigentes del Partido habíamos sido invitados a asistir a la celebración del vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre, en la URSS, y se acordó que fuéramos Galo González, Raúl Barra Silva y yo. Galo y yo nos embarcamos juntos y posteriormente lo hizo Barra. Pasamos por Nueva York, donde conversamos con Earl Browder, a la sazón secretario general del Partido Comunista de Estados Unidos, y seguimos viaje a Europa en el vapor "Queen Mary", una inmensa ciudad flotante y en aquellos días el barco más grande del mundo.

Desembarcamos en Cherburgo y seguimos por tren hacia París, donde tuvimos que esperar algunos días, porque aún no se recibía en el consulado soviético la autorización para otorgarnos las visas. En París existía una gran agitación y aunque gobernaba el país el Frente Popular, con el socialista León Blum como Primer Ministro, había muchas restricciones políticas. La presión popular para que el Frente Popular francés ayudara al gobierno de la República Española, se estrellaba contra la actitud de Blum, empeñado en una anticipada "no intervención". Una delegación española que iba a Moscú a participar en la celebración de la Revolución de Octubre, no pudo desembarcar en París y las puertas del tren en que viajaba fueron cerradas con llave.

Asistimos Galo y yo a un mitin en el Palacio de los Deportes, para llamar a la solidaridad con la

República Española, en el que hablaron el anciano líder comunista francés Marcel Cachin, la diputada socialista Margarita Nelken y el español Juan Comorera, entonces secretario general del Partido Socialista Unificado de Cataluña.

Mi visación fue la primera que llegó, y el 4 de noviembre partí hacia Moscú, mientras Galo aguardaba en París. En Viena perdí el tren y tuve que quedarme ocho horas esperando el tren de Italia. Llegué a Varsovia, pero me encontré allí con que todos los trenes hacia Moscú iban llenos y hube de esperar hasta el día siguiente. Por fin, el día 7 a las diez de la mañana llegué a la capital soviética y fui conducido al Hotel Moscú. Por las calles se veían largas colas de gentes que avanzaban en el desfile hacia la Plaza Roja. Era imposible ya presenciar las fiestas de ese día, pues el inmenso gentío impedía todo acceso hacia la Plaza Roja. Mi intérprete, el camarada Glasbau, era un viejo amigo. Lo había conocido en mi viaje anterior, seis años antes, y habíamos simpatizado mucho.

—Prepárese, camarada Lafertte, me dijo. - Vamos a salir en una jira por el país, que durará aproximadamente un mes. Irán cuatro o cinco latinoamericanos y numerosos españoles.

En los alrededores de Moscú y Kíev fuimos a visitar hogares, colegios y granjas donde se hallaban los niños españoles que habían sido llevados a la URSS para librarlos de los riesgos de la guerra, y sobre todo del hambre. Estaban en espléndidas condiciones materiales, como pudimos constatarlo,

pero, sin conocer aún la lengua rusa, lejos de sus padres y de su tierra, los niños experimentaron honda emoción al hallarse entre gentes que hablaban el español. Cuando nos despedimos de ellos, nos abrazaron y nos besaron, y muchos lloraban.

Volví a ver la represa de Dniepostroi que ahora, terminada y en pleno funcionamiento, se llamaba Dnie-progress. Visitamos Kíev, la nueva capital de Ucrania, y durante más de veinticinco días viajamos por

296

distintas ciudades en un tren especial, conociendo distintos aspectos de la vida soviética, admirando sus koljoses o granjas colectivas, sus óperas, sus casas de la cultura, las fábricas, las plantas de la industria pesada y la vida de los obreros y campesinos. Al regresar a Moscú, encontré a Galo González y a Barra Silva y con ellos fui a Leningrado a despedir a los españoles —comunistas, socialistas, anarquistas y republicanos— que iban a embarcar de regreso a su país. Pero el mar estaba helado y fue necesario postergar la salida, lo que aprovechamos para visitar algunas fábricas. Recuerdo que un día, en una fábrica de calzado, asistimos a una asamblea de trabajadores en la que hubo de parte de éstos, fuertes críticas a la dirección de la industria. Al final pidió la palabra Bedra, una anarquista española, quien lloró de emoción al decir:

— Camaradas, yo creía que en la Unión Soviética no existía la crítica, pero tengo que confesar que todo lo que he visto en este viaje, me ha hecho cambiar de opinión.

Después que los españoles hubieron partido, nosotros regresamos a Moscú, donde presenciamos las elecciones de diputados al Soviet Supremo el 12 de diciembre de 1937 y escuchamos por radio la proclamación del camarada Stalin, candidato a diputado también, realizada en el Teatro Bolshoi. Conocimos a Dimitrov y Manuiski en las oficinas del Comintern y en marzo de 1938 salimos de regreso por tren, hacia Francia, a través de Polonia. Como a Galo González y a Barra Silva les negaran la visa norteamericana, se embarcaron de regreso en el vapor inglés "Reina del Pacífico". Yo me embarqué hacia Nueva York, seguí hasta Arica en un vapor de la Grace Line y desde allí, por avión a Santiago, para alcanzar a llegar al Congreso que el Partido estaba realizando en su local de Rosas esquina de Puente, en el cual se ratificó la política del Frente Popular seguida hasta entonces.

297

XXXI

La idea del Frente Popular, como herramienta para que el pueblo alcanzara grandes progresos en muchos países del mundo, nació en el Séptimo Congreso de la Internacional Comunista, que se celebró en Moscú en 1935. Y digo la idea, porque naturalmente esa consigna tenía que variar, de acuerdo con las condiciones de cada país. En Chile, por ejemplo, país sometido al imperialismo, no íbamos a hacer un Frente Popular igual que en Francia, que es un país imperialista. Pero se trataba de unir a las fuerzas democráticas, las de extracción obrera con las de la pequeña burguesía en una agrupación destinada a conservar —o implantar— regímenes democráticos, impidiendo el desarrollo del fascismo. Desde Alemania e Italia, el fascismo se iba generalizando poderosamente en distintos países y donde quiera que surgía, era alentado por imperialistas, terratenientes o grandes burgueses para mantener a raya a las fuerzas obreras.

En Chile existía también un grupo nazi bastante fuerte, que reconocía como "führer" o jefe, al abogado Jorge González von Marées y como ideólogos al economista Carlos Keller y los periodistas René Silva Espejo y Fernando Ortúzar Vial, hoy flamantes demócratas. Esta gente irrumpía en las concentraciones obreras y asaltaba los mítines populares, desencadenando una violencia desconocida en el país. El Partido nunca los siguió en sus provocaciones, pero a veces fue preciso defenderse de sus ataques armados y entre los años 1935 y 1937 hubo encuentros en que quedaron heridos graves. En una de estas escaramuzas, los nazis asesinaron al joven socialista Héctor Barreto, que era toda una promesa política y literaria.

Pero el Frente Popular, como lo concebíamos nosotros, debía ir más allá y luchar por transformaciones sustanciales en la economía chilena, manejada por los grandes hacendados y los imperialistas yanquis. El secretario general del Partido, Carlos Contreras Labarca, había participado en el Séptimo Congreso de la Internacional

298

y al regresar a Chile nos habló con gran entusiasmo de esta herramienta política. Existía ya en nuestro país, algo que podía ser el esqueleto del Frente Popular y que era el Block de Izquierdas, organismo del que formaban parte el Partido Socialista, el Radical Socialista, el Partido Democrático y un grupo de expulsados de nuestro partido que se hacían, llamar pomposamente Izquierda Comunista. Nuestra idea fue la de transformar este organismo en un amplio Frente Popular.

Por otra parte, desde mucho antes se venían realizando gestiones de acercamiento entre todos los partidos democráticos. Recuerdo que en 1935 se produjo la vacancia de una senaduría por Santiago. Los socialistas, que eran ya un partido muy fuerte, pensaron en lanzar la candidatura del escritor Ricardo Latcham, a la sazón regidor municipal de Santiago. Pero nosotros pensamos que uniría más a las fuerzas democráticas, la candidatura de un periodista radical-socialista, Juan Luis Mery. Mery había sido procesado por el gobierno de Alessandri a raíz de una campaña que había hecho en el diario "La Opinión" contra el acuerdo Ross-Calder, y la justicia había dictado contra él sentencia de expatriación. Lo buscamos y le dijimos que no se fuera, porque íbamos a luchar por hacerlo senador. Una vez alcanzado el triunfo, la sentencia quedaría nula. Incluso escondimos a Mery, que temía ser apresado. Sólo salió de su "fondeadero" para hablar en los funerales del político radical Pedro León Ugalde, fallecido por aquellos días. También habló Chamudes y él y otros oradores plantearon la necesidad de unirnos en un fuerte y poderoso bloque. En la elección, Mery obtuvo más votos que su contrario, pero la reacción, mediante uno de sus hábiles trucos, hizo elegir al conservador Ureta.

Tengo que decir, entre paréntesis, que el hecho de que no apoyáramos la candidatura de Latcham en esa ocasión, por motivos exclusivamente políticos, que él comprendió, no afectó la buena amistad que tenía este

299

intelectual con los comunistas. Él era un decidido partidario del Frente Popular y combatió por él dentro de su partido. Un tiempo después, fines de 1937 y comienzos del 38, una fracción del P.S., encabezada por Latcham y Amaro Castro, ambos diputados, se desprendió del tronco socialista por desacuerdo político con la línea de Oscar Schnake. Ellos tenían un pensamiento más afín con nosotros y he ahí que Latcham y Castro solicitaron su ingreso al P.C., el que les fue acordado. Castro incluso asistió a un pleno de nuestro Partido. Pero después ni ellos ni nosotros movimos la

cuestión de la afiliación, quizás con el ánimo de no empeorar las relaciones, ya bastante malas, con el P.S., y el tiempo diluyó estas relaciones.

Así, pues, al lanzar, el año 35 la idea del Frente Popular, pusimos el acento en los problemas de la liberación nacional, tan importantes para nosotros, en la huella que por aquellos días seguían los chinos. Algunos políticos de diferentes partidos, acogieron la idea con enorme entusiasmo, como Rosetti, Justiniano Sotomayor y, sobre todo, Juan Antonio Ríos, que era presidente del Partido Radical. Conversamos mucho con Ríos y él comprendió que era el camino más adecuado para derrotar al fascismo y a la derecha, que se disponía a elegir, en 1938, a su personero más antipático y antipopular, Gustavo Ross, como Presidente de Chile. Ríos nos ayudó mucho en las gestiones preliminares para formar el Frente Popular. Hubo ocasiones en que el secretario general del P.C. tenía que sostener entrevistas con otros políticos a escondidas de la policía. Pues bien, muchas de estas conversaciones se desarrollaron en el automóvil de Juan Antonio Ríos, manejado por él mismo.

Quien lanzó la idea del Frente Popular entre los radicales y la defendió con ahinco, calor y valentía, fue Justiniano Sotomayor, que se transformó en el campeón de la iniciativa. Pero la derecha radical, el sector latifundista, que incluía a don Pedro Aguirre Cerda, Duhalde, Figueroa Anguita, los Moller, Cristóbal Sáenz, etc,

300

combatía a muerte la idea del F.P., en defensa de sus intereses agrícolas. ¡Quién iba a decir, andando los días, que Sáenz sería el primer senador del Frente Popular y Aguirre Cerda, el primer presidente!

Por otra parte, hallamos en el Partido Socialista un tremendo obstáculo para llevar la idea adelante. ¿A qué se debía esta oposición, cuando los socialistas de diversos países, como Francia y España, por ejemplo, formaban ya en los frentes populares y habían visto que era la forma más adecuada en esa época para luchar contra los fascistas y reaccionarios? La cosa era muy sencilla: la Izquierda Comunista se había vaciado en el P.S. y aunque eran pocos, pesaban mucho en las decisiones del partido. Hidalgo, Mendoza, Neut Latour, Zapata y unos cuantos más que habían sido expulsados de nuestro Partido, eran ahora, según decían, "generales" en la tienda socialista, y en verdad, tenían una fuerte influencia en la dirección del P.S.

Capitaneaba a los trotskistas Manuel Hidalgo, quien, desde los días iniciales del P.C., en 1921, se había mostrado como hombre personalista, poco amigo de respetar las decisiones colectivas. Ya el año 1922, cuando en el Congreso de Rancagua el Partido Obrero Socialista se transformó en Partido Comunista afiliándose a la internacional, Hidalgo se opuso. Mientras Recabarren mostraba sus hechuras de sindicalista revolucionario, Hidalgo no era otra cosa que un reformista. En 1925 fue elegido senador y ya he relatado cómo se comportó al subirse al carro de Ibáñez. Con él, otros hombres del Partido tuvieron igual actitud, como los diputados Corcova, Pedro Reyes, Sepúlveda Leal, Quevedo y el senador Carmona, por Antofagasta. Hay artículos firmados por algunos de estos caballeros que se publicaron en "La Nación", donde se atacan las decisiones del P.C. y se alaba a Ibáñez. Pero Hidalgo seguía en el Partido y cuando Ibáñez formó la Cosach, se le encomendó leer un discurso en el senado, en el que se combatía violetamente esta medida. De malas ganas, obedeció.

Pero más tarde, se le escribió un nuevo discurso que

301

debía leer, contra una ley represiva que Ibáñez había mandado al Parlamento, e Hidalgo, que no se atrevió a afrontar las iras de palacio, se negó a hacerlo. Entonces se acordó marginarlo. Pero gracias a la debilidad orgánica del Partido, este hombre seguía acudiendo a reuniones, aunque ideológicamente estaba a cien leguas. El año 30 se le expulsó definitivamente, porque ya había formado, con Mendoza, un grupo, que se hacía llamar abiertamente "trotskista" y se proclamaba antisoviético. Cuando trotskistas y comunistas se hallaban desterrados en Aysén, el año 31, Mendoza y compañía echaron a correr la especie de que un marinero había escuchado en la radio de la Armada una información según la cual Trotsky había dado un golpe de Estado triunfante en Moscú y Stalin había sido fusilado...

En realidad, en una época hubo cierta confusión en el elemento obrero, pues como estos señores se hacían llamar Izquierda Comunista, algunos creyeron de buena fe que ellos formaban el verdadero Partido Comunista.

Era, pues, con esta gente la que había que luchar y con la derecha radical.

Creo que lo verdaderamente serio que consiguió el Partido en esos días fue promover un debate verdaderamente nacional, que rebasaba ya los marcos de partidos, sobre el Frente Popular. Todo el mundo hablaba sobre eso, los diarios lo debatían y, sobre todo, las masas empezaban a interesarse en el asunto y a considerar las proyecciones de esta iniciativa política. Chile, por aquellos días, puede decirse que se remeció con la cuestión del Frente Popular. Nuestro Partido hizo un gran esclarecimiento en el país, en concentraciones, actos, publicaciones, folletos, prensa, etc. Fuimos incluso a los partidos amigos —y no amigos—, a mostrar las ventajas de nuestro planteamiento, a veces en condiciones bien difíciles. Contreras Labarca estuvo en dos congresos socialistas y habló entre rechiflas, gritos e insultos, en medio de un ambiente caldeado, en cuya preparación no dejaba de advertirse la mano trotskista.

302

Y el resultado fue positivo. Contra la opinión del sector terrateniente, el Partido Radical aceptó el planteamiento que hizo Justiniano Sotomayor en la asamblea de Santiago, apoyado por Juan Antonio Ríos. Los dirigentes socialistas, bajo la presión de sus bases y de las masas nacionales en general, no tuvieron más remedio que echar adelante por el camino del Frente Popular.

Entonces los nazis empezaron a encontrarse con una fuerza grande y organizada que no iba a dejarlos, y finalmente no los dejó avanzar; y la reacción vio que las cosas se le presentaban feas para 1938, porque el Frente Popular, una fuerza nueva, joven, impetuosa, había decidido llevar candidato a la Presidencia de la República. La forma de designar el candidato fue otro de los muchos escollos que había que afrontar, que surgían todos los días. Los radicales alegaban su mejor derecho a aportar el candidato, pues eran el partido mayoritario; los socialistas hablaban de un "plebiscito", pero nadie sabía cómo podría realizarse un plebiscito; los comunistas planteamos entonces la necesidad de realizar una "convención", en la cual se elegiría el abanderado del F.P., ya que éste traía al país una política nueva, en la que no contaban tanto los hombres como los programas. Esta idea fue la que triunfó.

Recuerdo que por aquellos días se habló mucho de un pretendido ibañismo dentro del P.C. Ocurría que un grupo de gentes, entre los que formaban los nazis de González von Marées, había proclamado la candidatura de Ibáñez y estas fuerzas consideraban la posibilidad de que se sumaran a los de ellos, los votos comunistas. Por nuestra parte, nosotros buscábamos la manera de ganar para la causa del Frente Popular, que todavía no tenía candidato, a elementos democráticos que formaban en las huestes de Ibáñez, porque queríamos que llegaran al F.P. las más amplias capas ciuda-

danas. Para aclarar las cosas, se discutió en el seno de la dirección del Partido un manifiesto, que se publicó en "La Hora" y que tuvo una tirada especial de más de

303

cien mil ejemplares. Se llamaba "Mensaje al pueblo chileno" y en él planteábamos los objetivos de la lucha popular y llamábamos a todos los chilenos democráticos y patriotas a engrosar las filas del F.P. Con respecto de Ibáñez se decía textualmente: "Los comunistas no somos ni seremos jamás ibañistas, porque somos comunistas".

XXXII

El 25 de octubre de 1938 debía elegirse al nuevo Presidente de la República, para reemplazar a Alessandri. El gobierno y la derecha maniobraban ya a toda máquina para dejar como sucesor de Alessandri a Gustavo Ross Santa María, el único candidato visible de sus filas, hombre que había concitado el repudio de todo el pueblo por la política fría, de hambreamiento, y profundamente antipopular que había desarrollado desde su cargo de ministro de Hacienda. Se sabía de él que había vivido un largo período de su vida en Europa y que tenía depositada en bancos y empresas europeos su fortuna. Era uno de esos hombres para quienes sólo existen las cifras, los guarismos, las estadísticas. El factor humano no cuenta en sus cálculos. La estrechez económica en que habían vivido los asalariados durante su gestión ministerial era un factor que sí iba a contar en la lucha política.

El Frente Popular, después de su triunfo parlamentario en las elecciones de 1937, estudiaba seriamente la posibilidad de que un hombre de sus filas fuera elegido presidente. Los radicales, en una lucha interna en que Juan Antonio Ríos y Pedro Aguirre Cerda se disputaron palmo a palmo los votos de sus asambleas en todo el país, habían designado a este último su candidato. La otra figura que se destacaba dentro de las huestes del Frente Popular era la del presidente y líder del Partido Socialista, Marmaduke Grove. Los socialistas, en cuatro o cinco años de existencia, habían crecido extraordinariamente

304

y su partido se perfilaba como uno de los más fuertes entre todos los de extracción popular. La convención en que debía elegirse el candidato se inauguró, simbólicamente, el día 14 de abril de 1938, aniversario de la proclamación de la República Española, lo que era justo si se considera que bajo el signo y la bandera de lucha de ayuda a España republicana en guerra, el Frente Popular había logrado llegar al corazón de las masas populares. La inauguración tuvo lugar en el Caupolicán, lleno de bote en bote y las sesiones de trabajo se hicieron en el Congreso. El reglamento de la convención establecía que para la elección del candidato presidencial serían necesarios dos tercios de los votos de los mil doscientos participantes, que estaban distribuidos así: Partido Radical, 450; Partido Socialista, 350; Partido Comunista, 120; Partido Democrático, 120. Participaba también en la convención, con 60 votos, la Confederación de Trabajadores de Chile, que acababa de constituirse, en reemplazo de la vieja y heroica FOCH, cuyas combativas huestes se habían enrolado en la nueva central; de estos 60 votos, 30 eran comunistas y 30 socialistas.

En las primeras ruedas, cada partido votó por su propio candidato: los radicales por Aguirre Cerda, los socialistas y la mitad de la CTCH por Grove; los democráticos por Juan Pradenas Muñoz y los comunistas y media CTCH por Elías Lafertte. Era una lucha terrible, con miras de nunca acabar. Se estudiaban más y más combinaciones para hacer triunfar a un candidato, pero se llegó a la conclusión que era imposible que ninguno de los candidatos obtuviera los dos tercios de los

sufragios si no mediaba un acuerdo previo de los Partidos. Todo el día viernes y el sábado siguiente a la inauguración, se estuvo votando así, barajando fórmulas y buscando la manera de salir adelante, para evitar que las cosas fueran a parar a un callejón sin salida; pero ni radicales ni socialistas, aferrados con dientes y muelas a sus candidatos, cedían. Por otro lado entre comunistas y socialistas se había creado una

305

situación tensa y muy delicada, porque nosotros no nos resolvíamos a apoyar a Grove. Nosotros, en realidad aunque hubiéramos apoyado a Grove, tampoco habríamos dado los dos tercios de mayoría, de modo que esta inquina de los socialistas no tenía razón de ser. En la mañana del domingo, se logró el acuerdo previo indispensable y Pedro Aguirre Cerda fue proclamado sin votación, candidato del Frente Popular por unanimidad. Aguirre Cerda era un viejo y experimentado político radical, con un pasado parlamentario y ministerial que le permitía afrontar esta elección. Profesor secundario y universitario, había observado una tranquila oposición a la dictadura de Ibáñez, por lo cual había debido expatriarse. Sus libros sobre los más candentes problemas nacionales lo presentaban como un político estudioso, comprensivo de nuestra realidad nacional. Su carácter era alegre, socarrón a veces y creo que su aspecto de roto chileno, con los bigotes caídos en los extremos y los ojos "achinados", lo ayudó mucho a ganar la simpatía popular. No era orador fogoso, pero indudablemente sabía decir las cosas. Las largas jiras políticas y electorales en que me tocó acompañarlo, me dieron la oportunidad de conocerlo y más adelante tendré oportunidad de hablar sobre sus costumbres y su carácter.

Es inútil decir, que aunque el triunfo de Aguirre Cerda se había obtenido por acuerdo expreso de todos los partidos que formaban el Frente Popular, los socialistas quedaron profunda e injustamente heridos por nuestra actitud. Ese día, inmediatamente que se produjo la elección de candidato, los dirigentes comunistas que habíamos participado como delegados a la convención, volvimos a la reunión del Congreso que el Partido estaba realizando y que se había suspendido a causa de la convención. En la tarde, se presentó en nuestro local Aguirre Cerda a agradecer nuestros votos y nos invitó a una manifestación que esa misma noche ofrecería en el Lucerna, un salón de té de la calle Ahumada.

A la hora de los discursos, hablaron representantes

306

de todas las fuerzas del FP, pero cuando se anunció que hablaría yo, en nombre del PC, los socialistas prorrumpieron en gritos y silbidos y durante todo mi discurso formaron un chivateo que impidió que se oyera lo que yo decía. Los radicales estaban indignados ante esta actitud y recuerdo que el diputado radical Gabriel González Videla, que en esa época se mostraba muy amigo de los comunistas, se subió espectacularmente a una mesa, se sacó la chaqueta, se arremangó las mangas de la camisa y desafió a pelear a cualquiera de los socialistas que me habían pifiado ... Tuvieron que calmarlo para que no se lanzara contra el propio Marmaduke Grove. Nosotros, con la mayor calma, nos retiramos del recinto y nos fuimos al local del Partido a estudiar la situación. Se agregaron a nosotros y participaron en esa reunión González Videla, Justiniano Sotomayor y Fernando Maira, diputados radicales los tres.

También iba a realizarse en el restaurant de la Quinta Normal una comida en la que se cambiarían ideas para planificar la campaña electoral, pero, en el estado que se hallaban las relaciones socialistas-comunistas, nosotros teníamos dudas sobre si asistir o no. Los radicales nos aseguraron

que habían hablado sobre el particular con Marmaduke Grove y que éste había prometido dar una explicación sobre los vergonzosos sucesos del Lucerna. En este entendimiento, concurrimos a la comida, que se realizó en medio de una atmósfera muy desagradable. No se produjo la anunciada explicación de Grove y las cosas siguieron marchando mal entre socialistas y comunistas, lo cual, como es natural, repercutía en la unidad y solidez del FP. Su articulación era feble, la unidad de las fuerzas populares ficticia y la rivalidad socialista-comunista, cada día más enconada. Entretanto, la derecha había proclamado ya a Gustavo Ross y presentaba un sólido bloque conservador-liberal, mientras un grupo de amigos personales, con los nazis de González von Marées a la cabeza, apoyaba la candidatura de Carlos Ibáñez del Campo.

Creo que vale la pena hacer algunas reflexiones sobre

307

estas estériles rivalidades entre comunistas y socialistas, que tanto han perjudicado al movimiento obrero chileno. Si uno, ya con las perspectivas de los años y pasado todo apasionamiento, se pone a pensar en esas rencillas, llega a la conclusión de que ninguna causa verdaderamente sería podía justificarlas. Socialistas y comunistas éramos partidos obreros, que sustentábamos —y sustentamos— la ideología marxista; ambos queremos alcanzar el poder para cambiar la estructura económica y social de Chile, avanzando hacia nuevas "formas que permitan una mejor distribución de la riqueza, la liquidación del feudalismo en el campo y la nacionalización de las riquezas. Entonces ¿a qué podía deberse esta rivalidad? Las diferencias estratégicas y tácticas, así como una visión distinta de las cuestiones internacionales, no podían justificar la lucha sorda y enconada que por muchos años sostuvimos socialistas y comunistas y que ha retrasado incalculablemente el progreso de la clase trabajadora.-

Pero como no hay mal que dure cien años, estos graves errores han sido corregidos, afortunadamente, y sin detenerse a establecer "quien tuvo la culpa", como se hace en las disputas conyugales, hoy, socialistas y comunistas hemos comprendido la inutilidad, la vaciedad de esta actitud y hemos terminado para siempre con absurdas rivalidades. Ahora comunistas y socialistas hablamos un lenguaje franco y definimos todas nuestras diferencias sentándonos a una misma mesa de debates, mientras las bases de nuestros partidos y las juventudes de ellos se estrechan las manos, anudan una amistad inquebrantable y marchan juntos hacia su gran destino en fraternal comunidad.

A fines de abril partí al norte a preparar una jira de Aguirre Cerda a la pampa, visitando las oficinas salitreras Pedro de Valdivia, Vergara, Coya y María Elena. El 30 de ese mes, Aguirre Cerda se embarcó para el norte en el "Reina del Pacífico" con sus amigos, a la cabeza de los cuales iba Mario Bunster. Llegó a Iquique el 3 de mayo, alojándose en la casa del ex senador

308

radical Jorge Wachholtz y fue proclamado en el Teatro Municipal. Al día siguiente partimos a Huara y visitamos luego todas las oficinas hasta Camiña, cerca de la estación Catalina. En todas las proclamaciones yo me dirigía a mis amigos y viejos compañeros de faena y les hablaba de la gran fuerza en marcha, el Frente Popular, el único movimiento capaz de apresurar el proceso democrático y el bienestar económico en el país. Acordamos que un grupo de dirigentes, sin el candidato, fuera a Pisagua, y se nombró a Oscar Schnake, al radical Humberto Brañes y a mí. Era el día que se elegían los alcaldes y se había producido una *impasse* en Iquique, donde los comunistas habían obtenido mayoría de regidores, pero necesitaban los votos radicales para obtener un alcalde de sus filas. A pesar de que los pactos del FP establecían claramente que se elegiría alcalde a un regidor del Partido que hubiera alcanzado la mayoría, los radicales de Iquique, aconsejados

telefónicamente por el diputado Brañes, que desde Pisagua les ordenó que "marcaran el paso", se negaban a dar los votos. Esa misma noche conversé con don Pedro y le planteé seriamente la cuestión.

¡Pero Lafertte —me dijo—, cómo me trae a mí esos problemas! Como si yo tuviera pocos...
-Son problemas del Frente Popular, don Pedro —le repliqué—, y usted es su abanderado.

Aguirre Cerda arregló la cuestión y el voto de los radicales contribuyó a que se eligiera alcalde a un comunista en el puerto de Iquique.

La jira continuó. Los trabajadores del salitre reclaman siempre a un comunista entre los oradores ,y, cuando por razones de organización, o de desorganización, no iba un dirigente del Partido, los pampinos se negaban a asistir a las concentraciones. La jira electoral fue de enorme importancia. Permitted ganar a las masas y dar confianza, a través de todo el país, no sólo al proletariado y a los campesinos, sino también a tímidos sectores medios que se imaginaban que el advenimiento de un gobierno de Frente Popular

309

traería aparejada una serie de atentados contra la propiedad, la Iglesia y hasta contra la moral...

Fue un jira muy larga y detallada, una de las jiras electorales más completas que candidato alguno haya realizado a través del país, pues abarcó desde Arica a Chiloé, comprendiendo más de ciento cincuenta ciudades, pueblos, aldeas y lugares. Don Pedro hablaba en las proclamaciones y banquetes. Oradores obligados en todos los actos éramos Grove y yo. Yo hice prácticamente toda la jira, con la excepción de algunos lugares de Valparaíso y O'Higgins, porque mis deberes de senador me llamaron a Santiago. Hubo proclamaciones en los teatros, en las plazas o en plena pampa, con los asistentes sentados en el suelo, a la luz de la luna, en multitudes impresionantes. En María Elena, por ejemplo, se acostumbraba que los candidatos hablaran fuera de la oficina, en plena pampa, sobre un enorme tambor de aceite. Don Pedro quería que la proclamación se hiciera en la plaza, pero la masa dijo que no, que no había que romper la tradición y el candidato no tuvo más remedio que ceñirse a los deseos populares. Fue aquella una de las concentraciones más concurridas y solemnes de toda la jira.

Candidato y comitiva se hallaban en Chuquicamata cuando supimos los incidentes que se habían producido en el Congreso, al inaugurarse el período legislativo el 21 de mayo: por defender al diputado nazi Jorge González von Marées, Gabriel González Videla, Presidente de la Cámara, había sido apaleado por los carabineros, como también los diputados radicales Justiniano Sotomayor y Fernando Maira. Estos incidentes no le gustaron a don Pedro. Estimó que eran una provocación.

Al llegar a Antofagasta, hubo incidentes provocados por las autoridades alessandristas, que intervenían descaradamente contra el candidato del FP y en favor de Gustavo Ross. Pero donde tuvimos quizás la aventura más pintoresca de toda la jira, fue en una vieja oficina salitrera cerca de Taltal, llamada "Santa Luisa", que trabajó durante setenta años y que hoy no existe.

310

El administrador de ella, Pantaleón Núñez, gobernaba como amo y señor, habiendo implantado un sistema de relaciones que se parecía mucho a una dictadura terrorista.

Don Pedro y los miembros de su comitiva íbamos a alojar en las casas de la administración, donde don Pantaleón había arreglado espléndidos dormitorios. Mientras nos lavábamos, después del viaje, notamos que el comedor estaba preparado como para un gran banquete, con flores y banderas. Cuando llegamos al teatro de la oficina, para realizar la proclamación, la sala estaba llena de bote a

bote, pero los asistentes guardaban un silencio impresionante. Nadie lanzó un grito, un viva, ni siquiera un aplauso, mientras candidato y acompañantes tomábamos asiento en el proscenio. Don Pantaleón, administrador por más de cincuenta años de la oficina, y bajo cuya férula habían pasado tres generaciones de pampinos, se sentó entre nosotros.

Para participar en la proclamación, desde Taltal había ido en su automóvil un médico que presidía la asamblea radical. Le había solicitado asiento en el coche un capitán de carabineros que se manifestaba empeñado en ver y oír a Grove. Después supimos que era el jefe de la guarnición de carabineros que estaba en la Isla de Pascua, cuando se fugó de ella Marmaduque Grove, desterrado en tiempo de la dictadura de Carlos Dávila.

Los discursos comenzaban y terminaban sin que se oyera el más leve rumor, hasta el punto que se hubiera dicho que era aquella una asamblea de fantasmas. Los oradores hacían inauditos esfuerzos por despertar a esa gente, por hacerla reaccionar, aplaudir, gritar, pero era inútil, el acto seguía dentro de un clima de helado silencio. Cuando se anunció que iba a hablar Grove, uno de los trabajadores se levantó de su asiento y gritó:

—¡Viva don Marmaduque Grove!

|-Bastó esa sola manifestación para que lo sacaran preso en seguida. Nos miramos a las caras, confundidos.

Pradenas, en su discurso, se refirió al incidente y denunció

311

los métodos dictatoriales usados en aquella oficina. Al final del acto tomó la palabra don Pantaleón y después de lanzar una filípica contra los políticos, dijo que a ese trabajador no lo habían detenido por avivar a Grove sino porque estaba borracho, lo que a todas luces era falso.

Nos acercamos a don Pedro y le planteamos la necesidad de darle una lección a ese individuo. Después de un cambio de impresiones, decidimos seguir a Taltal, dejándolo con su cena y sus camas hechas. Llegamos a las dos y media de la mañana, muertos de hambre y de fatiga, pero todo el mundo manifestó su satisfacción porque alguien había sido capaz de pararle el carro al amo y señor de "Santa Luisa". Al día siguiente, en el gran banquete que se ofreció en Taltal al candidato, fueron descubiertos y obligados a retirarse de inmediato, dos agentes de investigaciones.

La jira por el norte terminó en Sierra Overa, una mina de oro en la Estación Altamira. Seguimos por avión a Ovalle para continuar en tren a Santiago.

En San Fernando, la proclamación, en plena plaza, fue interrumpida por una banda de provocadores, en su mayor parte nazis de González von Marées, quienes atacaron a los frentistas en numerosas escaramuzas, en las que no solamente usaron sus puños, sino también piedras, cuchillos y las pesadas hebillas metálicas de los cinturones de sus uniformes. Esta gente usaba camisas pardas y, en general, un traje muy parecido al de sus modelos, los nazis alemanes. Los frentistas se defendieron y hubo heridos y contusos.

Tres días estuvimos recorriendo la zona de Curicó. En Hualañé, en el lugar de la proclamación, los partidarios de don Pedro levantaron un estrado que más parecía un altar, con ramas y flores ... Sólo faltaron velas encendidas. Nos hallábamos allí cuando fueron a invitarnos para que se hiciera una proclamación en Lontué. Algunos compañeros hablaron conmigo y me dijeron que no tenían un sitio adecuado para realizar el acto; el único local disponible era de propiedad de un

312

comerciante radical y éste exigía, para prestarlo, que se le consiguiera una patente para instalar una panadería ... Finalmente, la proclamación se hizo en una herrería y la "chancha" del herrero sirvió de tribuna a los oradores. Entre los asistentes había un niño pobre, pero muy limpio, hijo de uno de los obreros frentistas. Yo lo senté a mi lado y cuando hablé, lo comparé en mi discurso a Aguirre Cerda cuando niño.

—Este es Pedro Aguirre Cerda cuando niño —dije—. Así era nuestro candidato.

Después don Pedro me dijo en el tono socarrón que usaba cuando se ponía a bromear:

—¡Este Lafertte! ... Tenía que buscar al chiquillo más feo del pueblo para compararlo conmigo..

Después de la proclamación, el comerciante radical que había negado su sala, nos invitó a beber una copa en su casa. Don Pedro se negó a ir, por consejo mío.

La jira continuó por Talca, Linares, Maule,Ñuble, Concepción, Arauco. Nos hallábamos por segunda vez en Concepción cuando tuvimos la noticia de los sucesos del 5 de septiembre, el frustrado *putsch* de González von Marées, la horrorosa matanza en el edificio del Seguro Obrero realizada por el siniestro general Arriagada, de carabineros, y la prisión de Ibáñez, como uno de los complotadores.Las noticias causaron alarma. Algunos se resistían a volver y querían esperar allá que los acontecimientos de Santiago se aclararan. Pero las condiciones políticas hicieron necesario un rápido regreso y el 6 de septiembre amanecimos en Santiago.

Después, Aguirre Cerda se entrevistó en la cárcel con Ibáñez y éste le cedió los votos de sus partidarios a cambio de una amnistía que le permitiera salir en libertad.

En Lota, la proclamación se hizo en Plaza Chañarcillo, sobre un camión metido en el barro. Por una maniobra, se invirtió el orden en que habitualmente se pronunciaban los discursos y entonces manifesté que yo no hablaría.Don Pedro me pidió que depusiera mi actitud y hablé al final, cerrando la manifestación.

313

El orden de los discursos había sido establecido por el propio Aguirre Cerda, después de las primeras proclamaciones.Este decía:

—Primero debe hablar un orador de la localidad, que por lo general no emociona, pero pone las cosas en su lugar; después habla Grove, que tampoco emociona, pero excita; luego hablo yo, que no emocio, pero en cambio me emocio; y después debe hablar Lafertte, porque sí emociona a la gente.

En la jira por el sur, las masas no se enfervorizaban con Aguirre Cerda, pero poco a poco se iba ganando terreno y votantes, a través de un trabajo paciente, que habría podido ser muchísimo más fácil y mejor si el Frente Popular hubiera tenido una organización fuerte y monolítica. Desgraciadamente no era así y los socialistas seguían en provincias la misma línea que en Santiago, de adversión y enemistad con los comunistas. Los radicales, por su parte, estaban ligados sólo de un modo superficial y ocasional a los partidos obreros.

En las provincias de Malleco y Bío Bío, el candidato instaló su cuartel general en la casa de los Moller, terratenientes radicales del sur. En una de las estaciones nos encontramos con Ross y su comitiva y ambos candidatos hicieron viaje en el mismo tren entre Renaico y Cañete. A Carahue, donde vivía el diputado radical, Armando Holzapffel, llegamos de noche y acompañó al candidato un impresionante desfile de antorchas bajo la lluvia. Dos damas, una morena y una rubia, madre y cuñada del dueño de casa, se apoderaron de don Pedro y lo sentaron entre ellas.

La proclamación se hizo en una bodega de frutos del país, animada por una excelente banda de músicos. En Puerto Saavedra, la tierra de Ricardo Fonseca, la espesa lluvia del sur no nos abandonó

ni un instante. Los oradores hablamos desde los balcones del hotel y el gentío escuchaba aguantando el agua sobre sus cabezas. En Nueva Imperial, el senador radical Hernán Figueroa Anguita se sentó por primera vez en una mesa junto a los comunistas, a quienes detestaba. Quizás fue a causa de esta impresión de

314

estar junto a un "terrible rojo" como yo, que sufrió un desmayo y al caer, se pegó en la cabeza. Entre los que se hallaban allí había dos doctores: el demócrata Pedro Gajardo y el radical Cristóbal Sáenz. Ambos, muy confundidos, pedían con verdadera aflicción: —¡Traigan un médico, pronto!... A menudo, durante la jira, don Pedro conversaba con los dirigentes de partido que lo acompañábamos, para sondear nuestro pensamiento con respecto al futuro.

—¿Ganaremos la elección? ... ¿Qué les parece a ustedes?

Algunos dudaban y otros eran francamente pesimistas, como por ejemplo Osvaldo Hiriart, radical más afecto a Ibáñez que a Aguirre Cerda.

—El único que tiene un pensamiento claro es Lafertte, —decía don Pedro—. Siempre me dice: ¡ganaremos! Las condiciones se presentan bien. La plata de Ross nos va a hacer mucha mella, pero no vamos a perder.

Había también cabalas y repartos presupuestívoros, principalmente entre los radicales. Para ellos, cada radical de los que acompañaban a don Pedro en su jira era "un ministro de lujo" en ciernes. Así se hablaba de ministerios para éstos, subsecretarías para estos otros y vicepresidencias de cajas para los de más allá, todos radicales, por supuesto. Don Pedro solía pararles el carro diciéndoles:

—No hay que repartirse la leche antes de comprar la vaca... Mis amigos radicales sólo piensan en ellos mismos ... ¿Y los socialistas? ¿Acaso no van a tener nada?... ¿Y los comunistas, que tanto ayudan en todas partes?... En cada ciudad de importancia, don Pedro desaparecía sin que nosotros supiéramos dónde andaba ... Supongo que se encontraba visitando a los masones locales. La jira era económica y modesta. A los ciento cincuenta lugares que se visitaron a lo largo del país, se viajó con gran esfuerzo de cada uno de los partidos que formaban el Frente Popular. Se solía llamarnos "la comitiva de franciscanos". El que más gastaba era el

315

radical Mario Bunster. Darío Poblete actuaba como secretario privado de don Pedro.

Al final de la jira, el Partido dispuso que me quedara en Santiago, pues estaba enfermo del estómago. Pero don Pedro pidió como un favor especial que me fuera a trabajar en Tarapacá. El día 25 de octubre, la fecha de la elección, me hallaba en Huara, donde conseguí poner en libertad a dos frentistas detenidos por el jefe de carabineros. En la noche, al conocerse la noticia del triunfo, hubo verdadera euforia popular en toda la pampa. Tarde de la noche, bajé a Iquique, donde caí a la cama. El médico que me examinó, dispuso que me trasladara de inmediato a Santiago. En el tren tuve que ir todo el tiempo en cama. Tres o cuatro días más tarde, don Pedro Aguirre Cerda, presidente electo, me fue a visitar en mi modesta casa, en la calle Santiago, entre Gálvez y San Diego.

El día 23 de diciembre de 1938, en impresionante ceremonia, Aguirre Cerda se hizo cargo de la Presidencia. De distintos países vinieron misiones diplomáticas, integradas algunas por personalidades verdaderamente democráticas. El 25, día de Pascua, acompañé a doña Juanita Aguirre de Aguirre Cerda, la esposa del presidente, a repartir juguetes entre los niños proletarios.

Al asumir el gobierno, Aguirre Cerda pidió al Partido Comunista que designara ministros, pero el Partido declinó el participar en el gabinete. Daría todo su apoyo al gobierno, pero desde fuera. Nos pidió entonces el presidente una lista con nombres de camaradas que pudieran ocupar puestos en la

administración pública. La lista se entregó, los candidatos fueron entusiastamente aprobados por don Pedro, pero ... no se designó a ninguno.

XXXIII

El 24 de enero de 1939, a un mes justo de la toma del poder por Aguirre Cerda, sobrevino el terremoto que destruyó Chillán y Concepción y numerosos pueblos de

316

esa zona. El 25, el Presidente salió hacia los lugares afectados llevando una comitiva en la que no creyó conveniente incluir a los comunistas. Siguiendo instrucciones del Partido, me trasladé por mar desde Valparaíso a Talcahuano, tan rápido como fue posible, y colaboré en lo que pude con las autoridades. Después me fui a Chillán, donde me reuní con el diputado del PC, Oscar Baeza, que desempeñó un papel muy importante en los auxilios a heridos y damnificados. Unos días más tarde regresé a Santiago, de pie, en un avión que conducía heridos.

A raíz de esta catástrofe, el Presidente invitó a los jefes de los partidos del FP para estudiar los proyectos de creación de la Corporación de Reconstrucción y Auxilio y la Corporación de Fomento de la Producción. Fue una reunión en la que hubo roces y malestar. En el Congreso la pelea fue tenaz, porque la derecha, si bien no se atrevía a negar su apoyo al primero de estos organismos, para no malquistarse con los habitantes de dos provincias, se oponía en cambio decididamente a la Corporación de Fomento, porque su creación significaba, a juicio de los reaccionarios, la intervención del Estado en la industria privada. ¡Pero cómo han aprovechado después ellos mismos este organismo! El Partido tuvo un papel importante en el esclarecimiento, ante vastos sectores del país, del significado de estos dos organismos. Ganamos la pelea.

En septiembre de 1939, decidí operarme de una hernia inguinal, que por espacio de veinte años me había amargado la vida. Me operó en Viña del Mar, el doctor José García Tello y aparentemente quedé bien. Cuando un tiempo después, sentí que el mal de nuevo me acometía, consulté a García Tello, quien me dijo: —Cosí el traje para que no se siguiera rompiendo; pero la culpa no es mía si la tela era mala. En el mes de octubre, don Pedro me extendió una invitación para que lo acompañara en un viaje presidencial a Magallanes, donde iba a estudiar y resolver sobre el terreno, difíciles problemas de la zona.

317

Fuimos en tren hasta Puerto Montt y entre otras personas que formaban parte de la comitiva del Presidente, recuerdo a doña Juanita, su esposa, desde luego; al senador radical Alfonso Bórquez; al diputado zonal Efraín Ojeda, del Partido Socialista; a Julio Barrenechea, Raúl Morales Beltrami, Alfredo Rosende, el intendente de Concepción Rivera Parga; el edecán Torres Hevia, a quien llamaban "Capitán Niebla"; el vicealmirante Julio Allard; el "vigía del aire", Ismael Edwards Matte; el general de brigada Alfredo Portales, el general Reeves, de carabineros; el periodista Juan de Luigi, aparte de numerosos reporteros y fotógrafos de la prensa. En Puerto Montt debíamos embarcarnos en el "Araucano", de la Armada Nacional.

Para los aristocráticos oficiales de la Armada era un plato un poco fuerte sentar al senador comunista en el comedor del comodoro, donde iba el Presidente y los senadores. La primera noche, en efecto, no me llevaron a comer ahí, poniendo en cambio mi cubierto en el comedor de oficiales, donde iban los diputados. Pero al día siguiente me avisaron que mi asiento estaba en el comedor de arriba, en el del Presidente. Cuando llegué a la mesa, don Pedro me gastó algunas bromas.

—¿Y qué se hizo anoche, Lafertte?

—Estaba en el barco, Presidente.

—No, usted no estaba, dijo con tono socarrón. Lo buscaron por todas partes y no lo pudieron encontrar.

La verdad la supe después: don Pedro había preguntado a los marinos por mí y ellos, para justificar su arbitraria discriminación, le habían respondido con el consabido:

—Es comunista.

—Sí, dijo don Pedro. Es comunista, pero es senador. Desde mañana quiero verlo en esta mesa.

Como lo hicieron con los demás senadores, pusieron a mis órdenes un ordenanza; pero yo no lo ocupé jamás. El viaje fue rápido, matizado por algunas cosas que yo veía por primera vez, como por ejemplo un ejercicio de tiro sobre blancos flotantes.

318

La noche antes de llegar el barco a Punta Arenas, los trabajadores de los frigoríficos se habían declarado en huelga, porque no se accedía a lo que solicitaban en sus pliegos anuales. Antes de que el barco atracara, don Pedro envió en un destróyer al senador radical Alfonso Bórquez y al diputado Efraín Ojeda para que conversaran con los huelguistas, diciéndoles que si no suspendían el movimiento, él estaba dispuesto a no desembarcar y a volverse al norte. La huelga no se suspendió ni don Pedro cumplió tampoco su amenaza. Hallándose allí el Presidente, los trabajadores pusieron fin a su movimiento, una vez que sus peticiones fueron atendidas. Se habían levantado arcos de triunfo para recibir al Presidente, pero uno de los vendavales corrientes en la región los derribó y ya no hubo tiempo para volver a alzarlos.

Estuvimos en la más austral ciudad de Chile unos doce días, durante los cuales el Presidente inauguró algunas obras, puso primeras piedras de otras y conoció las más apremiantes necesidades de la región. En más de una de estas ceremonias, me pidió que hablara en su nombre. Llovía permanentemente, y fue bajo una de estas terribles lluvias australes que viajamos a Porvenir, en la Tierra del Fuego, donde yo había estado relegado en tiempos de Alessandri. Allí volví a ver a José del Carmen Gómez, el hombre que me había dado alojamiento y comida con la condición de que no le pagara nunca. Fuimos también a Puerto Natales, donde visitamos los frigoríficos y presenciamos la faena de la esquila y el carneo. La carne de primera y la de segunda eran exportadas a Inglaterra; la de tercera se enviaba para el consumo de Santiago ... Hacía frío y las ciudades y puertos australes vieron pasar, como las habían visto antes, durante la jira electoral, al Presidente y a su partidario el senador comunista, con sus bufandas a cuadros que las caricaturas políticas se habían encargado de popularizar ...

Pasamos también en ese viaje por Aysén y el istmo de Ofqui, donde vimos la construcción de un canal sin esclusas que se hacía allí.

319

De regreso, don Pedro se embarcó en el "Latorre" y continuó viaje por el océano. A mí me tocó seguir en el "Araucano", por los canales. Nos reunimos en Castro y desde allí continuamos todos, en el "Araucano". Mientras el Presidente iba a hospedarse en Puerto Varas, yo me quedé en Puerto Montt. Había allí algunas huelgas y quería informarme sobre ellas a través de los compañeros, y especialmente de Subiabre, que era uno de los dirigentes regionales del Partido. Después le presenté a don Pedro una síntesis de los problemas. Este habló con el gobernador y se encontró pronto solución, poniéndose así fin a la huelga.

De regreso a Santiago el Presidente se detuvo en Rosario, invitado por Roberto Wachholtz a visitar su hacienda. Yo seguí viaje a la capital.

* * *

En noviembre de 1941, me hallaba de nuevo en Magallanes, en una jira política que había durado más de un mes, procurando ayudar a resolver problemas que se suscitaban en Punta Arenas, en Porvenir y en Natales, con motivo de la esquila, que hacía afluir gran cantidad de gente. Allí tuve la noticia de la muerte de don Pedro Aguirre Cerda, que produjo una fuerte y penosa impresión en el pueblo. A mí me resultaba casi increíble, por más que sabía que don Pedro no estaba bien de salud. Desde la jira electoral lo había visto tomar remedios por cantidades. Todo el tiempo estaba consumiendo aspirinas y tabletas. Quise regresar de inmediato a Santiago, para concurrir a los funerales, pero no había avión en qué hacerlo. Participé como orador en un acto que se hizo en el teatro de Punta Arenas para rendir homenaje al primer mandatario.

La situación política no era fácil entretanto, en Santiago. El Frente Popular había sido roto unos meses antes por el líder socialista Osear Schnake, quien, a su regreso de un viaje a Estados Unidos, pronunció en el Caupolicán un violento discurso anticomunista, declarando

320

deshecho el FP. Aguirre Cerda, en presencia de los periodistas, le había telefoneado para felicitarlo. Como vicepresidente de la República, quedó el radical Jerónimo Méndez, quien había de presidir la próxima elección presidencial, convocada para los primeros días de 1942.

Los candidatos que surgieron a la arena política parecían definir muy claramente a izquierdas y derechas: Juan Antonio Ríos, radical, representaba a las primeras; conservadores y liberales llevaban fervorosamente a Carlos Ibáñez del Campo. Ambos postulantes eran amigos personales, pero Ríos dijo que la amistad era una cosa y otra distinta la política. Nosotros nos vimos frente a una situación bastante delicada con respecto del problema de la sucesión presidencial. Juan Antonio Ríos, aunque apreciaba el peso de nuestros votos, no quería solicitarlos públicamente; en esa época su antigua amistad hacia los comunistas se había enfriado considerablemente. Para nuestros camaradas, por otra parte, era un trago amargo tener que votar por Ríos. Un poco antes había regresado precipitadamente de Francia, donde desempeñaba el cargo de Embajador de Chile, Gabriel González Videla, y en una concentración que los radicales celebraron en el Caupolicán, había pronunciado un discurso de clara definición antifascista. Nosotros apoyábamos su postulación, pero aún entre sus propios correligionarios, su candidatura no lograba echar raíces. Ríos, en cambio, llevado por fuertes sectores radicales, andaba ya en jiras electorales por el interior del país.

Reunida la Comisión Política del Partido, se vio que nos encontrábamos en un callejón sin salida, y se resolvió que en un plazo de veinticuatro horas había que encontrar una solución y un candidato. Ese día recibí un llamado telefónico del Embajador de México, Octavio Reyes Spíndola, quien me invitaba a ir a la Embajada a conversar con él. La proposición que allí me hizo fue muy concreta: quería que asistiera a una reunión con dirigentes radicales, democráticos y socialistas. Era una situación difícil resolver ahí

321

mismo una reunión ¡con socialistas!, después de todo lo que había pasado y de la lucha que llevábamos contra la línea impuesta por Schnake.

Pero la reunión fue aceptada y ése mismo día, a las seis y media de la tarde, nos reuníamos en la oficina de Marcial Mora, al costado del Hotel Carrera, Schnake, Pradenas Muñoz, Mora, Carlos Contreras y yo. Se planteó allí que todos los partidos que el año 38 habían apoyado a Aguirre Cerda, esta vez fueran con Ríos. Nos pidieron que retiráramos nuestro apoyo a González Videla, a quien ni siquiera los grupos radicales seguían.

Se acordó celebrar una nueva reunión, esta vez con González Videla, quien se puso a gritar y a vociferar, con una furia que parecía locura. Tiró tinteros y ceniceros y dio alaridos. Fue en fin, lo que los periodistas llaman "una acalorada discusión", pero a González Videla, que estaba poseído de una especie de locura porque no se le apoyaba, fue necesario inmovilizarlo tomándolo de los brazos, lo que hizo Pradenas Muñoz, el más fuerte de todos los que estábamos allí. Lo sacaron a la sala de espera, hasta que se tranquilizó, y luego yo lo llevé hasta el local del PC, que tenía por aquellos días una casa de dos pisos en Moneda esquina de Mac-Iver.

La realidad política y la necesidad de detener a Ibáñez determinaron finalmente el apoyo a Ríos. Para la propaganda electoral, el Partido recibió una suma bastante ridícula, veinte mil pesos, pero con nuestros propios recursos y con la ayuda del pueblo, llevamos adelante una intensa campaña. Yo participé también en una gestión realizada por los presidentes de todos los partidos que apoyaban a Ríos, con Alessandri, para pedirle su ayuda. Obrando contra el propio partido en el cual reconocía filas, el Liberal, que oficialmente estaba con Ibáñez, el "León" prometió poner todo su peso político en favor de Ríos y lanzar a todos sus amigos y partidarios en la pelea electoral contra Ibáñez. En esa misma reunión se acordó que el viejo político hablara en un gran mitin de masas que se haría en la Plaza

322

Bulnes. Cuando nos despedíamos, Alessandri me dijo: —Me alegro mucho de verlo, Lafertte . . . Usted sabe que yo quería mucho a Recabarren..., En política estas cosas suelen ocurrir de vez en cuando y no hay más que apretar las mandíbulas y, si es posible sonreír ... ¡Cuántas veces no me había tenido preso Alessandri! Hasta torturas físicas había recibido de su jefe de investigaciones y guardaespaldas Waldo Palma... Y sin embargo, allí estaba con él, tratando del apoyo a un candidato ... Después me abordó su hijo Fernando, para pedirme la seguridad de que su padre no tendría nada que temer en esta aparición pública. —Yo le respondo, don Fernando —le dije— de que don Arturo sólo recibirá de los comunistas muestras de respeto.

El mitin fue sensacional y los oradores hablamos desde una espectacular tribuna. Después que hicimos uso de la palabra los presidentes de los partidos, le tocó el turno al "León", quien dialogó con el público, usó sus muchos y viejos recursos oratorios y atacó duramente a Ibáñez. . Yo no participé en las jiras electorales, pero Carlos Contreras fue al norte con González Videla, que se había transformado ya en fervoroso partidario del candidato radical.

En la elección, los comunistas trabajaron a regañadientes, pero con lealtad. Ríos, por su parte, aceptó los votos y el apoyo comunista contra su voluntad íntima, sólo por necesidad política. Después de su triunfo, cuando los comunistas lo fuimos a felicitar, habló de distintas cosas que hicieron concebir esperanzas. Se refirió acremente al monopolio del Banco de Chile, al cual, dijo, sólo le faltaba controlar los prostíbulos... espontáneamente prometió hacer algunos nombramientos y pidió una lista de comunistas. Se le entregó, pero como ocurrió con don Pedro Aguirre Cerda, tampoco designó a ninguno. Cuando en junio de 1941 la Unión Soviética entró en guerra y el carácter de ésta cambió, costó mucho que

323

Ríos accediera al rompimiento de Chile con el Eje. El tenía afinidad con los alemanes y se resistía. El movimiento chileno, que se canalizó a través de la "Unión para la Victoria", presidido por Marcial Mora, tuvo un gran papel en la justa actitud antifascista que asumió luego el gobierno de Chile.

XXXIV

El Pleno de 1940 fue un acontecimiento importante dentro de la vida de nuestro Partido. Asentado sobre principios ideológicos inflexibles, con una base de estudios seria y un fuerte sentido crítico y autocrítico, en ese pleno el P.C. tuvo una recia sacudida. Abundaron las críticas, de las cuales no se libró ni el secretario general. El subsecretario, Raúl Barra Silva, fue reemplazado en su alto cargo y pasó a ser un simple militante de base. Un diputado fue expulsado y otro severamente amonestado. El Partido acordó además la incompatibilidad de sus militantes con la masonería.

¿Por qué se adoptó este acuerdo? ¿Acaso nuestras ideas no podían llevarse hasta el seno de "las logias, como se llevan a todas partes? Efectivamente, pero un comunista no podía —se dijo en ese pleno— estar sometido a dos disciplinas: a la del Partido y a la de la masonería. Se consideraron otros factores además, la composición clasista de la institución masónica, etc. Todos los militantes comunistas que eran masones, renunciaron de inmediato y espontáneamente a las logias, cuando se enteraron del acuerdo del noveno pleno.

Una de las medidas calificadas de sensacionales fue la que se adoptó en esa oportunidad de expulsar a Marcos Chamudes, a la sazón diputado comunista, elegido con alta mayoría en Valparaíso. Hay partidos comunistas donde la grave sanción de la expulsión es usada con mucha frecuencia. El Partido Comunista chileno es muy parco en esta clase de castigos y jamás expulsa a uno de sus hombres sin agotar todos los medios para no perderlo: las conversaciones, los consejos, las amonestaciones.

324

Con Chamudes todo fue inútil y su historial de mal comunista fue acumulando mayores y mayores calamidades. Había ingresado a nuestras filas nueve años antes, siendo estudiante, y se le dieron todas las oportunidades para que se desarrollara. Era orador de fuste y en una época lo creímos un buen revolucionario, hasta el extremo de acordar llevarlo como candidato a diputado en las elecciones de 1937. Pero su moral se relajó, sus contactos, en la Cámara y en los círculos políticos con personeros de la burguesía, lo ganaron para la vida fácil y se dio el caso así de un diputado "comunista" que se vestía de etiqueta para ir a jugar en la ruleta del Casino de Viña del Mar.

Como diputado por Valparaíso, debía asistir a concentraciones populares en los pueblos de su provincia y en vez de hacerlo, se iba a jugar a Viña. ¡Si hasta llegó a proponer al Partido que le dieran cinco mil pesos y él en la ruleta los convertiría en cincuenta mil!

Amigos íntimos suyos habían sido dos provocadores que vinieron a Chile y, a causa del carácter acogedor y espontáneo de los chilenos y del sentido fraternal, de internacionalismo proletario de los comunistas, se acomodaron entre nosotros y sembraron su mala semilla en el Partido. Uno era un alemán que había estado en la URSS, Cazón, quien por largos meses convivió con nuestro Partido; en 1937, cuando luchábamos por hacer del Frente Popular una herramienta verdaderamente nacional, él había introducido un verdadero contrabando que prendió en algunos compañeros: el ibañismo. Afortunadamente fueron pocos los que comulgaron con esta rueda de carreta y cuando hubo que aclarar la posición del Partido en el "Mensaje al pueblo chileno", el Comité Central, por unanimidad, aprobó la fórmula de "los comunistas no somos ni seremos jamás ibañistas porque

somos comunistas". Estoy convencido de que este Cazón, que después de andar en varias aventuras políticas se fue a Ecuador, donde murió loco, no era en esa época otra cosa que un agente de Ibáñez que se había enquistado entre nosotros.

325

El otro, era el famoso Eudocio Ravines, peruano, quien llegó a Chile por el año 1937, dando a entender que era un enviado de la Internacional Comunista... En menos que canta un gallo comprobamos que esto era completamente falso y le hicimos ver cortésmente que su deber, como comunista peruano, era irse a trabajar por la liberación de su país. Aceptó esta tesis y dijo que empezaría a arreglar sus maletas ... Pero no se fue, sino que se quedó entre nosotros y, en parte por ayudarlo a ganarse la vida, porque se había casado con una chilena, y en parte por debilidad y por falta de cuadros, le dimos trabajo en publicaciones del Partido. Lo que ocurrió con él fue fantástico. Cuando en 1939, la URSS firmó el pacto de no agresión con Alemania, este individuo interpretó, o fingió interpretar, un convenio no activo sino simplemente de no atacarse, como una alianza ya no sólo militar, sino hasta ideológica entre los comunistas y los nazis... y las publicaciones en que él intervenía tomaron un carácter acentuadamente pro nazi que hubo que cortar de raíz. El secreto lo supimos después. Como lo que nosotros le pagábamos como periodista era un sueldo muy modesto, Ravines cobrara otro mucho más suculento de la Embajada de Hitler en Santiago ... Todas estas villanías las reconoció ante los dirigentes del Partido, pues en el fondo aspiraba a algo en que no se le iba dar en el gusto: su expulsión. Nosotros no podíamos expulsarlo, simplemente porque como extranjero, no era miembro de nuestro Partido. Quienes lo expulsaron después, y con justa razón, fueron los comunistas peruanos.

Después que rompimos con él y lo arrojamos de nuestros órganos de prensa, Ravines se fue a trabajar en el diario de Rossetti "La Opinión", que entonces era casi órgano pro nazi. Luego abandonó nuestro país y se fue al Perú. Sus actividades posteriores de provocador internacional son bien conocidas. Culminaron ellas con un libro en el que deja escapar todo el veneno

326

que lo llena por dentro, libro que los norteamericanos han traducido, publicado y divulgado en todas partes con sospechoso interés.

Y puesto que estamos hablando de personas que no fueron capaces de soportar el camino de un comunista, que a ratos no deja de ser duro y difícil, pero que en cambio despierta siempre la satisfacción grande de estar luchando por la más justa de las causas, me viene a la memoria el caso de otro hombre que fue miembro de nuestro Partido y salió de él por la oscura puerta de la expulsión: Luis Hernández Parker.

Luis Hernández P., que usaba en el Partido, el nombre de Luis Frías, pues estábamos en un período ilegal, llegó a ser secretario general de la Juventud Comunista y como tal participaba en las deliberaciones de los más altos organismos del Partido. Los jóvenes le tenían gran cariño y todo hacía pensar que andando el tiempo, Hernández Parker llegaría a ser un sólido dirigente del PC. En 1935 fue a la Unión Soviética y después a una reunión de jóvenes en Argentina. Allí la policía lo tomó preso y según dijo, fue flagelado. Cuando regresó a Chile contó su detención con caracteres dramáticos, pero se guardó muy bien de decir que él, por su parte, había contado a la policía todo lo que sabía sobre el Partido y sus hombres. Aquí se le festejó y se le saludó casi como a un mártir de la causa... Pero un día llegó desde Buenos Aires, mandado por los camaradas, argentinos, un ejemplar del diario "Clarín", donde se contenían todos los detalles de las revelaciones de Hernández Parker. El título de la información era: "Un comunista chileno canta como canario".

Efectivamente, había cantado como un pájaro. Requerido por el jefe de policía — según confesión propia, más tarde— se había sentado ante una máquina con el encargo de escribir todo lo que sabía sobre el Partido, sus relaciones, sus contactos, sus métodos, sus hombres,

327

direcciones, etc., etc. Todo lo había dicho, en una época de ilegalidad, con consecuencias imprevisibles, pero que podían sospecharse...

La dirección provocó una reunión conjunta de los comités centrales del Partido y la Juventud y en ella se le mostró el ejemplar de "Clarín". Hernández Parker se derrumbó y confesó que era verdad, que había dicho todo eso, y que a su regreso había mentido al Partido. Su confesión, aseguró, era producto de golpes por parte de los policías argentinos. Más tarde, hablando a los jóvenes de mi Partido, yo les dije que los golpes no eran una justificación. A mí también me han golpeado. Pero cuando uno está completamente identificado con el Partido, no hay tortura que valga.

El proceso de Hernández Parker duró un día y una noche completos y alcanzó instantes de intenso dramatismo. Los jóvenes, los dirigentes que habían puesto toda su fe en su secretario general, no querían creer a sus ojos ni a sus oídos. Hubo entonces quienes lloraron. Hernández Parker firmó un documento en el que reconocía todas sus deleznable acciones y fue expulsado. Pero los jóvenes se sobrepusieron al golpe y ninguno se perdió, gracias a que la dirección del Partido había tenido el tino de convertirlos en testigos de todo ese dramático caso.

Este periodista ha pretendido que el Partido lo ha perseguido, después de su expulsión. Eso, naturalmente es falso. Nos olvidamos de él, como lo hacemos con todos aquellos que abandonan, por debilidad o falta de valor, la causa de los que luchan por la liberación del pueblo chileno.

XXXV

Por los días en que los militares argentinos rompieron la continuidad constitucional para dar lugar a una larga y dura etapa que iba a culminar con Perón y el peronismo, tuve que ir con el diputado socialista Astolfo Tapia, a una reunión en Montevideo, donde se iba

328

a estudiar la situación porque pasaban los refugiados españoles en los distintos países de América Latina. Apenas atravesamos la frontera y nos adentramos en territorio argentino, nos quitaron los pasaportes y nos pusieron un vigilante. A los militares argentinos les importaba muy poco que fuéramos parlamentarios de un país vecino.

Al llegar a Mendoza nos llevaron al cuartel de policía, donde después de tratarnos con cortesía, nos dejaron aparentemente libres. Llamé por teléfono a Benito Marianetti, senador provincial argentino y hombre de mucho prestigio en la zona, quien nos acompañó a la estación. Pero Tapia y yo sabíamos que nuestra llegada a Buenos Aires había sido anunciada por teléfono y no hacía falta ser muy perspicaz para darse cuenta que íbamos a tener dificultades. Efectivamente, no bien pusimos el pie en el andén de la estación bonaerense, cuando nos echaron mano y nos llevaron al cuartel de la famosa Sección Especial. Sobre el escritorio del jefe que nos atendió había dos carpetas, al parecer repletas de documentos con nuestros antecedentes. En la cubierta de la primera decía: Elías Lafertte. Me las arreglé para ver la cubierta de la otra, esperando encontrar el nombre de Astolfo Tapia. Pero

... también decía mi nombre. Después de largas explicaciones y preguntas, media hora más tarde nos dejaron libres.

No queríamos dar lugar a que nos molestaran y nos vejaran más aún, así es que rápidamente y antes que los pesquisas pudieran seguirnos, nos metimos en un taxi y nos fuimos a la Embajada de Chile. El embajador, Conrado Ríos Gallardo, no se hallaba allí, pero estaba en cambio el entonces embajador de Chile en Bolivia, Benjamín Cohen, quien se hallaba enfermo de gripe. Se levantó, nos atendió y consiguió que el secretario de la Embajada, Alberto Sepúlveda Contreras, nos acompañara al barco.

La conferencia duró cuatro días, al cabo de los cuales pudimos regresar a Chile sin mayores novedades.

329

En 1944 viajé a México, invitado a asistir, como delegado fraternal, al Congreso del Partido Comunista, que se inauguró en el gran Teatro de Bellas Artes. El general Lázaro Cárdenas, que había sido nombrado Ministro de Defensa Nacional para afrontar los compromisos militares de México, que había declarado la guerra al Eje, me invitó a almorzar en su casa. Me invitó también el licenciado Villalobos, presidente del Partido de la Revolución Mexicana, a una comida en la que estuvo presente Oscar Schnake, a la sazón embajador de Chile en México. En ese viaje tuve oportunidad de conocer al embajador de la Unión Soviética en México, Constantin Oumanski, quien murió poco después en un desgraciado accidente de aviación en el aeródromo de México.

Después me dirigí a Estados Unidos, invitado por el Partido Comunista de ese país a los actos en los cuales se cambió el carácter del partido, transformándose en Asociación de Estudios Comunistas. Fue este un desgraciado error estratégico del secretario general Earl Browder, un error colaboracionista que se basó en la falsa premisa de que el capitalismo norteamericano tenía un carácter distinto y excepcional; pero un error que los camaradas norteamericanos tuvieron que pagar caro, pues se frenó el desarrollo del partido y sus posibilidades políticas en años que fueron decisivos. Conocí allí a William Z. Foster y a Eugene Dennis, actuales dirigentes del P. C. yanqui. La clausura del congreso, en el Madison Square Garden de Nueva York, fue un acto imponente. A pedido de los compañeros, hablé expresando la esperanza de los comunistas chilenos de que nuestros hermanos norteamericanos fueran nuestros mejores aliados en la lucha contra el imperialismo yanqui.

En Nueva York me invitó a almorzar el cónsul general de Chile, don Alfonso Grez, con Salvador Ocampo, que también se hallaba allí. En ese almuerzo encontré a algunos chilenos ricos, residentes en Estados Unidos, como don Francisco Petrinovic, hombre de

330

grandes empresas, y otros procedentes de Chile, que se hallaban en Nueva York por cuestiones de negocios, como el senador Hernán Videla Lira y un famoso propietario de viñas, don Ismael Tocornal. Después del almuerzo, el señor Tocornal invitó a los comensales a ver una película sobre el trabajo en sus plantaciones vinícolas. La película mostraba un luminoso mundo donde todo era armonía entre trabajadores y patrones, junto a las viñas cargadas de hermosos racimos y luego en las bodegas donde se elaboraban los vinos Tocornal. —La película es muy bonita, dije, —pero me gustaría ver por mis propios ojos las faenas en la viña. ¿Por qué no me invita, señor Tocornal? — Con mucho gusto, senador. Queda invitado. Andando el tiempo, don Ismael Tocornal se acercó mucho al movimiento popular, sin excluir por cierto a nuestro Partido.

Pero la invitación concertada en Nueva York no llegó jamás a hacerse realidad. Tocornal se suicidó un tiempo después, a causa de malos negocios, según se dijo.

Regresé de Estados Unidos en junio de 1944 y en enero del año siguiente me fui al norte a trabajar en las elecciones de parlamentarios. El Partido había cedido el primer lugar en la lista de senadores, que nos correspondía en atención a la cuantía de nuestras fuerzas, al radical Gabriel González Videla. Lo acompañé en varias proclamaciones, pero él sólo acudía a estos actos en los lugares más importantes. No se daba la molestia, por lo general, de ir a los lugares pobres.

El Partido me había proclamado como candidato a la reelección. El nuevo senador iba a ser Pablo Neruda, proclamado ya por el P.C. Hicimos casi toda la campaña juntos y a través de nuestros viajes por la pampa fui dándome cuenta cómo el norte, con su vida dura y violenta, iba penetrando en el espíritu del poeta. ¿Este conocimiento del norte por parte de Pablo, del

331

cual fui testigo paso a paso, se tradujo después en estrofas magníficas de su "Canto General".

La más hermosa proclamación, quizás no desde el punto de vista político, pero sí desde el punto de vista humano, fue en el campamento La Paloma, de la oficina "Concepción", en el cantón Pampa Unión, de Antofagasta. El mitin se realizó en una calle del campamento, donde vivían de preferencia los particulares, que siguen la veta de caliche y trabajan sin mecanización. La luna llena iluminaba la pampa. Los niños corrían entre los manifestantes que estaban sentados en el suelo, inmóviles, mirando con sus ojos que en la noche, parecían tizones. Pablo estaba emocionado; lo sentía revolverse a mi lado y yo, por mi parte, no pude contener las lágrimas cuando los trabajadores rompieron a cantar el "Canto de la Pampa", en el que se confunden la triste aridez del desierto, la sangre derramada por los pampinos en las matanzas y la esperanza de días mejores para todos los pobres.

Los cinco senadores elegidos por el norte fueron dos radicales Gabriel González Videla y Pedro Opitz, dos comunistas, Neruda y yo, y el liberal Fernando Alessandri. En Concepción fue elegido Salvador Ocampo y en Curicó Amador Pairoa. Pairoa, que estaba enfermo de cáncer, luchó bravamente en el Senado, al mismo tiempo que libraba una dura batalla con su enfermedad. Como necesitaba operarse y este género de operaciones estaba muy desarrollado en el Hospital Militar de Buenos Aires, Pairoa llamó telefónicamente a Perón y le preguntó si un senador comunista chileno podía ir a operarse en ese hospital sin que la policía lo molestara. Perón le ofreció toda clase de garantías y Pairoa hizo el viaje. No lo molestaron en absoluto. Ni siquiera le cobraron por la operación, pero su mal estaba ya muy desarrollado y un tiempo después murió.

El Presidente Ríos hizo un viaje de buena voluntad a Estados Unidos y diversos países latinoamericanos, dejando en su reemplazo, como vicepresidente de la República, a Raúl Morales Beltramí. Se sabía que Ríos

332

estaba muy enfermo, pero al regresar se vio que su mal estaba extraordinariamente avanzado y ya a nadie le cupo dudas de que otro Presidente no iba a terminar su período. Ríos cayó a la cama en

su casa de Paidahue y no volvió a levantarse, mientras, sin esperar siquiera el desenlace previsto, los que aspiraban a sucederlo tiraban líneas preparando sus candidaturas.

Cuando el Presidente murió, yo me hallaba enfermo con un terrible ataque al hígado. Alfredo Duhalde que había asumido la vicepresidencia durante la enfermedad de Ríos, el 28 de enero de 1946, durante un gran mitin que se efectuaba en la Plaza Bulnes para protestar contra una medida gubernativa, la de despojar de su personalidad jurídica al sindicato salitrero "Mapocho", que se encontraba en huelga, ordenó disparar, produciéndose una verdadera masacre que ensangrentó la Alameda. Una joven comunista, Ramona Parra, y otros camaradas, cayeron bajo las balas de los carabineros.

Neruda y yo nos hallábamos en el norte, procurando ayudar a los huelguistas. La oficina "Mapocho" estaba custodiada por tropas y no nos dejaron entrar, sin tomar en cuenta nuestra investidura de senadores. Tuvimos que hacer el mitin fuera de la oficina "Humberstone". Después fuimos a la oficina "Mapocho" y ocurrió igual cosa: hablamos en la cancha de tiro al blanco. En "Pan de Azúcar" hablamos en la Filarmónica y en la noche cuando íbamos de regreso, oímos a través de la radio del automóvil, la noticia de la despiadada matanza de la Plaza Bulnes: Ramona Parra había sido abatida a tiros y el diputado Andrés Escobar gravemente herido a sable en la cabeza. Al llegar a Iquique fuimos a los diarios a buscar noticias. Allí conocimos en toda su bestialidad la forma en que el gobierno había disuelto el mitin de la CTCH.

Las consecuencias políticas de esta masacre se produjeron al día siguiente, cuando Bernardo Ibáñez entregó el movimiento de los obreros y una parte de los socialistas acordó ir al gobierno. La CTCH se dividió y

333

mientras la fracción socialista seguía la dirección progubernista, los demás emprendimos la lucha contra Duhalde.

Esta grave y estéril división obrera duró siete años, hasta que en 1953 los obreros y empleados de todo Chile unieron sus fuerzas en la Central Unica de Trabajadores.

XXXVI

La elección presidencial para llenar el hueco que había producido la muerte de Juan Antonio Ríos debía realizarse el 4 de septiembre de 1946. En la lucha interna del Partido Radical, Gabriel González Videla había vencido a Alfredo Duhalde, cuyas aspiraciones presidenciales se ahogaron en la sangre de la Plaza Bulnes. Tenía además González Videla el apoyo de los comunistas y de un grupo de socialistas. Los otros candidatos fueron el liberal Fernando Alessandri, quien aceptó de muy malas ganas la postulación, y el conservador Eduardo Cruz Coke, apoyado por su partido y por los falangistas.

Yo casi no participé en las jiras en apoyo del candidato de la izquierda; a la mayor parte de ellas fue Carlos Contreras Labarca. Pero el Partido se jugó entero, con gran lealtad, poniendo todo su peso en favor del hombre en quien tantas esperanzas el pueblo había cifrado. Pablo Neruda dirigió la propaganda nacional. Yo hablé solamente al regreso de una de las jiras electorales por las provincias, porque Contreras Labarca se hallaba afónico. Ya se sabe cómo, con los sufragios comunistas, González Videla obtuvo el mayor número de votos, sin alcanzar la mayoría absoluta. El Congreso Pleno debía, en ese caso, elegir al presidente. Cruz Coke no abrió la boca para declinar su

participación en una posible maniobra del Congreso Pleno, de modo que se promovió una gran movilización de masas para hacer saber al país que cualquier solución que no fuera la lógica proclamación de González Videla, sería resistida

334

por el pueblo. Por otro lado, hubo sondeos a jefes militares, quienes expresaron que el Ejército no estaba dispuesto a permitir que se torciera la voluntad popular.

Las cosas no se desviaron, sin embargo, pues el Congreso Pleno proclamó a González Videla. Para celebrar esta decisión hubo un gran mitin en la Plaza Bulnes, donde se produjo la primera advertencia que el pueblo hacía al nuevo presidente, en el sentido de que se mantuviera fiel a sus compromisos. Fue hecha por el diputado comunista César Godoy, cuando dijo, en un discurso que causó sensación, que el pueblo estaría con él, quedándose no a las puertas de La Moneda, como ocurrió con los presidentes anteriores, sino dentro, vigilando para que no se apartara ni un centímetro de las aspiraciones populares. A González Videla, que por aquellos días alardeaba de un amor al pueblo inigualable y de una amistad hacia los comunistas que nada podría romper, el discurso le cayó malísimo y dejó ver su despecho en seguida. Cuando habló dijo que nadie tenía derecho a dudar de él. A mí, el planteamiento de Godoy me pareció claro, justo y valiente. Me levanté de la silla y abrazándolo, le dije: —¡Así habla un comunista!

No asistí a la toma del poder por dos razones: la primera es que me hallaba enfermo, en Villa Alemana; la segunda es que no quería al nuevo presidente. No quiero dárme las de vidente ni de brujo. Me equivoco, como todo el mundo y los métodos de trabajo del Partido, la crítica y la autocrítica, me han enseñado a reconocer mis errores para poder corregirlos. No es que en mi mente yo estuviera viendo todo lo que íbamos a sufrir, el país y nosotros, con González Videla; no es que sintiera por anticipado sus traiciones y sus villanías políticas. Había trabajado por él, le había dado mi voto y había conseguido miles de votos para él, pero no me gustaba, no lo quería. A don Pedro Aguirre Cerda había llegado a tomarle afecto a través de un largo conocimiento y de la intimidad que suelen crear las jiras políticas; a Juan Antonio Ríos le tenía respeto; no

335

era un hombre que inspirara cariño, pero sí sabía conllevar su cargo con dignidad, con decencia y la prueba es que, a pesar de que el apoyo comunista no le gustaba en lo más íntimo de sí mismo y sólo lo aceptó como un factor político necesario a su triunfo, jamás tuvo la idea de traicionarnos, de ilegalizarnos, de atacarnos. Por el contrario, siempre nos trató con fría, pero muy cortés deferencia. A Gabriel González Videla no lo quería. No me gustaba como hombre ni como político. Más de una vez el Partido me llamó la atención porque no concurría a los actos oficiales. Nuestra disciplina partidaria abarca de capitán a paje, desde el más humilde militante recién ingresado hasta el Presidente del Partido. Así es como recuerdo que una vez me invitó a su despacho Ricardo Fonseca, entonces secretario general, y me amonestó por el desgano con que siempre acogía las invitaciones de La Moneda.

Pero algunas veces encontré a González Videla en ceremonias oficiales. Una vez en la Embajada de Uruguay, otra vez en la Embajada Soviética.

—Aquí no está usted en su casa, me dijo a manera de broma, cuando nos encontramos en el salón del Embajador Zhukov. —Ni usted en la suya, le respondí tranquilamente. Una vez acompañé a La Moneda a una delegación de republicanos españoles. A través de su edecán, el presidente manifestó que si quería entraba yo, pero que no recibiría a la delegación.

—Muchas gracias, señor —respondí al edecán—, pero no tengo nada personal que decir al Presidente.

Y me retiré con los republicanos, a quienes acompañaba también el general (R) Valencia. Me hallaba también enfermo cuando juró el primer gabinete del nuevo mandatario; entre los ministros se hallaban Carlos Contreras Labarca, Víctor Contreras y Miguel Concha; éste se transformó años más tarde en un tráfugo, para conseguir buenas "pegas" del gobierno de Ibáñez.

336

En 1947 estaba pasando unas vacaciones en el norte con mi familia, cuando se produjo una huelga de los trabajadores del cobre, en Chuquicamata. Para la solución del conflicto, había sido designado arbitro Moisés Poblete Troncoso y los trabajadores quedaron satisfechos de su fallo; no así la compañía, que apeló al Juzgado del Trabajo. Los obreros declararon entonces la huelga. Buscando un arreglo que favoreciera a los obreros, se hallaban en Antofagasta los diputados comunistas Bernardo Araya, Díaz Iturrieta y Víctor Contreras. Después llegó desde Santiago un avión en que viajaban el radical Osvaldo Sagúes, el falangista Isla y Oscar Astudillo.

—Camarada Laferte —me dijo Astudillo—, usted tiene que representar al Partido en la solución de este conflicto.

—Pero yo estoy de vacaciones ...

—La dirección del Partido le pide que suspenda sus vacaciones y se dedique a este trabajo.

—Bien, camarada, lo haré.

Había regresado aquella misma mañana de Chuquicamata y tuve que volver de nuevo al mineral, sin haber tenido tiempo siquiera para almorzar. Allí, nos entrevistamos con los dirigentes políticos y sindicales, que dejaron sus escondites para participar en estas pláticas. Ellos estaban empeñados en mantener la huelga mientras la compañía no retirara su demanda. Se les explicó que todas las medidas estaban tomadas para conseguir un arreglo satisfactorio, en el cual el propio gobierno se hallaba muy interesado; pero era preciso suspender previamente la huelga. Acordamos entonces que se hiciera un mitin en la Plaza de Chuquicamata para que los propios trabajadores decidieran lo que había que hacer.

El ambiente estaba muy caldeado y nadie quería oír hablar siquiera de arreglo y de suspensión del movimiento. Bastaba que un orador subiera a la tribuna y mencionara la palabra "arreglo" para que estallaran las

337

pifias de los trabajadores. Fueron pifiados sucesivamente el radical, el falangista y hasta el propio diputado comunista Díaz Iturrieta. Entonces me pidieron que hablara.

—Hable usted, camarada Laferte ... A usted no van a pifiarlo y podrá explicarles todo.

Efectivamente, no me pifiaron. En la pampa, desde largos años había una tradición de respeto para el viejo dirigente que había aprendido a ganarse la vida en esas secas soledades.

—Compañeros ... Ustedes me conocen ... Somos viejos amigos ... Vamos a hablar como amigos ... No me pifiaron, pero noté un silencio frío. No me aplaudieron tampoco. Me escucharon con un respeto cortés, pero la proposición que hice para ir a un arreglo cayó en el vacío y no fue aprobada.

Más tarde cuando habló un dirigente de los propios trabajadores del cobre, los silbidos se renovaron. Subió entonces a la tribuna el diputado Bernardo Araya, que era secretario general de la fracción que controlábamos en la CTCH, y propuso resolver por votación el asunto. Fue un serio

error, porque los trabajadores tuvieron la sensación de que se intentaba romper la unidad con que ellos habían afrontado el conflicto. Araya tuvo que echar pie atrás cuando comprendió que había dado un paso en falso.

Dirigentes y parlamentarios volvimos al hotel, profundamente desalentados por el fracaso de nuestra gestión. ¿Qué hacer? Me puse a examinar el asunto y pensé que en todo esto había un error: se había informado a los dirigentes políticos y a los dirigentes sindicales de los trabajadores y luego se había optado por la consulta pública, en plena plaza. Nos habíamos saltado una gestión importante: nadie había consultado a las bases sindicales como tales.

Entonces propuse que se celebraran dos reuniones, una en el gimnasio y otra en el edificio en construcción de los sindicatos, para que las asambleas sindicales pudieran conocer detalladamente y discutir a fondo las

338

bases del arreglo propuesto,—Concurrí, a ambas reuniones, pero no me senté, en las mesas de la presidencia, sino atrás, como un trabajador más. Se discutió con las bases, y ya no sólo con los dirigentes, y éstas comprendieron que el arreglo ofrecía ventajas, y por más de los dos tercios de mayoría, acordaron suspender la huelga.

* * *

El rompimiento con González Videla se produjo, en abril de 1947, a cinco meses de iniciado su gobierno. Para mí, esto no constituyó una sorpresa porque ya había muchos síntomas que permitían ver venir este acontecimiento. Puede decirse, que desde el primer día de su gobierno, en, que tres ministros de nuestro Partido entraron a compartir las tareas del gobierno con tres radicales y tres liberales, nos habíamos dado cuenta de que era el Presidente de la República un hombre sensible a la presión del imperialismo, así como también de las altas capas feudales del país. Los honores y ditirambos lo halagaban, los elogios le gustaban, vinieran de donde vinieran; la aristocracia lo seducía, a él, un provinciano de la más modesta clase media.

Desde los balcones de La Moneda seguía vociferando que ni Dios ni el diablo lo apartarían del pueblo; pero, balcones adentro, la cosa era muy distinta. Había llevado al gobierno a los liberales, que no lo acompañaron en la campaña presidencial ni votaron por él, sino por Fernando Alessandri, ¿para qué? En confianza les había dicho que para que nos vigilaran a nosotros y contrarrestaran lo que él llamaba nuestros excesos. Así la acción desde el gobierno se hacía estéril. Nuestros ministros eran los más dinámicos, los que llevaban planes, realizaciones, cosas para hacer de inmediato, inspiradas todas en el programa triunfante el 4 de septiembre; pero allí estaban los liberales, para oponerse a todo y tratar de esterilizar nuestra acción. Los radicales se dedicaban a conciliar las posiciones, como si nuestros

339

ministros hubieran sido ogros dispuestos a comerse el país ... Un examen atento de los proyectos y de lo que —a pesar de todo— los ministros comunistas hicieron, mostrará, sin embargo, que no hubo nada desorbitado ni extremista.

A González Videla no le gustaba que los ministros comunistas se reunieran con el pueblo, como lo hacían a menudo, para darle cuenta de la marcha del país. No, él quería un apoyo incondicional que se hiciera solidario aún con aquellas cosas que nuestros ministros rechazaban en las discusiones del

consejo de gabinete. Debe haber sido para él una ducha de agua helada el momento en que Fonseca desvaneció sus ilusiones cuando le dijo textualmente:

—Debo decirle, presidente, que los comunistas no somos incondicionales de nadie, de ningún hombre, ni siquiera del secretario del Partido. Sólo somos incondicionales del pueblo, del programa que juramos cumplir, y sólo en la medida en que usted cumpla con este programa lo apoyaremos resueltamente.

Pero ya se sabe lo que pasa con las promesas y los programas, entre este tipo de políticos. Primero vino la obligada renuncia de los ministros comunistas, Carlos Contreras Labarca, Víctor Contreras y Miguel Concha, y aunque González Videla siguió jurando, pero ahora por lo bajo, que estaba con nosotros, que volveríamos a gobernar con él, pero que por el momento nos convenía "submarinarnos", el Partido ya no podía creerle, y muy lejos de "fondarse" siguió trabajando a la luz del día y al frente de las masas.

No teníamos, en realidad, de qué avergonzarnos. Nuestros ministros habían salido del gobierno tan pobres como ingresaron, con la frente alta. Durante los cinco meses en que habían gobernado, no se había autorizado ni una sola alza de precios ni ningún lanzamiento. Se había conseguido expropiar siete fundos en el Norte Chico, treinta y cinco mil hectáreas en otras partes del país y la gran hacienda Ñanco de Malleco para entregarlos a la explotación de campesinos pobres y

340

aumentar la producción agropecuaria; se había obtenido la expropiación del Ferrocarril Salitrero inglés de Tarapacá y del de Concepción a Curanilahue, que eran de propiedad de empresas privadas; se había decretado el estanco del trigo y la harina y establecido el corte único del pan, para evitar la especulación con el pan llamado de "tipo especial" ... Pero en su realización práctica, varias de estas medidas fueron saboteadas por González Videla y sus colaboradores radicales y liberales, so pretexto de falta de fondos, etc. Lo que había era que estas cosas tenían que malquistar a González Videla con la derecha y por eso él se resistía a aceptarlas.

Había otras dos razones que determinaron la actitud de González Videla, su traición, que algunos han llamado "la vuelta de chaqueta más sensacional de la historia de Chile". En unas recientes elecciones municipales, el Partido Comunista había obtenido más de 90 mil votos contra 32 mil que obtuviera tres años antes y esto llenó de alarma a radicales y liberales. Por otra parte, uno de los diplomáticos de nuevo cuño, Carlos Valenzuela, que en otra época había sido miembro del P.C., transformándose después en uno de los íntimos de González Videla —una especie de anticipación de los actuales "orejeros"—, le había informado desde Europa que la tercera guerra mundial estallaría antes de tres meses. Todos los países latinoamericanos, según González Videla, tendrían que alistarse de inmediato bajo las órdenes de Estados Unidos y, en un régimen tal, los comunistas no podrían desempeñar ningún papel.

Las escalas de la traición fueron las siguientes: expulsión del gabinete de los comunistas, escandalosas provocaciones a los representantes diplomáticos de los países socialistas, siembra del terror y la miseria entre los trabajadores de la zona del carbón y sus familias, facultades extraordinarias, creación del campo de concentración de Pisagua y envío al Congreso del inaudito proyecto de ley de Defensa Permanente de la Democracia.

341

La batalla parlamentaria contra esa ley fue brava y en ella los comunistas nos empleamos a fondo, acompañados por otras fuerzas, como los diputados falangistas y uno que otro radical

independiente. Iban a la Cámara y al Senado, a defender, la "Ley Maldita"; como la bautizó de inmediato el pueblo; algunos ministros de González Videla, entre los que recuerdo al general Guillermo Barrios Tirado, al almirante Immanuel Hólger, a Enrique Molina, rector por muchos años de la Universidad de Concepción y filósofo de la burguesía chilena; después, Molina tuvo un sonado disgusto con la esposa de González Videla; Joaquín Fernández, que en otra época, cuando se sentía presidenciable, tanto buscó la amistad de los comunistas; Jorge Alessandri y otros. Cuando, después de tremendos alegatos, interrupciones y pifias, éstos señores se retiraban juntos, se les gritaba: —Fuera la familia Truman."..

Los cinco senadores del Partido pronunciamos sendos discursos contra la Ley Maldita, haciendo ver la traición de la burguesía, que se juntaba otra vez con los elementos feudales y el imperialismo, para atacar al pueblo. Hicimos ver que, andando el tiempo, y como ocurre siempre, este instrumento de tortura y destrucción destinado a los comunistas, sería usado contra todos los que osaran levantar cabeza para discutir a los yanquis su derecho a estar entre nosotros como en tierra conquistada y también contra los que quisieran hacer oposición a gobiernos, como él de González Videla, con tendencias dictatoriales. El tiempo nos ha dado la razón, pues la "Maldita" ha sido aplicada no sólo a los comunistas, sino a socialistas, radicales, falangistas y hasta liberales.

Don Arturo Alessandri, que presidía el Senado, no nos negó, antes bien nos facilitó nuestro derecho a expresarnos contra esa monstruosidad jurídica incubada en el cerebro de un enfermo.

En 1948, la traición de González Videla se había consumado por entero y su furibunda acción se había desplegado en todas direcciones."El Siglo" había sido

342

cerrado, sus trabajadores hechos presos; la policía política los reconoció llevando en las manos fotografías, que, les proporcionó el propio González Videla, tomadas cuando él, candidato triunfante, visitara a los obreros del diario para agradecerles su ayuda... El Partido se hallaba en la más absoluta ilegalidad.

Recuerdo que cuando Pablo Neruda se hallaba escondido en Valparaíso, acosado por los policías de González Videla, que lo buscaban activamente en todo el país, el permiso que le había dado el Senado estaba a punto de expirar y entonces hablé con don Arturo Alessandri y le solicité que accediera a entrevistarse con Neruda. El "León" accedió y acudió, completamente solo, a la casa del diputado Luis Valenzuela, en la calle San Alfonso.

La entrevista fue larga y a solas con Pablo. Pablo le pidió una renovación de su permiso y él, en su calidad de Presidente del Senado, se la acordó.

—Entonces vamos a hablar con el señor Altamirano, el secretario del Senado, dijo Neruda.

—No hace ninguna falta, Pablo, contestó Alessandri. Con mi autoridad de presidente, yo le renuevo su permiso y basta.

Al vencerse el nuevo plazo, Neruda, que se hallaba gravemente enfermo en México, pidió una nueva renovación, acompañando al Senado toda clase de documentos y certificados médicos debidamente legalizados. Pero esta nueva ampliación no le fue otorgada y se declaró la vacancia de la senaduría por el norte.

Candidato de la Alianza Democrática para ocupar este cargo fue designado Santiago Labarca, pero este político, por su cuenta y sin consultar a los organismos directivos, hizo un compromiso con el magnate salitrero Osvaldo de Castro, que postulaba a una senaduría por Concepción, también vacante, ofreciéndoles los votos de la Alianza Democrática. Yo rechacé este compromiso, en cuanto

se refería a los votos comunistas, y Labarca renunció entonces a su postulación. Después de muchos quebraderos de cabeza, gestiones y pláticas, se

343

acordó apoyar al falangista Radomiro Tomic, quien ganó la elección contando con el decidido apoyo de los comunistas.

El 21 de julio de 1949 murió, enfermo de cáncer, el secretario general del Partido, Ricardo Fonseca, elegido para ese cargo en noviembre de 1946, cuando su antecesor, Carlos Contreras Labarca, había entrado a formar parte del gobierno, como ministro de Vías y Obras Públicas. Su muerte, aunque esperada, pues el estado de su salud y la inutilidad de las intervenciones quirúrgicas eran bien conocidas, provocó una dolorosa consternación, no sólo entre los comunistas y el magisterio —al cual Ricardo pertenecía— sino entre la clase obrera en general.

Yo me hallaba enfermo de gravedad, pero me levanté de la cama y me fui al local en que se velaban sus restos, la Federación del Cuero, en la calle San Francisco. Los anarquistas, en un gesto fraternal, habían pedido que en su sede se rindiera este último homenaje al gran dirigente comunista.

Ante el ataúd desfilaron miles de personas y dos días más tarde se hicieron los funerales, a pie, en medio del consiguiente despliegue policial del gobierno. Después de dos años de persecución e ilegalidad, salió a la calle la bandera del Comité Central del Partido Comunista y los esbirros de La Moneda no se atrevieron a tocarla. Un imponente e inmenso cortejo cruzó Santiago por la calle Arturo Prat, Ahumada y por la Avenida La Paz hasta llegar al Cementerio General. Estaban presentes todos los dirigentes del Partido, incluso aquellos que, por ser especialmente buscados por la policía, debían vivir una vida subterránea, como Galo González.

Yo despedí los restos en un discurso a nombre del Partido y habló también Leonardo Fonseca, un hijo de trece años de nuestro secretario general, lo que constituyó una nota que llevó las lágrimas a todos los ojos.

344

En 1950, el campo de concentración abierto por González Videla en Pisagua se hallaba lleno de ciudadanos ; llevados desde los más distintos lugares de la República. Yo fui a Iquique y quise visitar Pisagua, pero las autoridades militares me lo impidieron, a pesar de mi investidura parlamentaria y de que, por lo menos teóricamente, cualquier chileno puede recorrer cualquier punto del territorio nacional. Pude, sin embargo, controlar en Iquique la llegada de un camión cargado de provisiones, ropas y libros que enviaban a las víctimas de Pisagua los organismos de solidaridad y ayuda establecidos en el país.

El campo de concentración empezaba a tener sus mártires. Primero murió Félix Morales, un joven pintor y decorador, hijo de mi viejo compañero Natalio Morales, con quien fui, desde la oficina "Ramírez" a Huara, a conocer a Luis Emilio Recabarren, en 1911. Después le tocó el turno al ex diputado y ex intendente —nombrado por el propio González Videla— Angel Veas.

La huelga de hambre declarada por los trabajadores relegados, unida al clamor de todo Chile contra tan brutal sistema de represión, permitió que terminara esta vergüenza nacional, que quedará para siempre como una espesa y sucia mancha en el rostro democrático de Chile .

XXXVII

Por aquel tiempo empezaron a notarse en el Partido algunas cosas extrañas, que sucedían al margen de línea estratégica de lucha que éste se había trazado . Después de algunas investigaciones y por una carta que recibimos de un camarada nuestro que viajaba po Europa, se llegó a descubrir la madeja y el origen de esta acción fraccional. Uno de los dirigentes, Luis Reinoso, era quien, desde su alto cargo de secretario

345

de organización del Partido y a escondidas de los compañeros de la dirección, introducía esta línea de acciones descabelladas.

Ya desde tiempo de Ricardo Fonseca se había notado que Reinoso mantenía extrañas posiciones con respecto de problemas fundamentales. Al propio Fonseca le habían chocado estas actitudes, y había recomendado que se tuviera cuidado con Reinoso, que se conversara a menudo con él para sacarle de la cabeza estas ideas.

Por mi parte, yo había notado una situación de beligerancia entre Reinoso y el secretario general, Galo González, y muchas veces se quiso promover un entendimiento; pero éste debía hacerse a base de un acatamiento de las resoluciones del Partido y no de que se siguieran directivas fraccionales. En nuestro Partido puede discutirse de todo; nunca se le ha impedido a nadie decir todo lo que piensa sobre problemas, cuestiones políticas, métodos, táctica y estrategia o sobre personas. Pero una vez que una resolución es adoptada por mayoría, la minoría tiene que cumplir esa resolución, poniendo en ella todo el fervor posible. Así obramos los comunistas y así se explica que tengamos una línea firme, sin vacilaciones, sin fraccionalismos. Esto fue lo que no quiso comprender Reinoso.

Este era partidario de la acción directa, del terrorismo, métodos que el Partido siempre ha rechazado. Había intentado formar lo que llamaba "el activo" del Partido, es decir, grupos de asalto que quemaran panaderías, volcaran micros, etc., para hacer ver el descontento de las masas por las alzas. A este tipo de provocación obedeció una concentración convocada en el Caupolicán y que no se realizó por falta de permiso. Reunidos los manifestantes en la Avenida Matta, en un mitin relámpago en el que hablaron Humberto Martones y Juan Vargas Puebla, la policía atacó a balazos, sin consideración alguna y cinco o seis personas quedaron tendidas, muertas o heridas, en medio de grandes charcos de sangre. Otros nos salvamos de las balas refugiándonos en el restaurant "Los tres mosqueteros".

346

La política propiciada por Reinoso era de violencia y terrorismo. Propuso, por ejemplo, que el Partido montara una fábrica clandestina de armas, lo que a su juicio era mucho más importante que mantener un diario. En una delegación que fue a la Union. Soviética, logró introducir a uno de sus hombres, de apellido Cares, quien pintó allá cuadros de la política chilena que no correspondían en absoluto a la realidad.,

Cuando más tarde quedó al desnudo esta larga cadena de maniobras, Reinoso y sus cómplices fueron llamados a la comisión de disciplina, que yo presidía. Reinoso se negó a concurrir. Después de un largo y acucioso proceso interno, fueron expulsados Reinoso y sus principales lugartenientes: Cares, Daniel Palma, secretario general de la Juventud Comunista y más tarde, Jamet.

Operando así, terminó este extraño cáncer en el Partido, donde no tienen asidero el terrorismo ni el espíritu fraccionalista. Estos hechos me hicieron recordar un fenómeno que existió en el partido uruguayo, con el hijo del secretario general, Gómez, quien dirigía a grupos militarizados. Afortunadamente, entre nosotros estos graves defectos no alcanzaron a prender y con la expulsión de Reinoso, se acabaron su famoso "activo", y su ejército clandestino y su proyectada fábrica de armamentos.

El Primero de Mayo de 1951 viajaba yo hacia la zona del carbón a participar en los actos conmemorativos. En el mismo autocarril iban también varios delegados al congreso del Partido Agrario Laborista, que se realizaría en Chillan. Fue ese el congreso en que se proclamó a Carlos Ibáñez candidato presidencial para suceder a González Videla, que entraba ya ¡por fin! en su ocaso. El PAL se dividió y un grupo se marchó, encabezado por el senador Jaime Larraín García Moreno y el diputado Julián Echavarrí y formó el Partido

347

Nacional Agrario. Ibáñez era el primer candidato proclamado para la lucha del 52, con más de un año de anticipación.

Días más tarde fui invitado a la clausura del congreso del Partido Democrático del Pueblo, que formaba parte del Frente del Pueblo. En la mesa de honor se encontraba también Ibáñez, quien fue proclamado candidato presidencial. En mi discurso, aplaudí todas las conclusiones del congreso, en orden a resucitar la democracia, tan pisoteada por González Videla, menos la proclamación de Ibáñez. Pero esto no fue inconveniente para que algunos suspicaces empezaran a hablar de la existencia de "ibañismo" dentro del Partido Comunista.

Más tarde, como en el agrariolaborismo, el fenómeno se hizo presente también cuando el socialismo popular aprobó el apoyo a Ibáñez. Salvador Allende, Astolfo Tapia, José Tohá y un sector del PSP abandonaron sus filas y entraron a formar en el Frente del Pueblo. En noviembre de 1951, el Frente del Pueblo proclamaba la candidatura presidencial de Salvador Allende y la opinión nacional pudo ver así que había un fuerte sector de la izquierda que no estaba de acuerdo con el "mesianismo" ibañista. En las conversaciones anteriores que el PC había sostenido con los socialistas populares, habíamos contraído el mutuo compromiso de no proclamar a ningún candidato antes de consultarnos. Pero el apoyo a Ibáñez del PSP se produjo en ausencia de Raúl Ampuero, que se hallaba en viaje por Argentina y Uruguay.

Acompañé a Allende en casi toda su jira electoral. Estuve con él en Tarapacá, Antofagasta, Valparaíso, Talca, Valdivia, Magallanes ... Cuando nos hallábamos en el Norte Chico sufrí una peligrosa hemorragia interna y hube de regresar precipitadamente a Santiago. El doctor Eduardo Abud Pezoa, que me examinó, ordenó operación inmediata y el 3 de agosto, un mes antes de la elección, me operaba en la Clínica Alemana.

348

Hasta diciembre de ese año no pude abandonar mi casa ni mi cama.

En enero de 1953 me trasladé de nuevo al norte y de nuevo a trabajar por la candidatura de Allende, esta vez a senador por Tarapacá y Antofagasta. En Santiago, entretanto, la opinión pública se

conmovía por la visita de Perón, mientras los trabajadores forjaban en la fragua de la unidad, su mejor herramienta de lucha la Central Unica. Volví a Santiago en marzo, cuando ya Allende había triunfado. Los otros senadores elegidos por las provincias del norte fueron Marcial Mora, Fernando Alessandri, Guillermo Izquierdo Araya y Raúl Ampuero. La existencia de la Ley Maldita me había impedido presentar, por tercera vez, mi candidatura.

Cuando terminaba mi segundo período en el Senado, y antes de abandonar la corporación donde durante dieciséis años había trabajado como legislador, aportando mi modesta ayuda a tantos y tantos proyectos que favorecieron al pueblo chileno, y de combatir tantos otros que lo perjudicaban, pronuncié una especie de discurso de despedida en el que dije que no volvería allí, no porque las urnas me negaran su apoyo, sino por una discriminación arbitraria creada por una ley más arbitraria aún. Seguiremos luchando, dije, para acabar con esta barrera infame y en bien del pueblo y de la clase obrera de Chile.

En 1953 y 1954, a pesar de mi enfermedad, fui a la zona del carbón porque los mineros querían conmemorar en presencia mía el aniversario de la muerte de Luis Emilio Recabarren. Todos los Primeros de Mayo me han visto también en las concentraciones públicas, apoyado en un bastón, es cierto, pero firme en la cita que todos los años tenemos los trabajadores. En 1955 me llovió sobre mojado, cuando una nueva enfermedad vino a hacer presa de mi organismo ya bastante quebrantado: una arterioesclerosis trombótica en el pie y la pierna izquierda. El 11 de julio salí de

349

viaje hacia la Unión Soviética —mi tercer viaje al país del socialismo— para someterme al tratamiento en el Hospital Central de Moscú. Regresé, casi mejorado, en noviembre, después de haber reposado un mes en el sanatorio de Barbija, a treinta y cinco kilómetros de la capital soviética. Mi enfermedad no me permitió, durante este viaje, desplegar la misma actividad que en los anteriores; pero me las arreglé para ir al ballet, visitar la Exposición Agrícola, que fue una fabulosa muestra del desarrollo alcanzado en el campo, y asistir, el 6 de noviembre, al acto conmemorativo de la Revolución, que se realizó en el Teatro Bolshoi, presidido por Jruschov, Bulganin, Mólotov y Kagánovich, quien pronunció el discurso oficial.

La enfermedad me limita hoy casi toda actividad, como no sea la de leer gran parte del día, pero no es ningún impedimento para que los tribunales, de vez en cuando y a requerimiento del gobierno ibañista, me detengan, aunque sea en un hospital, como ocurrió en mayo de 1956. En ese proceso se me acusó del tremendo delito de haber sido reelegido Presidente del Partido Comunista en el X Congreso al cual, por razones de salud, no pude asistir.

Cuando el ministro sumariante me preguntó:

—¿De modo que usted fue elegido presidente ... ?, yo le contesté con la cabeza en alto:

—No, señor ministro; no he sido elegido, he sido reelegido, lo cual es para mí el más grande honor que pudiera caberme.

El 19 de diciembre de 1956 cumplí setenta años de edad y fue para mí una satisfacción inmensa recibir distintos homenajes de la clase obrera. Me llegaron cartas y regalos, del norte, del sur, de la capital. Me conmovió ver cómo la clase obrera nunca olvida a sus hijos, a los que de un modo u otro, con brillo o modestamente —como yo— han luchado por ella. El diario "El Siglo" publicó una edición extraordinaria reflejando algunos aspectos de mi vida y un numeroso grupo de amigos, comunistas y de otros partidos, obreros e

350

intelectuales, políticos y profesionales, desafiando la Ley Maldita, me ofreció una manifestación pública en la que se dijeron muchas cosas para mí muy halagadoras, la principal de ellas que yo era un hijo digno de mi clase.

Ahora espero. ¿Qué espero? ¿La muerte? No, nada de eso. La muerte vendrá a su debido tiempo, pero yo no pierdo el mío aguardándola. No, lo que yo espero es el triunfo, el triunfo final de los trabajadores en la lucha que tienen entablada y en la que me cupo participar, como un soldado más, durante cincuenta años de mi vida.

351

352 (en blanco)

INDICE

DE LOS EDITORES	9
DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SECRETARIO GENERAL DEL PARTIDO COMUNISTA, LUIS CORVALAN, EN LOS FUNERALES DEL CAMARADA ELIAS LAFERTTE.....	11
<i>Primera Parte</i>	
BAJO EL SOL DE LA PAMPA	17
<i>Segunda Parte</i>	
A LA SOMBRA DE RECABARREN	68
<i>Tercera Parte</i>	
LA LUCHA POLÍTICA.....	119
<i>Cuarta Parte</i>	
PRISIONES Y DESTIERROS.....	173
<i>Quinta Parte</i>	
DEL FRENTE POPULAR AL FRAP	291

353

354

Este libro fue impreso
en los talleres gráficos
Horizonte, Lira 363,
Santiago de Chile, 1961.